

A 2719

# ROMANCERO

DE LA GUERRA DE

# INDEPENDENCIA

POR

Manuel Acuña, Vicente Riva Palacio,  
 José Rosas Moreno, José Peón Contreras,  
 Guillermo Prieto, J. M. Roa Bárcena, Juan de Dios Peza,  
 José López Portillo y Rojas, Francisco Sosa, Gustavo Baz, Ma-  
 nuel de Olaguíbel, Joaquín Gómez Vergara, Eduar-  
 do E. Zárate, Presbítero Ramón Valle, Rafael Ceniceros y Villarreal,  
 Ezequiel A. Chávez, Juan N. Cordero, Antonio de P.  
 Moreno, Rafael Ruiz Rivera, Ignacio Pérez Salazar, Rafael Ná-  
 jera, Fulgencio Vargas, Joaquín Téllez, José Fernán-  
 dez de Lara, Rodolfo Talavera, Francisco de A. Lerdo, Ra-  
 món Rodríguez Rivera, Diego Bencomo, J. Antonio Ri-  
 vera G., Mariano de J. Torres, Rafael del Castillo,  
 José de J. Díaz, Emilio de Arriola, E. Amador,  
 Ramón Mena, Pablo J. Villaseñor, etc., etc.

CON ILUSTRACIONES

---

TOMO II

---

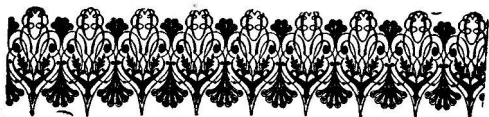
(Reservados los derechos de propiedad.)

MEXICO, 1910.  
 IMPRENTA DE "EL TIEMPO"  
 DE VICTORIANO AGÜEROS.  
 EDITOR  
 1<sup>o</sup> de Mesones núm. 18



BIBLIOTECA "MÉFICA"  
DE COMPOSTELA

Donante *Secretaría de*  
*de Gobierno de*  
*México.*



## HIDALGO

I

¡FIAT LUX!

I

Tranquilo estaba Dolores,  
el melancólico pueblo  
que duerme cual las gacelas  
entre el verdor y el misterio  
de las frescas enramadas,  
de los alegres viñedos.  
La noche, princesa nubia  
de obscurísimos cabellos,  
ostentaba su corona  
de estrellas y de luceros;  
y en su veste repujada  
de fantásticos reflejos  
envolvíanse las casucas,  
esfumábanse los cerros.  
Los pajaritos dormían  
en los árboles y aleros  
y la brisa se colaba  
por callejones estrechos;  
la corriente juguetona  
de algún humilde arroyuelo  
en el césped apagaba  
sus cristalinos lamentos.

## II.

Sopor y calma solemne  
 doquier extendían su imperio  
 cual si fuese aquel lugar  
 un sepulcro gigantesco;  
 sólo el monótono aullar  
 de los coyotes y perros  
 en el obscuro confin  
 escuchábase á lo lejos.  
 Derepente, por el rumbo  
 de San Miguel ó Querétaro,  
 se escuchó sobre las rocas  
 de un caballo el pataleo;  
 y cual si fuese una flecha  
 ó azul ráfaga de viento,  
 un jinete apareció,  
 una sombra, un espectro;  
 y cruzando las callejas  
 con ardor y con estrépito  
 llegó á la casa cural  
 del melancólico pueblo.

## III

Unos dos aldabonazos  
 en la tiniebla se oyeron,  
 y fueron á despertar  
 de aquella casa á los dueños.  
 Pronto la puerta se abrió,  
 sobre sus goznes crugiendo,  
 derramándose en la calle  
 de una bujía los destellos:  
 un indígena ataviado  
 con calzoneras de cuero,  
 roja cotona bordada  
 que parecía terciopelo,  
 presentóse á recibir  
 á aquel extraño viajero,  
 que apéanlose en el umbral

metió su caballo luego;  
y sin melar ceremonia,  
saludo grande ó pequeño,  
indicó que hablarle al cura  
necesitaba al momento.  
Un anciano sacerdote  
de continente risueño  
cuya mirada alumbraba  
del corazón los secretos,  
pronto estuvo á saludar  
con dulce y sonoro acento  
al hombre que á aquella hora  
llegaba á turbar su sueño;  
éste, después de besar  
con amor y con respeto  
la diestra de sacerdote  
tan simpático y tan bueno,  
de su bolsillo sacó  
cuidadosamente un pliego,  
y entregándolo en su mano  
guardó profundo silencio.  
El anciano desdobló  
aquella carta sereno  
y al leer su contenido  
contrájose su entrecejo;  
y en seguida, dirigiéndose  
á tan formal mensajero,  
“Venid, le dijo, y marchó  
á su alcoba ó aposento.  
Sentado ya en vieja silla,  
invitó á su compañero  
á descansar un instante,  
á platicar un momento.

## IV

¿Y vos sabéis por ventura,  
el eclesiástico dijo,  
lo que una noble mujer (\*)

---

(\*) Doña Josefa Ortiz de Domínguez.

me avisa con este escrito?  
 —Señor, respondió el enviado,  
 tan sólo llegó á mi oído  
 el rumor de una denuncia  
 hecha por un asesino:  
 anoche, al sonar la “queda,”  
 ya encontrándome dormido,  
 escuché la dulce voz  
 de un arcángel de cariño:  
 es una santa mujer  
 que en su terrestre camino  
 va sembrando dondequiera  
 caridad y beneficios;  
 yo le debo cuanto soy,  
 y mi mujer y mis hijos  
 pronunciamos con repeto  
 su caro nombre bendito.”  
 Una lágrima rodó,  
 diamante azul, cristalino,  
 por la faz emocionada  
 de aquél hombre agradecido.  
 —Perdonad ¡oh señor cura!  
 este homenaje sencillo  
 que tributo ante el recuerdo  
 de aquél ángel de cariño.  
 —Seguid, replicó el anciano,  
 que me son bien conocidos  
 los méritos y virtudes  
 de la esposa de un amigo (\*)  
 que ha jurado defender  
 la tierra en que hemos nacido.  
 —Decía, señor, que vibraba  
 de “queda” el toque tristísimo,  
 cuando aquella gran mujer  
 con voz solemne me dijo:  
 “Ignacio, una gran desgracia,  
 “un espantoso peligro

---

(\*) Don Miguel Domínguez, Corregidor de Querétaro.



Hidalgo conferenciando con Allende, Aldama  
y Abasolo



“se cierne sobre las frentes  
 “de mis más caros amigos;  
 “un infame delator,  
 “tan malvado como inicuo,  
 “nuestros planes y secretos  
 “al español ha vendido,  
 “y en estos mismos instantes  
 “órdenes hánse expedido  
 “de prisión y de secuestro,  
 “de matanza y exterminio.  
 “Corre, vuela hasta Dolores,  
 “salva ese inmenso camino  
 y cuenta al señor Hidalgo,  
 “lo que tus ojos han visto,  
 “y dile, que sólo espero  
 “como respuesta á mi aviso,  
 “escuchar de libertad  
 “el más estruendoso grito.”

## V

En ese momento oyóse,  
 sordo, confuso, lejano,  
 un rumor que se acercaba  
 de voladores caballos.  
 Desembocan en la calle  
 y, jadeantes, piafando,  
 se detienen al umbral  
 de aquél techo hospitalario.  
 Unos toques vigorosos  
 en la madera sonando  
 perdiéronse entre la sombra,  
 gimieron en el espacio.  
 Ante aquella novedad  
 levantóse el eclesiástico  
 y al zaguán se encaminó  
 con una luz en la mano.  
 Ya el indígena de marras  
 la puerta había franqueado  
 y chocaban las espuelas

en las baldosas y cantos.  
 —Buenas noches, señor cura,  
 dijo un militar gallardo  
 tan rubio como la espiga  
 que crece en el mes de Mayo.  
 —Usted las tenga mejor,  
 mi querido don Ignacio,  
 que en hora tan triste y fría  
 cruza estos lóbregos campos.  
 —El enemigo no duerme,  
 nos acecha, y confiado  
 de que nos ha de encontrar  
 como lirónes roncando,  
 tiene expedidas sus órdenes  
 para mañana apresarnos  
 y en el cadalso acabar  
 con nuestros sueños dorados.  
 —Pasad, capitán, y hablemos,  
 que el tiempo vuela, y acaso  
 instante como el actual  
 á tener no lo volvamos.  
 Y aquéllos hombres cogiéndose  
 con gran cariño del brazo,  
 al aposento cural  
 lentamente penetraron.  
 En tanto afuera se oía  
 del sereno los silbatos,  
 el ladrido de los perros  
 y el breve cantar del gallo.

## VI

Los dos tomaron asiento,  
 y el eclesiástico hablando  
 así dijo al militar  
 con acento de inspirado:  
 “Señor don Ignacio Allende,  
 “en el gigantesco horario  
 “de los siglos, va á sonar  
 “el momento sacrosanto,

"la hora de redención  
 "de innumerables esclavos.  
 "La engástula va á caer,  
 "y al derrumbarse en pedazos  
 "entre sus ruinas y escombros  
 "sepultará á los tiranos.  
 "Correrá la sangre humana,  
 "devastaránse los campos  
 "y en voraz conflagración  
 "arderán ricos poblados.  
 "Las madres desventuradas,  
 "los huérfanos sin amparo  
 "llorarán inconsolables  
 "su aflicción y su quebranto;  
 "pero cúlpese al soberbio,  
 "maldígase al inhumano  
 "que trata como á las bestias  
 "á los que son sus hermanos.  
 "Nos empuja el despotismo,  
 "nos provocan los malvados,  
 "y ese duelo sin cuartel  
 "esta noche lo aceptamos;  
 "moriremos en la lucha,  
 "quedaremos en el campo  
 "y quizás con nuestra sangre  
 "teñiránse los cadalsos;  
 "pero la idea vivirá,  
 "y ascendiendo del Calvario  
 "se asentará en el Tabor  
 "como Jesús, fulgurando...!  
 "Prometamos, capitán,  
 "en este instante sagrado,  
 "consumir nuestra existencia  
 "de la Patria en holocausto;  
 "juremos arrebatarla,  
 "con las armas en la mano,  
 de la infamia y opresión  
 "á que España la ha lanzado"...

. . . . .  
 Allende se puso en pie,

sublime, transfigurado,  
 y con voz que asemejaba  
 de la tormenta los rayos,  
 contestóle al sacerdote:  
 “Por mi honor, señor Hidalgo,  
 “y ante mi conciencia y Dios,  
 “me comprometo y declaro,  
 “desde esta noche pelear  
 “contra el gobierno tirano  
 “que á mi patria sacrifica  
 “y escarnece á mis hermanos.”  
 —Esa misma es nuestra voz  
 y también eso juramos,  
 dijeron dos militares  
 que en ese instante llegaron:  
 eran el valiente Aldama  
 y Abasolo don Mariano  
 que en alas del patriotismo  
 buscaban al Padre Hidalgo.  
 —Brindemos, pues, por la Patria,  
 mis capitanes bizarros,  
 dijo lleno de alegría  
 aquél fogoso eclesiástico.  
 —“La libertad ó la muerte,”  
 todos á una clamaron,  
 y en el aire se escuchó  
 el retintin de los vasos.  
 —Marchemos, pues, á la cárcel,  
 y, á la guardia desarmando,  
 tradúzcanse las palabras  
 en recios golpes de mano.  
 Y aquellos locos sublimes  
 á la calle se lanzaron  
 con gritos de ¡Viva América!  
 ¡Guerra á muerte á los tiranos!

## VII

Penetran en las prisiones  
 y los fusilees tomando

quiebran grillos y cerrojos  
 y aprehenden á los soldados.  
 Manda el caudillo que suban  
 Dos hombres al campanario  
 y repiquen sin cesar  
 los esquilones sagrados.  
 Al oír aquél clamor  
 despértase el vecindario  
 y con música y coñetes  
 saluda á los conjurados:  
 en el relox de la iglesia,  
 melancólicos sonaron  
 unas doce campanadas  
 como lamentos humanos.

---

 II

 UNA BANDERA Y UN GRITO.
 

---

## I

Aun no asomaba en Oriente  
 la luz primera del alba,  
 cuando en Dolores se oía  
 el toque de las campanas.  
 Hidalgo, el pastor solícito,  
 á sus ovejas amadas  
 de la misa al sacrificio  
 muy temprano las llamaba;  
 y éstas, prontas á la voz  
 de aquel padre que adoraban,  
 juntáronse en la parroquia  
 á saborear sus palabras.

Con la dulzura evangélica  
 por él siempre acostumbrada,  
 saludó á sus feligreses

aquella hermosa mañana;  
 y sublime, majestuoso,  
 cual si ocupase la cátedra,  
 de independencia y honor  
 dióles bellas enseñanzas;  
 les habló de propiedad,  
 de riqueza y bienandanza,  
 de honores y dignidades  
 que sólo obtienen y alcanzan  
 los ciudadanos de pueblos  
 y naciones soberanas.  
 Y por último, exhortólas  
 á vindicar de la Patria  
 los sacrosantos derechos  
 que el extraño le usurpara.  
 Entusiasmados los hombres  
 con aquellas frases mágicas  
 que de labios del Pastor  
 tan elocuentes brotaran,  
 subleváronse también,  
 y armándose con espadas,  
 con garrotes y con hondas  
 é instrumentos de labranza,  
 engrosaron la corriente  
 que inundar amenazaba  
 las ciudades y los pueblos  
 de toda la Nueva España.

## II.

Cuando el sol hubo bañado  
 de roja luz las montañas,  
 salió Hidalgo de Dolores  
 con su gente alborozada.  
 Dirigióse á San Miguel;  
 y de toda la comarca  
 uníansele de gañanes  
 cuadrillas desarrapadas;  
 jinetes en sus rocines  
 los mayordoms llegaban

## II

y los fieros caporales  
con arcabuces y lanzas.  
Junto á los viejos veíanse  
ios hombres de edad temprana  
y hasta mujeres y niños  
entre la turba formaban.  
¡Qué hermoso y bello espectáculo  
ofrecía aquella masa  
de soldados y peones  
de confusa indumentaria!  
Pero á qué decir confusa,  
si casi todos marchaban  
medio desnudos, y apenas  
con huaraches en sus plantas...!  
Nuevos hijos de Israel,  
con su jefe á la vanguardia  
en pos de la Libertad  
jubilosos caminaban;  
y no les arredraban  
las sangrientas oleadas  
del Mar rojo de la lucha  
que ya á su frente bramaba,  
antes bien, se exaltarían  
con la sangre y la matanza,  
con el fragor tormentoso  
de mortíferas batallas.

## III.

Vieron pronto, entre las huertas  
que bordeaban el camino,  
las casucas y jacales  
del pueblo de Atotonilco,  
y como flechas lanzadas  
sobre un cielo de zafiro  
las cruces de aquel Santuario  
venerado y concurrido.  
La turba allí descansó,  
y penetrando el caudillo  
en la humilde sacristía

de aquél misterioso asilo,  
 contempla la imagen dulce  
 de la madre de los indios;  
 como blanca inspiración  
 un pensamiento le vino:  
 hacer con aquella imagen  
 la bandera de sus hijos.  
 Presto izóla en una lanza  
 y con fe, con regocijo,  
 mostróla á la muchedumbre  
 como lábaro bendito.  
 ¡Viva la Virgen Santísima  
 de Guadalupe (dijo)  
 y mueran los gachupines!  
 nuestros crueles enemigos.  
 Un clamor de tempestad  
 se escuchó tras de ese grito  
 que repitieron los montes,  
 las llanuras y los ríos;  
 y acogieron con amor  
 aquél sacrosanto símbolo,  
 como tormenta la turba  
 descolgóse en el camino.

## IV.

Al expirar aquél día  
 de eterna y grata memoria,  
 á San Miguel ocupaba  
 el Caudillo con sus tropas:  
 la nubecilla pequeña  
 que brotara con la aurora,  
 ya en la noche revestía  
 la negrura de una tromba.

---

## III

## EN LA ALHONDIGA DE GRANADITAS.

## I

El veintiuno de ese mes  
tan fecundo en hechos magnos,  
llamó el caudillo á las puertas  
de la rica Guanajuato.

Una breve intimación  
pronto recibió en sus manos  
el valeroso intendente  
don Juan Antonio de Riaño.  
La respuesta fué inmediata  
y con tono mesurado  
revelaba el pundonor  
de un hidalgo castellano  
listo á defender el puesto  
que le habían encomendado.

## II

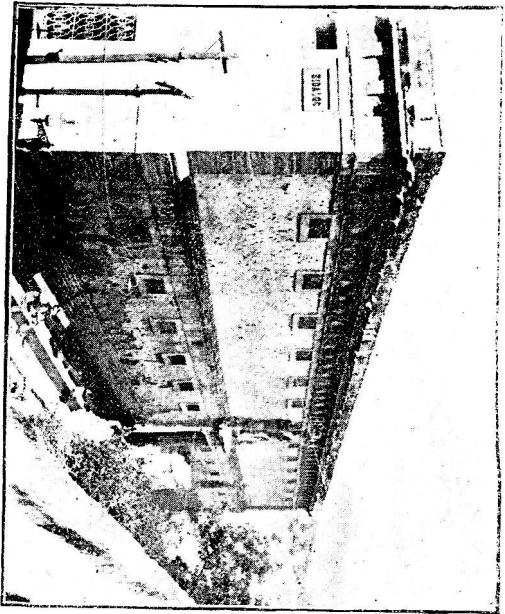
Previsor el intendente  
y del pueblo recelando,  
se encerró con los caudales  
y prominentes hispanos  
dentro la Alhóndiga ó fuerte  
de "Granaditas" llamado.  
Mandó á Calleja una nota  
con especial emisario  
diciéndole: "Voy á ser  
"en este instante atacado;  
"y en tal virtud, os suplico  
"que sin demora ó retardo  
"me saquéis de tal apuro,  
"me libréis de este quebranto.

“Numerosas son las huestes  
 “del audaz americano;  
 “pero yo resistiré  
 como cumple á un hombre honrado.”

## III

Una inmensa polvareda  
 que entenebrece al espacio,  
 por el rumbo de Marfil  
 va envolviendo á Guanajuato;  
 la acompaña sordo ruido  
 que, prontamente llegando,  
 tiene acentos de huracán  
 y clamores de Océano;  
 y los ecos de los valles  
 y los cóncavos barrancos  
 acreciendo aquél fragor,  
 predisponen al espanto.  
 Fronto asoma, presto surge  
 las alturas coronando  
 roja selva de estandartes  
 por la brisa desplegados,  
 y magnífico, sublime,  
 todo un pueblo vitoreando  
 á sus jefes, á la Patria,  
 con las armas en la mano.  
 Impetuoso se descuelga  
 de los cerros por los flancos  
 aquél enorme turbión  
 de hombres y de caballos,  
 y cual alud que desgaja  
 las encinas y peñascos  
 va á caer en las trincheras  
 rebosantes de soldados.  
 Una descarga horrorosa  
 de fusiles y bombazos  
 ilumina l'ancha fila  
 del ejército de Riaño;  
 y las mortíferas balas





Exterior del Castillo de Granaditas

como globos centellando  
vándose á incrustar en la carne  
de los desnudos indianos;  
éstos páranse al oír  
los tremendos cañonazos;  
pero iracundos, al ver  
humear su sangre en los charcos,  
se adelantan como leones  
deshaciendo, aniquilando  
las trincheras y reductos  
con que soñara el hispano  
detener la enorme masa  
de labriegos sublevados.

Ante aquél empuje horrendo,  
desbándase hecha pedazos  
la española infantería  
y centenas de caballos;  
más con furia perseguidos  
y doquier acribillados,  
con sus cadáveres cubren  
la aspereza de aquél campo.

Buscan entonces abrigo  
los restos ensangrentados  
dentro las gruesas paredes  
de aquél castillo titánico  
que de roca, modeló  
el genio austero de Riaño;  
pero una lluvia implacable  
de pedruscos rebotando  
sobre muros y azoteas,  
sobre escaleras y patios,  
los rechaza al interior,  
los azota sin descanso  
haciendo pronto sentir  
el más invencible pánico

Un disparo de fusil  
corta la vida de Riaño  
que ante los suyos cae  
como un gladiador romano.

Entonces crece la lucha,

y es más horrible el estrago  
 que ocasionan los fusiles  
 en uno y en otro bando.  
 Los españoles pretenden  
 en su furor insensato,  
 rechazar como leones  
 aquel espantoso asalto,  
 y sin dar ningún indicio  
 de temor ó de cansancio,  
 por las ventanas arrojan  
 férreas granadas de mano.

## IV

Se oyó por fin el acento  
 viril y fuerte de Hidalgo  
 que la puerta del castillo  
 señalaba á sus soldados:  
 un heróico barretero,  
 cual un antiguo espartano  
 los deseos adivinó  
 de su jefe idolatrado;  
 y cargándose una losa,  
 y hachón ardiente en la mano,  
 bajo un diluvio de balas  
 adelantóse incendiando  
 aquella ferrada puerta  
 que estorbábales el paso.  
 Un espantoso clamor  
 que los ecos agrandaron  
 se escuchó trás del arrojó  
 de aquél hombre extraordinario;  
 y las turbas como ráfagas  
 del abismo se lanzaron  
 dentro aquella boca ígnea  
 que vomitaba el espanto;  
 y sin haber compasión,  
 ruego y lágrimas burlando,  
 á todos los que encontraban  
 con furor acuchillaron.

Opulento fué el botín  
 de aquel terrífico asalto,  
 cuya matanza y horrores  
 claramente demostraron  
 el odio mútuo que había  
 entre españoles é indianos.  
 Aquel pueblo escarnecido  
 por casi trescientos años,  
 duras cuentas exigía  
 á los que fueron sus amos.

---

#### IV

#### UN TE DEUM.

---

Las resonantes campanas  
 de más de cuarenta iglesias,  
 en Valladolid se oían  
 remedando una tormenta.  
 Saludaban majestuosas  
 de bronce sus roncadas lenguas  
 al genio que allá en Dolores  
 gritara la Independencia.  
 La artillería detonaba,  
 y músicas vocingleras  
 alegremente aturdían  
 las calles y las plazuelas.  
 Abigarrada la turba  
 con sus vestidos de fiesta  
 corría para ver entrar  
 á la hueste gigantesca  
 que en Guanajuato clavara  
 después de lucha cruenta  
 de honor y de libertad  
 la sacrosanta bandera.  
 Cerca de cien mil indígenas  
 cual hocas tribus guerreras

ocuparon la ciudad  
 y sus campiñas amenas  
 donde las flores más lindas  
 al cielo hermoso le muestran  
 su cáliz siempre cuajado  
 de brillantísimas perlas.  
 El clero abrió diligente  
 de su Catedral las puertas  
 y un magnífico "Te Deum"  
 cantó por la vez primera  
 en honor y acción de gracias  
 de haber surgido la idea  
 que destrozaba de un pueblo  
 las oprobiosas cadenas.  
 Y con la pompa litúrgica  
 que desplegó en la Edad Media,  
 levantó la excomunión  
 que contra Hidalgo y sus fuerzas  
 fulminara Abad y Queipo  
 al tener noticia cierta  
 de su audaz revolución  
 é innovadoras tendencias  
 En tanto afuera rugían  
 simulando una tormenta  
 las rimbombantes campanas  
 de más de cuarenta iglesias.

---

 V

 EN CHARO.
 

---

## I

Después de instalar Hidalgo  
 su libérrimo gobierno  
 en Valladolid, marchó  
 con sus tropas rumbo á México

A la mitad de ese día,  
 del sol ardiente al reflejo,  
 divisaron cual fantasma  
 que se empina sobre un cerro,  
 la mole triste y sombría  
 de un humildísimo templo.  
 A sus pies pobres casuchas  
 de adobe crudo y de heno  
 extendíanse cual rebaño  
 por el declive paciendo:  
 era el pueblito de Charo  
 que adormíase en el silencio  
 de aquellas montañas vírgenes,  
 de aquellos campos desiertos.  
 Se escucharon los clarines  
 y los tambores crujieron  
 saludando con sus voces  
 aquél aduar pintoresco;  
 y en las brisas que murmuran  
 entre sabinos y cedros,  
 volaron de libertad  
 los sonoros acentos.

## II

La Providencia que vela  
 por los hombres y los pueblos,  
 dispuso que aquel lugar  
 fuese el teatro risueño  
 do cruzasen sus palabras  
 dos adalides, dos genios  
 que juraron redimir  
 con su sangre el patrio suelo.  
 Hablaron de libertad,  
 de autonomía, de derechos,  
 de laureles y de triunfos  
 y de cadalsos sangrientos:  
 pero en el fondo veían  
 de porvenir tan incierto,  
 manumisos diez millones

de humanos seres abyectos.  
 Pronto diéronse la mano,  
 y en un adiós sempiterno  
 marcharon aquellos hombres  
 impulsados por su anhelo:  
 Hidalgo siguió al Oriente,  
 y de su tropa al estruendo  
 temblaban en sus alcázares  
 los orgullosos iberos,  
 en tanto que rumbo al Sur  
 dirigíase el gran Morelos  
 á defender de la Patria  
 los ultrajados derechos.

---

## VI

### EL MONTE DE LAS CRUCES.

---

#### I

Como serpiente monstruosa  
 que con sus férreos anillos  
 va azotando las montañas  
 y la margen de los ríos,  
 el ejército de Hidalgo  
 sube por varios caminos  
 á la Mesa do reside  
 más pujante el poderío  
 de la España en esta tierra  
 que ofreciérale ha tres siglos  
 la espada bárbara y cruel  
 de sus soldados altivos.  
 Cual tormenta huracanada,  
 formando va remolinos  
 la incontable multitud  
 de indígenas atrevidos  
 que anhelan pronto clavar

su santo pendón bendito  
 sobre el obscuro almenaje  
 del opulento castillo  
 que luce en fiestas y galas  
 el pendón de Carlos Quinto.  
 En sus sueños de patriotas,  
 han mirado y han creído  
 que Cuauhtémoc va á su lado  
 seguido de aquellos indios  
 que en una noche obscurísima  
 llorar hicieron, rendido,  
 al más bravo capitán  
 que produjera aquél siglo  
 de aventuras y de arrojos,  
 de hazañas y de prodigios,  
 en que el sol no se ponía  
 de la España en los dominios.  
 Y ensordeciendo el espacio  
 con sus clamores y gritos  
 que contesta el huracán  
 al retorcerse en los pinos,  
 se internan en la montaña  
 cuyas cimas de granito  
 envuélvense en su turbante  
 de vaporosos armiños.

## II

Venegas puso á sus órdenes  
 de don Torcuato Trujillo,  
 una imponente sección  
 de los cuerpos aguerridos  
 que debían de sostener  
 el buen nombre y el prestigio  
 de la España en esta tierra  
 que donárale ha tres siglos  
 la espada bárbara y cruel  
 de sus soldados altivos:  
 y con gruesos cañones,  
 parque abundante y equipo,

salieron aquellas tropas  
 á encontrar en su camino  
 á la indiana multitud  
 cuyos clamores y gritos  
 semejaban de una tromba  
 los espantosos rugidos.  
 Después de varios intentos  
 parapetóse Trujillo  
 tras los peñascos enormes  
 de esos cíclopes andinos  
 que con nombre de las Cruces  
 son por todos conocidos;  
 y armando sus baterías  
 entre arboledas y riscos  
 cauteloso allí esperó  
 que asomase el enemigo.

## III

En tanto los sublevados,  
 á la sierra han ascendido,  
 y en aquél augusto templo,  
 al pie de un altar sencillo,  
 que por dosel y techumbre  
 tiene un cielo de zafiro,  
 y por columnas y arcadas  
 verdes hileras de pinos,  
 prosternáronse á escuchar  
 de labios de su caudillo  
 las palabras misteriosas,  
 los melódicos sonidos  
 que ha señalado el ritual  
 al incruento sacrificio,  
 á la augusta ceremonia  
 que recuerda á Jesucristo  
 clavado sobre una cruz,  
 azotado, escarnecido.  
 Las brisas embalsamadas  
 con el perfume dulcísimo  
 que emerge al amanecer



Batalla en el Monte de las Cruces.



de los robles y los pinos,  
sacudían las hojas tiernas  
de las violetas y lirios  
que incensaban con su aliento  
el altar del sacrificio;  
y las aves en las frondas  
con sus cantos peregrinos  
respondían á la oración  
del "Sacerdote y Caudillo."  
Terminó la ceremonia,  
y un imponente ruido  
de aquel mar se levantó  
poco antes tan tranquilo.  
resonaron los tambores,  
y las trompetas sus himnos  
derramaron en los senos  
del agrio monte sombrío.  
Pronto inicióse el avance,  
y de sus jefes al grito  
treparon las bravas tribus  
por el áspero camino.

#### IV

Cual la tremenda explosión  
de un volcán embravecido,  
se oye súbito tronar  
la artillería de Trujillo.  
Una sección de rebeldes  
encuéntranse sorprendidos  
ante la horrible agresión  
que los diezma de improvisó,  
se arremolinan y no hallan  
en tal momento indecisos,  
el punto de donde parten  
las balas del enemigo;  
pero Allende por los flancos  
en aquel instante mismo  
contesta con sus cañones  
desde los montes vecinos.

Hidalgo con Abasolo,  
 y Aldama valiente y irio  
 conducen á sus soldados  
 á desafiar el peligro.  
 Encarnizase la lucha  
 y un monstruoso vocerío  
 va á apagar de la metralla  
 los espantosos rugidos.  
 Las hordas lanzan peñazcos,  
 y de la flecha el silbido  
 remeda de las serpientes  
 los horrorosos chillidos.  
 Al fondo de las canadas  
 de oscuros antros hondísimos  
 derrúmbanse rebotando  
 los muertos y los heridos;  
 y encima, cubriendo el monte  
 con sus crespones fatídicos,  
 hoguera horrible, gigante,  
 retorciéndose en los pinos.  
 Por fin, una turba de héroes  
 desnudos y sin abrigo,  
 se arroja á las baterías  
 que lanzan el exterminio:  
 un clamor universal  
 y de gozo un alarido  
 saluda la intrepidez  
 de aquellos valientes indios.  
 Ante tamaña osadía  
 acobárdase Trujillo,  
 y, sin rubor, tembloroso,  
 deja el campo, fugitivo.  
 La derrota empieza entonces,  
 y, sin jefes, ni caudillo,  
 todo el ejército hispano  
 sucumbe bajo el cuchillo  
 de aquellos indios indómitos  
 cual bravos cual los antiguos  
 que en una noche obscurísima  
 llorar hicieron, rendido,

al más fiero capitán  
 que produjera aquel siglo  
 que pasear vió victoriosas  
 por el orbe conocido  
 las mesnadas y los tercios  
 de Felipe y Carlos Quinto.

---

## VII

### RETIRADA.

---

#### I

Un poco más y al Oriente  
 sobre el espléndido valle  
 que contemplara otro día  
 de su seno levantarse  
 los templos y los palacios  
 de un pueblo que era gigante  
 en la industria y el comercio,  
 en las ciencias y las artes,  
 y que al golpe de su brazo  
 rindiéranle vasallaje  
 las naciones más lejanas  
 y los imperios más grandes  
 encadenada se mira  
 la reina de las ciudades  
 que se alzan del Septentrión  
 á los altísimos Andes.  
 Densa sombra de tristeza  
 se cierne sobre sus calles,  
 en sus plazas, en sus templos  
 y en sus casas conventuales.  
 Dormita junto á sus lagos  
 de encantadores paisajes  
 donde nevados se miran  
 sus majestuosos volcanes.

Y en las noches muy obscuras  
imagina que ya salen  
en sus ligeras canoas  
bravos caciques audaces  
seguidos de sus vasallos  
á arrojar tras de los mares  
á los bárbaros que hollaron  
sus templos y sus deidades.  
En la bruma de sus sueños  
como meteoro destácanse  
de Moctezuma la pompa  
y Cuauhtémoc arrogante;  
recuerda del bosque augusto  
las ricas fiestas triunfales  
y los cánticos sagrados  
de sus danzas y sus bailes;  
recuerda que coronadas  
de rosas y de azahares  
brillaban más que la aurora  
sus pudorosas beldades,  
y que sus mancebos eran  
leones en el combate  
y palomas al cantar  
sus versos y madrigales.  
Pero ¡ay! que sólo quedan  
escombros tristes y humeantes  
de aquel pasado glorioso  
de aquella raza gigante  
que en el comercio y la industria,  
en las ciencias y las artes  
produjo máximos genios,  
legó monumentos tales  
que han cantado los poetas  
y admirado las edades.  
Hoy dondequiera se escucha  
rumor de espuelas y sables  
y del látigo el crujir  
rompiendo desnudas carnes.  
Derrumbáronse sus templos,  
profanaron sus altares,

fueron ahorcados sus príncipes,  
 y entre violencias y ultrajes  
 robáronles el honori  
 á sus risueñas beldades.  
 Por eso mortal tristeza  
 se cierce sobre sus valles,  
 en sus lagos, en sus bosques  
 y en sus nevados volcanes.

## II

Como el destello que alumbra  
 la lobreguez espantable  
 del abismo en que se ahoga  
 una raza entre su sangre,  
 la voz del Anciano Héroe  
 difundiendo claridades  
 hizo á un mundo comprender  
 las desdichas sin iguales  
 que bajo el duro gobierno  
 de sus amos implacables  
 cual único patrimonio  
 el Porvenir reservábale.  
 La Buena Nueva voló  
 con impulso centellante  
 por páramos y vergeles,  
 por rancherías y ciudades..  
 Hondamente conmoviéronse,  
 todas las clases sociales  
 y rugieron como rugen  
 embravecidos los mares:  
 unos el final veían  
 de horrible opresión salvaje,  
 y otros la ruina segura  
 de su poder y caudales.  
 Por eso al saberse en México  
 el espantoso desastre  
 que sufrieron en las Cruces  
 los soldados virreinales,  
 tal terror se apoderó

del gobierno y los magnates  
que hasta en el fondo sombrío  
de los claustros sepulcrales  
ocultaron sus familias  
y riquezas incontables;  
mas aviesa la fortuna  
dispuso que se alejasen  
de la gran Tenoxtitlán  
los insurrectos triunfantes,  
mandándole un ¡adiós!  
á la reina de aquel valle  
que tiene por centinelas  
dos magestuosos volcanes,  
retrocedieron después  
de opinar sus capitanes  
unos en contra ó en pro  
de movimiento tan grave.  
Una década terrible  
de luchas y heroïcidades  
pasaría para volver  
á derramarse en el valle  
del sol de la libertad  
las divinas claridades.  
En tanto, tétricas nubes,  
rojos vapores de sangre,  
entoldarían con su sombra  
los templos y los alcázares  
de la cautiva beldad  
señora de las ciudades  
que se alzan del Septentrión  
á los altísimos Andes.

---

## VIII

## LA BATALLA DE ACULCO.

## I

Desandando las montañas,  
 repasando los senderos  
 que escalaran como cóndores  
 los caudi los insurrectos  
 descienden por el camino  
 que formando vericuetos  
 conduce desde Toluca  
 á la ciudad de Querétaro.  
 Después de cuatro jornadas  
 distinguen allá á lo lejos  
 el cuadro triste y sombrío  
 de un melancólico pueblo.  
 Es Aculco (San Jerónimo)  
 que al pie de estériles cerros  
 indolente desparrama  
 sus jacals cenicientos.  
 Hacen alto los indianos;  
 y los últimos reflejos  
 van del sol á jugar  
 sobre el ancho campamento.  
 Negras sombras poco á poco  
 de los montes van cayendo  
 y en sus mortajas y pliegues  
 el paisaje queda envuelto.  
 Sólo las tristes hogueras  
 con su rojo parpadeo  
 iluminan la montaña  
 como cráteres sangrientos.

## II

Mas allá, tras un recodo,  
 y á las espaldas del pueblo

los realistas vivaquean  
confiados, somnolientos;  
en pabellones descansan  
los fusiles, y no lejos  
de Arroyozarco las trojes  
se levantan como espectros.  
Calleja se halla en persona  
al frente de aquel ejército  
con potente artillería  
y magníficos pertrechos.  
Sus avanzadas recorren  
olfateando cual sabuesos  
la maleza y los peñascos  
de aquél paraje desierto.  
Así discurren las horas  
y del alba al reverbero  
se miran cinco columnas  
de guerreadores iberos.  
Como manga de tormenta  
dirigense hasta los cerros  
donde Allende los recibe,  
con cataratas de hierro;  
retroceden, y formando  
línea candente de acero  
sobre los indios disparan  
sus relámpagos y truenos.  
Pronto Calleja dispone  
terrible, audaz movimiento  
que con furia va á envolver  
la espalda del insurrecto.  
Los indígenas se aturden  
y sin orden ni concierto,  
se retiran al azar  
por encontrados senderos:  
Allende va á Guanajuato  
de mal humor y violento,  
en tanto á Valladolid  
Hidalgo marcha sereno.

## III

Desesperado Calleja,  
al ver de sus garras lejos  
á los héroes que soñara  
ver en cadalso cruento,  
descargó toda su rabia  
en los pobres prisioneros  
que quintados allí mismo  
con entereza murieron.  
Desde entonces en la falda  
de aquellos pelados cerros  
vense en la noche vagar  
largas hileras de espectros.  
El viajero ó peregrino  
que los mira desde lejos,  
siente en su alma palpitar  
todo un mundo de recuerdos;  
y una voz que eterna vibra  
como de Dios el acento,  
le dice que los valientes  
que en ese campo cayeron  
firmaron con noble sangre  
la Independencia de México.

## IX

## EL DEGÜELLO.

## I.

Tras las hermosas montañas  
do Guanajuato se esconde  
como sultana oriental  
entre alcázares de bronce,  
se escucha horrible el fragor  
que producen los cañones

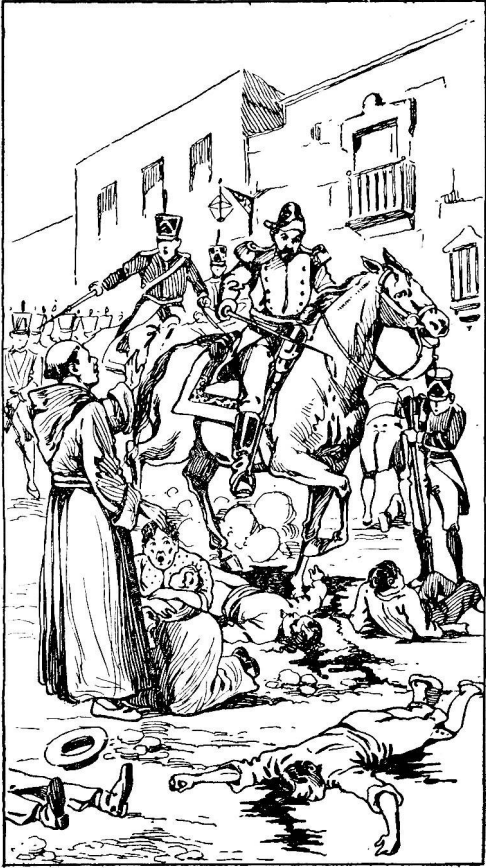
y la ronca gritería  
 de indígenas y españoles.  
 Calleja, el feroz Calleja,  
 marcha seguido de un Conde, (\*)  
 que ha jurado no dejar  
 del insurgente ni el nombre.  
 Al compás de los carines  
 y al toque de los tambores  
 la española infantería  
 se adueña de aquellos montes,  
 y la hueste americana,  
 sin armas ni municiones,  
 retrocede ante el empuje  
 de fuerzas tan superiores.  
 Los heroicos barreteros  
 sucumben como leones  
 en defensa de su patria,  
 de su honor y de sus dioses;  
 y después de horrible lucha  
 con su bandera en girones  
 se retiran poco á poco  
 los indianos luchadores.

## II

Como hienas que hambre tienen  
 ó cual tigres en el bosque,  
 por calles y por plazuelas  
 se extienden los españoles.  
 Vibra el toque de degüello  
 y á sus terríficos sonos  
 se alzan horcas y patíbulos  
 con sus escenas de horrores:  
 mueren ancianos y niños,  
 lindas mujeres y jóvenes,  
 y de sangre los raudales  
 forman siniestros rumores.

---

(\*) D. Manuel Flon, Conde de la Cadena.



Entrada de Calleja á Guanajuato



Como genios del averno  
 todas las calles recorren  
 Calleja, el feroz Calleja,  
 siempre seguido del Conde,  
 que ha jurado no dejar  
 del insurgente ni el nombre.  
 Cuando la matanza impía  
 crece en su furia y horrores,  
 de un Apóstol del Señor (\*)  
 la voz augusta se oye:  
 apostrofa á los sicarios  
 y dirigiéndose al Conde  
 de la Cadena, que absorto  
 contemplaba al sacerdote,  
 "Señor, le dice, mandad  
 "que cesen ya vuestras órdenes;  
 "no matéis ya más hermanos  
 "entre torturas atroces.  
 "Esas gentes que ahí véis  
 "son inocentes, si fueran  
 "criminales, vagarían  
 "fugitivas en los montes:  
 "yo os lo pido, os lo demando  
 "por este Dios que en el último  
 "día de los tiempos verá  
 "lo que son vuestras acciones."  
 Al influjo sacrosanto  
 de la voz del sacerdote  
 cedieron en su barbarie  
 los soldados españoles.  
 En tanto, lúgubres sombras  
 de triste y lluviosa noche,  
 de la ciudad envolvían  
 los palacios y las torres,  
 y como ronca protesta  
 de fantásticos clamores  
 las campanas sacudían  
 sus duras lenguas de bronce.

---

(\*) Fray José de Jesús Belanzarán.

## X

## EL PUENTE DE CALDERON.

## I

Unas lomas escarpadas  
 cerrando el Norte y el Este;  
 un riachuelo (\*) tortuoso  
 destrenzando su corriente  
 al pie de rocas enormes,  
 puntiagudas, que se yerguen  
 como guardianes adustos  
 de inmensos valles estériles;  
 humildes chozas clavadas  
 en la rojiza pendiente  
 sombrada de casahuates  
 garambullos y mañueyes;  
 pequeños hatos de cabras  
 rumiando el retoño verde  
 de mezquites y granjenos,  
 y de huizaches hirientes;  
 grandes bandadas de tordos  
 cual nubes negras cerniéndose  
 sobre los rastrojos secos  
 que embalsaman el ambiente;  
 por los estrechos huamiles  
 con paso tardo las reses  
 descendiendo á la cañada  
 á buscar alguna fuente,  
 y hacia el Sur, en la llanura,  
 sobre el riachuelo que duerme  
 dos pasamanos pequeños  
 á ambos lados de un puente:

---

(\*) Calderón, río pequeño que atraviesa de Sur á Norte aquellas lomas, en una extensión aproximada de tres kilómetros.—N. A.

eso era Calderón, (\*)  
 de Enero el día diecisiete  
 de mil ochocientos once,  
 al resonar prepotentes  
 las descargas espantosas,  
 los estallidos de muerte  
 de la hispana artillería  
 y cañones insurgentes.

## II

Amanecía; y la aurora  
 derramaba luz tan tenue,  
 que los árboles del valle  
 y del río los ahuehetes  
 semejaban escuadrones  
 de monstruos, sobre corceles  
 alados como las hidras  
 que los cuentos nos refieren.  
 Soplaban un aire glacial  
 tan áspero é inclemente  
 que arrasaba la campiña  
 con sus ráfagas alevés,  
 y rugiendo en los barrancos  
 y en las peñas retorciéndose,  
 bramaba como pantera,  
 silbaba como serpiente.  
 De pronto, desde la cima  
 de aquellas lomas agrestes,  
 oyóse de los clarines  
 la música enardeciente,  
 y, monstruoso, dilatado,  
 como el flujo que se extiende  
 bañando el negro confín  
 de algún ancho continente,  
 un ejército surgió,

---

(\*) Campo escogido por Allende y Abasolo para esperar á Calleja que se acercaba á Guadalajara por el rumbo del Bajío.—N. A.

masa confusa de seres,  
 cubriendo montes y llanos  
 con sus banderas y trenes:  
 más de noventa cañones (\*)  
 en los riscos descubriéndose  
 dorados con el fulgor  
 que cabrilleaba en el Este,  
 y en la cúspide sombría,  
 arrogantes, imponentes,  
 domando briosos caballos  
 los capitanes rebeldes.

## III

Más allá, tras la llanura  
 que espira junto al riachuelo,  
 tres columnas aparecen  
 de guerreadores iberos.  
 Soberbia caballería  
 destácase protegiendo  
 los flancos de aquella nube  
 relampagueante de acero;  
 y á su frente, diez cañones  
 mortíferos y ligeros,  
 caminar á vomitar  
 sus cataratas de hierro.  
 Son las tropas de Calleja  
 que avanzan hacia los cerros

---

(\*) La mayor parte de esa artillería fué traída de San Blas, significando su transporte uno de los episodios más bellos y conmovedores de aquella época de abnegación y patriotismo: allí el hombre, sin los recursos de la ciencia, luchó con la Naturaleza más bravía en el largo trayecto de cien leguas, cargando en hombros aquellas pesadas máquinas de guerra, y, como dice don Carlos M. Bustamante, "regando materialmente la tierra con el sudor de su cuerpo."  
 —N. A.

á atacar las baterías  
del ejércieo insurrecto:

Flon se arroja por la izquierda (1)  
con tal ímpetu y denuedo  
que logra pasar el río  
lanzando gritos guerreros.

Abasolo (2) le recibe  
y es el choque tan sangriento  
que el campo todo se cubre  
con los heridos y muertos.

Al frente, desde las lomas  
disparan todos los cuerpos  
que á las órdenes pelean  
de Torres (3) bravo y sereno

(1) "Calleja dispuso que don Manuel Flon, "Conde de la Cadena, acometiese por la izquierda; don Manuel Emparán por la derecha y don José María Jalón por el centro; en tanto que él (Calleja) se quedaba con las reservas, para ocurrir á donde conviniera."—Dr. Mora.

(2) Abasolo recibió órdenes de Allende para que con una gruesa división se situara al pie de las lomas y disputase á los realistas el paso del Puente.—N. A.

(3) Don José Antonio Torres, el adalid que hizo ondear sobre las torres de Guadalajara el sacrosanto lábaro de la Independencia, fué ajusticiado en aquella plaza el 23 de Mayo de 1812, después de pasearlo, por escarnio, en una carreta, por las calles de la misma ciudad. Su sentencia la firmaron don Juan J. de Sousa y Viana, don Francisco Antonio de Velasco, don Manuel García de Quevedo y don Domingo María Gárate, influenciados por el odio mortal que hacia el héroe sentía el comandante militar de la Nueva Galicia, don José de la Cruz, cuya saña de tigre llegó hasta el extremo de mandar descuartizar el cadáver del mártir, clavando sus miembros venerandos en los puntos más concurridos de la ciudad.—N. A.

y su enorme batería (\*)  
 hace fuego tan certero  
 que el Conde de la Cadena  
 es rechazado y envuelto.  
 Los dragones de San Luis  
 y los de Puebla y Querétaro  
 acuden en su defensa  
 formando dos regimientos;  
 pero las tropas de Torres  
 á los llanos descendiendo  
 los arrollan y persiguen  
 hasta sus últimos puestos.  
 Vuela en persona Calleja  
 mandando sus Granaderos,  
 el Batallón de Patriotas,  
 de Frontera el Regimiento  
 y de Río Verde también  
 el cuerpo de Escopeteros;  
 y abalanzándose al puente  
 en un empuje tremendo,  
 va á cruzar sus bayonetas  
 con los bravos insurrectos.  
 Viendo Allende ese aluvión,  
 manda en el acto refuerzos  
 que disputen con su sangre  
 palmo á palmo aquel terreno:  
 y tras de horrible luchar  
 desesperado y cruento,  
 Calleja abandona el Puente,

---

(\*) Allende, que dirigió en jefe esta batalla, apoyó su defensa estableciendo tres baterías: la principal, situada en la loma que ve al Puente, se componía de 67 cañones, y la defendía el grueso del ejército á las órdenes de Torres; á la izquierda de ésta, se encontraba la segunda, con 12 cañones, á las órdenes de Aldama; y pasando el río, en una altura que se extiende de Oriente á Poniente, se hallaba la tercera, con 7 cañones, á las órdenes de Portugal.—N. A.

desesperado y corriendo. (\*)  
 En tanto, por la derecha,  
 Jalón, que mandaba el centro,  
 va en socorro de Emparán  
 que se encontraba maltrecho.  
 Portugal y el bravo Aldama  
 pronto sálenle al encuentro,  
 y en las rocas y declives  
 bregan y luchan cual buenos.

#### IV

Ya el astro de la victoria  
 sus fulgores derramaba  
 sobre el pendón que lucía  
 la hermosa Virgen Indiana.  
 cuando súbito cayó  
 terrorífica granada  
 sobre los carros de parque  
 de las tropas mexicanas:  
 un horroroso estampido  
 hizo temblar la montaña,  
 cual si con furia un volcán  
 dentro su seno bramara;  
 y en el espacio torciéndose  
 gigantesca llamarada,  
 el seco pasto incendió  
 que en las laderas se alzaba. ,  
 En ese instante aflictivo  
 desató sus negras ráfagas  
 un huracán espantoso  
 que los árboles tronchaba:  
 y con rigor infernal  
 ondas purpúreas de llamas  
 á la faz de los indianos

---

(\*) "Retiréme del Puente porque tenía delante el grueso del ejército enemigo y consideraba ventajosa su posición."—Parte de Calleja al virrey.

constantemente lanzaba.  
 Calleja presto informóse  
 de la ayuda inesperada  
 que ciega Naturaleza  
 en tal apuro le daba.  
 y deseando aprovechar  
 tan terrible circunstancia,  
 todas sus fuerzas lanzó  
 contra las huestes indianas.  
 Aquellas masas enormes (1)  
 de gente desharrapada,  
 careciendo de instrucción (2)  
 de disciplina y de armas, (3)

---

(1) De los noventa y seis mil insurgentēs que asistieron á la batalla de Calderón, no excedían de siete mil los que estaban menos que medianamente instruidos y organizados.—N. A.

(2) “En Guadalajara, en los pocos días que estuvo ocupada por Hidalgo, Abasolo se dedicó á organizar y disciplinar siete batallones de infantería, seis escuadrones de caballería y dos compañías de artilleros, que tenían por todo tres mil cuatrocientos hombres.” Dr. Mora.

“La infantería arreglada se situó tras de las baterías en otras tantas columnas cerradas: la caballería de la misma clase, se colocó en los flancos de las baterías para apoyarlas: los flecheros debajo de ellas, y en el llano que se hallaba á la izquierda quedó al mando de Hidalgo lo que podía llamarse la reserva, y que se componía de una multitud incontable de gente sin disciplina, y en la que se encontraban más de 15,000 caballos.”—Dr. Mora.

(3) “No llegaban á mil quinientos, viejos y recompuestos, los fusiles de los insurgentes, por lo que procedieron á la fabricación de pequeñas granadas para lanzarlas con hondas, y cohetes enormes con flechas ó púas agudas de hierro que se debían arrojar á la caballería.”—Bustamante. Cuadro Histórico.

pronto sintieron el pánico y, huyendo á la desbandada, internáronse en la selva, perdiéronse en la montaña. En vano Allende intentó con unas fuerzas escasas contener el recio empuje de las columnas hispanas, tuvo en breve que ceder al número y á la táctica, emprendiendo poco á poco y en orden la retirada.

## V

Estupefacto Calleja ante el triunfo inopinado que la fortuna le daba de Calderón en los campos; se abstuvo de perseguir á aquellos hombres tan bravos que aún en derrota infundían en su espíritu el espanto; sólo Flon el implacable como tigre sanguinario con su escolta se arriesgó tras de Allende y sus soldados. Al comprender el caudillo los intentos del hispano, dió media vuelta y cayó sobre ellos como rayo: el Conde de la Cadena mordió los rojos peñascos, que, cual guardianes adustos, velaban aquellos campos; é iracundos los indígenas, su cadáver pisotearon recordando la barbarie de aque! hombre en Guanajuato

En tanto la noche hundía  
entre sus sombras arcanas,  
los harapos y banderas  
de la hueste americana:  
y extendiendo por los vientos,  
y rasgado por las balas,  
magnífico y arrogante  
con honor se retiraba  
el pendón en que lucía  
la hermosa Virgen Indiana.

---

## XI

### HIDALGO EN EL DESIERTO.

---

Viendo al Norte, cual marino  
que zozobra entre los mares,  
cruza el indiano caudillo (\*)  
por agrestes soledades.  
Le acompaña ingente turba  
con sus coches y bagajes  
que asemejan de ancho río  
los tumultuosos raudales.  
¿Qué destino, ó quién dispuso  
que en las arenas enclave

---

(\*) Después del desastre de Calderón, reuniéronse los jefes insurgentes en la hacienda del "Pabellón," cerca de Zacatecas, y allí, en conferencia solemne, Hidalgo entregó á Allende el mando en jefe de las tropas revolucionarias; conviniendo, además, en dirigirse inmediatamente rumbo á los Estados Unidos del Norte, para hacerse de armamento y gestionar cerca de aquella nación el reconocimiento de la Independencia Mexicana.—N. A.

lúgubres tiendas un pueblo  
 que busca sus libertades?  
 ¡La adversidad le ha negado  
 la victoria en los combates,  
 y le espera la agonía  
 de las noches invernales....!  
 Bajo un cielo siempre obscuro  
 de tristísimos celajes,  
 va á encender sus luminarias  
 y á levantar sus altares,  
 altares de peregrino,  
 fogatas de caminante  
 que se aleja á tierra ignota  
 á buscar sus libertades:  
 Por eso marchan al Norte  
 Hidalgo y sus capitanes  
 desafiando la inclemencia  
 de espantosas soledades;  
 pero un monstruo más horrendo,  
 y en sus iras, implacable,  
 les aguarda á poco andar  
 con ansia de devorarles.  
 La traición más horrorosa,  
 más inicua, abominable,  
 tuvo por teatro sombrío  
 aquellos tristes lugares.  
 Elizondo, (\*) cuyo nombre  
 causa horror á las edades,  
 fué el fatídico instrumento  
 de manejos detestables...

. . . . .  
 ¡El anciano sin mancilla,  
 el creador de heroicidades

---

(\*) En las primeras horas de la mañana del 21 de Marzo de 1811, un tal Elizondo, jefe insurgente vendido al gobierno virreinal, capturó, en Acatita de Baján, á Hidalgo y demás jefes que lo acompañaban. Condujolos á Monclova y de allí á Chihuahua en donde hicieron su entrada el 25 de Abril.

allí cautivo quedó  
 de las tropas virreinales.....!  
 Allende, el sin par Allende,  
 impetuoso y arrogante  
 su revólver disparó  
 sobre el rostro del infame;  
 pero en vano, allí el destino.  
 duro y cruel, incontrastable.  
 señalaba el ¡hasta aquí!  
 de patriotas sin iguales.

---

## XII

### EL PATIBULO.

---

#### I

Sollozantes las campanas  
 de Chihuahua, allá á lo lejos  
 mandan sus roncós clamores,  
 envían sus tristes lamentos:  
 parecen de almas en pena  
 los quejidos lastimeros,  
 esas voces que del monte  
 los ecos van repitiendo.  
 Trémula luz matutina,  
 vacilante en sus reflejos,  
 va muriéndose en la sombra  
 de nubarrones espesos:  
 y cual cirio entre crespones,  
 lúgubres galas de muerto,  
 deja ver sobre la bruma  
 pálido sol sus destellos.  
 La neblina se hace densa,  
 y, su mortaja extendiendo,  
 ciñe cúpulas y torres.  
 cubre campiñas y cerros.

Las avecillas se asustan,  
 y en su terror, vuelan lejos,  
 de Chihuahua y sus jardines.  
 de Chihuahua y sus desiertos.  
 Las arboledas umbrías  
 callan, atentas oyendo  
 el doblar de las campanas  
 de los lejanos conventos;  
 y en las alas de la brisa,  
 y en el rumor de los céfiros  
 gimen los roncros clarines.  
 lloran los parches guerreros.  
 ¿Qué dice, ó qué significa  
 esa aflicción, ese duelo  
 que presenta la Natura  
 y se descubre en el pueblo  
 que cual las olas del mar,  
 choca en los muros espesos  
 de un edificio sombrío,  
 antiquísimo y enhiesto?  
 ¿Qué expresa el hondo gemir  
 de las auras y los vientos,  
 y esa queja dolorida  
 de fuentes y de arroyuelos?  
 ¿Por qué lloran las campanas,  
 y por qué tocando á muerto  
 arrancan del corazón  
 desgarradores lamentos?  
 La justicia de los hombres  
 defendiendo los derechos  
 que la conquista otorgara  
 á audaces aventureros,  
 ha sentenciado á morir  
 al varón augusto, excelso,  
 que lograra conmovier  
 ocho millones de siervos;  
 y después de torturar  
 su noble espíritu inmenso.  
 atribuyéndole viles  
 retractaciones y miedo

que tendían á obscurecer  
de su causa lo sincero,  
la Inquisición lo entregaba  
á aquel terrible gobierno  
que, regido por Venegas,  
despótico y altanero,  
había jurado verter  
la sangre del insurrecto.

## II

¡Vedle ya cómo camina  
con el semblante risueño  
de los que abrigan una alma  
colosal dentro del pecho!  
Su ingente calma es mentís  
á los procaces arteros  
que intentaran empañar  
con sus embustes perversos  
la eterna gloria, el valor  
de Caudillo tan excelso!  
¡Vedlo ya con la dulzura  
del sér simpático y bueno  
ofrecer á sus verdugos  
un regalo, y un recuerdo;  
y al escuchar del tambor  
los roncós sones guerreros,  
adelantarse al lugar  
del sacrificio sangriento....!  
¡Vedlo, en fin, arrodillarse  
tranquilo, ocupando el centro  
de cuadro que parpadea  
con respiandores siniestros:  
su mirada es apacible  
de magestuosos destellos  
y se clava en el azul  
inmaculado del cielo:  
escucha con atención,  
con cariño y en silencio  
las dulces exhortaciones

de sacerdote discreto.  
 Y al fulgurar imponente  
 la espada que ordena ¡fuego!  
 se derrumbó noble y digno  
 sin proferir un lamento;  
 sólo en sus labios palpita  
 el suspiro postrimero  
 que va hasta Dios demandando  
 la Independencia de México.

---

### XIII

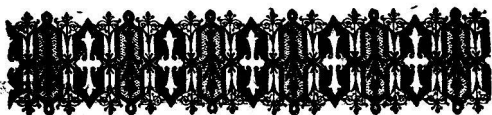
#### APOTEOSIS.

---

No satisfecho el rencor  
 de aquellos hombres infames  
 con derramar de los héroes  
 la noble y bendita sangre,  
 les cortaron las cabezas,  
 y, con odio de salvajes,  
 dejáronlas insepultas....  
 ¡desalmados! ¡miserables!  
 Y para colmo de escarnio,  
 de ignominia y de maldades,  
 las colocaron en jaulas  
 de negro hierro punzante;  
 y en un castillo sombrío  
 de paredones feudales,  
 colgáronlas para espanto  
 de venideras edades.  
 ¡Hidalgo, Allende, Jiménez  
 y Aldama, sublimes mártires,  
 esas jaulas oprobiosas  
 hánse trocado en altares,  
 á cuyos pies todo un mundo  
 prorrumpe en cantos triunfales

de gloria y de gratitud  
á vuestros hechos gigantes;  
y en el curso de los tiempos,  
y al volar de las edades,  
siempre os darán los poetas  
sus más hermosos cantares.....!

---



## MORELOS

---

### I

#### EL JURAMENTO DE UN HEROE.

### I

Es de noche, y en las selvas  
del abrupto Veladero,  
percíbense los rumores  
que al andar van produciendo  
los infantes y caballos  
de un valeroso insurrecto.

Densas nubes encapotan  
los lindes del ancho cielo,  
y sólo de cuando en cuando  
su belleza descubriendo  
la luna, la nívea luna,  
marca el angosto sendero.

Los árboles se doblegan  
con los alazos del viento;  
y en el fondo inextricable  
de matorrales y setos  
se escucha de los leopardos  
el resoplido siniestro.

Las lechuzas en las ramas  
mueven los ojos inquietos  
atisbando á los que rompen  
la eterna calma, el sosiego

de aquella virgen natura,  
de aquel bosque desierto.

## II

Cuando los fantasmas llegan  
que tal parecen por cierto  
al lugar más escondido,  
al paraje más escueto,  
resuena la voz de "alto"  
que obedecen al momento.

Erguido como alto roble,  
robusto cual un abeto,  
se adelanta majestuoso  
el jefe de los guerreros;  
y rebasando la cima  
de aquellos picos enhiestos,  
se detiene á contemplar  
los horizontes inmensos.

¿Qué descubre su mirada?  
¿Qué adivina allá á los lejos?  
Es un monstruo que aparece  
llenando el confín incierto  
con su espinazo de nieblas  
y su bramar sempiterno;  
furibundo se estremece,  
y en hostil sacudimiento  
quiere ahogar á las estrellas,  
quiere lanzarse hasta el cielo.

Sobre su lomo retumba  
del huracán el flagelo,  
cabalgan las tempestades  
con horrísono serpeo;  
mas dominando el fragor  
de relámpagos y truenos,  
se oye la voz poderosa,  
se oye la voz del guerrero  
que increpando á la fortuna  
tan adversa á sus anhelos

jura jamás envainar  
 avergonzado su acero  
 mientras estruje á la patria,  
 mientras profane su suelo  
 la maldad de los hispanos,  
 la ambición de los iberos.

### III

¿Quién es el ser singular  
 quién es el hombre sin miedo  
 que acercándose hasta el mar  
 en las alas de su genio  
 va con su espada á tocar  
 la puerta de un monumento  
 que el despotismo feudal  
 llenó de pólvora y hierro?

¿Quién es que jura luchar  
 hasta el último momento  
 por su patria y por su hogar  
 contra el audaz extranjero?

Nació en la linda ciudad  
 que arrulla dulces ensueños  
 velada por un titán  
 denominado "Quinceo."

Lo más bello de su edad  
 pasó cruzando los cerros,  
 la espesura virginal  
 del Sur ardiente de México;  
 y allá en el ancho palmar,  
 bajo exúberos mangueros,  
 al rugir el huracán  
 doblando pinos y cedros,  
 comprendió la libertad  
 en la aspereza del viento.

Hablóle de ella el turpial  
 desde el alto cocotero,  
 la guacarnaya locuaz  
 y los gorriones parleros.

Contemplóla en el cristal  
 del escondido arroyuelo  
 que libre va á fecundar  
 las entrañas del desierto;  
 en la lumbre sideral,  
 en los pálidos reflejos  
 que discurren sin cesar  
 la extensión del firmamento.  
 Tradújola en el bramar  
 de los leones sedientos  
 disputando un manantial  
 entre "cayacos" y ceibos.

Aprendióla al restallar  
 el oleaje violento  
 sobre el agrio peñascal  
 de los morros gigantescos.

Y escuchando en el volcán (\*)  
 de horrible cráter sangriento  
 el plutónico roncar  
 y los herbos siniestros,  
 palpó la lucha tenaz,  
 sintió el empuje tremendo  
 que es constante y natural  
 en las cosas y en los pueblos.

Y después de abandonar  
 los encantos del desierto,  
 buscó en el templo un fanal  
 arrastrado por su tiempo;  
 y allí en horas de solaz  
 á los clásicos leyendo,  
 libó el jugoso panal  
 de Cicerón y de Alceo;  
 y en su patriótico afán,  
 gratos y dulces anhelos,  
 soñó en la tierra inmortal  
 de los romanos y griegos:  
 pero vano delirar,  
 doquier miraba un espectro

---

(\*) Popocatepetl.



Fusilamiento de Hidalgo en Chihuahua.



que con segur infernal  
tronchaba vidas sin cuento.

## IV

Tres meses han trascurrido  
desde que en un lugarejo (\*)  
cercano á Valladolid,  
verificóse un encuentro  
que de hazañas y de glorias  
fué un manantial, un venero.

Vivaqueaba á la sazón  
en las afueras del pueblo  
la muchedumbre confusa  
del ejército insurrecto,  
cuando el héroe de Dolores,  
rodeado de subalternos,  
escuchó las confidencias  
de un presbítero viajero.

Era éste en sus maneras  
algo rudo, un poco envuelto  
pero en cambio, en su mirada,  
relampagueaba del genio  
la chispa que había de arder  
como un volcán gigantesco.

Vestía las ropas talaes  
y en la cabeza un pañuelo  
velaba con su penumbra  
un enérgico entrecejo.  
Era su voz la tormenta  
que en el azul percutiendo  
rodaba como cascada  
por el ancho campamento;  
describía con entusiasmo  
sus belicosos proyectos,  
sus risueñas esperanzas  
y sus ardientes deseos  
de ver á la Patria libre

---

(\*) S. Miguel Charo.

sin opresores ni dueños;  
 recordaba el heroísmo  
 de Cuauhtemoc el excelso,  
 su bravura sin igual,  
 su entereza y su denuedo;  
 y electrizada su alma  
 con el épico recuerdo  
 de aquel monarca viril,  
 de aquel ilustre guerrero;  
 ansiaba verse en el campo  
 de la lucha, combatiendo  
 por vindicar de su raza  
 los más sagrados derechos.

Conmovido el padre Hidalgo  
 Allende y sus compañeros  
 al oír aquel lenguaje  
 tan persuasivo y sincero;  
 no pudieron contener  
 la admiración en sus pechos;  
 ofreciéronle la mano,  
 su amistad y sus afectos,  
 en tanto que el alto Jefe,  
 en un papel escribiendo,  
 lo nombraba coronel  
 del ejército Insurrecto.  
 —“Tomad, le dijo, y partid  
 “hacia el Sur, y pronto espero  
 “recibir la fausta nueva  
 “de que en la costa sintieron  
 “flamear cortante la espada  
 “del invencible Morelos.”

## V

Breves instantes después  
 sólo, en humilde jamelgo,  
 dirigiase á su curato  
 el presbítero viajero,  
 el bisoño coronel,  
 que sin ningún elemento

iba á Acapulco á medir  
sus fuerzas con los iberos.

---

## II

### EL BAUTISMO DE SANGRE.

---

#### I.

Tendidos en la llanura  
y apoyándose en un monte,  
los insurgentes aprestan  
sus lanzas y sus bridones.

Al campo llegan jadeantes,  
los vigías y exploradores  
y anuncian que París viene  
con mil quinientos leones.

Las avanzadas se pliegan  
y en la espesura se esconden  
para formarse en compacta  
columna de tiradores.

Morelos en briosa yegua  
el campo todo recorre  
animando á sus soldados  
á batir los españoles.

Sobre la cresta sombría  
de unos peñascos informes  
Galeana coloca á "El Niño"  
con todas sus dotaciones;  
y aguijoneando un corcel  
veloz como los condores,  
va á escuchar del general  
las breves disposiciones:  
éste á la cúspide monta  
de aquellas rocas enormes  
á investigar el espacio  
por donde espera que asome

la negra nube cargada  
de elementos destructores.

## II.

En tanto por el Oriente  
despuntan los arreboles  
y bañan de rosa y oro  
los distantes horizontes.

Resuenan las armonías  
de mil pájaros cantores  
que al saludar á la autora  
se despiden de la noche.  
Al suspirar de la brisa  
muévense plantas y flores  
y el espacio se satura  
de frescas emanaciones.  
La plegaria matinal  
que á Dios elevan los bosques,  
tradúcese en el rumor  
de los pinos y los robles.

## III

Apenas un sol de fuego  
se cierne sobre los montes  
derrochando su caudal  
de mágicos esplendores,  
cuando Morelos descubre  
surgir allá por el Norte  
una inmensa polvareda  
que oscurece el horizonte;  
y cual si en alas viniese  
de los fieros aquilones,  
pronto llega, presto invade  
la extensa llanura donde  
serenos los insurgentes  
aguardan tremendo el choque.

Indistintos y confusos  
van llegando los rumores

como de hierros que chocan  
y de caballos que corren;  
y heridos por el fulgor  
de igníferos resplandores  
colúmbrase el centelleo  
de fusiles y cañones.

Como una tromba se acercan  
furiosos los españoles  
á escarmentar á sablazos  
á aquellos perturbadores  
del orden y de las leyes,  
que, "como maternos dones  
dignárase España dar  
en bien de estos moradores."

#### IV

Morelos baja impasible,  
arenga á sus batallones,  
y empuñando férrea lanza  
á la vanguardia se pone;  
le siguen entusiasmados  
en negros potros veloces  
Galeana con sus costeños  
valientes como leones.

Comienza el ruido marcial  
de clarines y tambores;  
y al grito de ¡Viva América!  
que exalta los corazones,  
el jefe de los hispanos  
con sus trompetas responde  
lanzando á paso de carga  
de hierro sus escuadrones.

Con la violencia del rayo  
se encuentran los contendores,  
se arrollan y se exterminan  
á lanzadas y mandobles.  
Por los aires vuelan trozos  
de armaduras y morriones,  
de miembros ensangrentados  
horrorosos y deformes

La llanura se estremece,  
 las montañas y los bosques,  
 al estallar las granadas  
 y detonar los cañones;  
 alaridos espantosos  
 al caer lanzan los hombres  
 partidos por la metralla,  
 deshechos por los bridones.

La tierra se inunda en sangre  
 que ardiente á raudales corre,  
 y de cadáveres se alzan  
 terroríficos montones.

Morelos crece en la lucha,  
 se prodiga, se antepone  
 donde quiera que la muerte  
 con su séquito de horrores  
 más víctimas despedaza  
 entre torturas atroces;  
 y cual si fuése relámpago,  
 vuela en todas direcciones  
 ordenando movimientos  
 que los realistas feroces  
 no pueden menos que ver  
 con espanto y con temblores.  
 Tres veces lo han atacado  
 con ímpetu de tifones  
 los bizarros descendientes  
 de los tercios españoles,  
 y otras tantas, rechazados,  
 en confusión y desorden,  
 han mordido la aspereza  
 de aquellos épicos montes;  
 y al extinguirse en Ocaso  
 los nítidos resplandores  
 de aquél sol que presenciara  
 tan gigantescas acciones,  
 se retira el enemigo  
 exhausto ya, sin vigores  
 buscando donde alojar  
 sus diezmados batallones.

Jonaltepec es el campo  
que en sus breñales esconde  
la retirada fugaz  
de las hispanas legiones.

Silencio profundo reina  
en todos sus alrededores  
que yacen entre la sombra  
de obscura y lluviosa noche;  
cuando súbito se escuchan  
terribles detonaciones  
que parten del fondo mismo  
de las arboledas, donde  
disfrutaban de dulce sueño  
los incautos españoles.

Trepida el cerro y el llano,  
incéndiase el horizonte,  
y fragorosas, vibrantes  
retumban claras las voces  
que gritan ¡viva Morelos!  
¡Mueran los dominadores!

El pánico se apodera  
de infantes y de dragones  
que á la desbandada huyen  
sin rumbo fijo ni norte;  
el propio París revela  
tal terror en sus acciones,  
que, inconsciente, por Morelos  
pregunta á sus vencedores.

## VI.

Prisioneros y tusiles,  
víveres, parque y cañones  
fueron el rico botín  
que dejaron esa noche  
en poder del gran Morelos  
de Castilla los leones.

## III

## EL FUERTE DE ACAPULCO.

## I

Era una noche obscurísima,  
 en hora muy avanzada,  
 cuando Morelos llegó  
 con sus tropas á la rampa  
 de aquél soberbio castillo  
 cuya mole gris, titánica,  
 refléjase en el cristal  
 de las purísimas aguas  
 que de Acapulco acarician  
 las costas embalsamadas.

Sobre el fondo de la noche  
 la fortaleza se alzaba,  
 como un pájaro monstruoso  
 abriendo sus negras alas.

El silencio más profundo  
 dentro y afuera reinaba,  
 cual si en aquellos contornos  
 alma alguna se encontrara;  
 sólo el pausado rumor  
 de las olas en la playa  
 mansamente interrumpía  
 de aquella noche la calma.

Llega el caudillo á la puerta  
 seguido de Galeana;  
 y á poco del interior  
 por Morelos preguntaban;  
 al oír la negativa  
 por él mismo aconsejada,  
 de roja luz se bañaron  
 las torres y barbacanas.

El edificio tembló  
 con el fragor de las armas,

y los cañones surgieron,  
 y silbaron las granadas;  
 y al redoblar con furor  
 las mortíferas descargas,  
 la hueste se desbandó  
 que al caudillo acompañara;  
 este, ceñudo, sombrío,  
 con fiera contemplaba  
 aquél cuadro aterrador,  
 aquella horrible matanza;  
 y al mirar qué sus soldados,  
 cobardes vuelven la espalda,  
 á un angosto sendero  
 indignado se adelanta;  
 y derrumbándose allí,  
 con voz iracunda clama:  
 "Que pasen por este puente  
 los cobardes, la canalla,  
 que apenas oyen un tiro  
 como liebres se amilanan."

Los fugitivos al ver  
 pundonor y audacia tanta,  
 retroceden, y á su jefe  
 de la tierra lo levantan;  
 y al escuchar el clarín  
 que á sus puestos los reclama  
 se forman para emprender  
 con honor la retirada.

En tanto crece el rumor,  
 de las olas en la playa,  
 broncamente interrumpiendo  
 de aquella noche la calma.

## IV

## LA TOMA DE TIXTLA.

## I

Es un blanco amanecer,  
de esos que sólo han visto  
los que pasan su existencia  
en el Trópico florido;  
mañana linda y serena  
de dulce esplendor y brillo,  
de sonrientes armonías  
como el lenguaje de un niño.

Brota el alma cual paloma  
de alas núblicas y aureo pico,  
y volando del Oriente,  
de perlas y de zafiros  
la senda alfombra del astro,  
del astro su bien querido.

Canta el cielo, y en su clámide  
que es de azul bello y tranquilo,  
festones cuelgan de oro,  
de púrpura y de jacinto.

Los campos ríen, y en su fábula  
de rumores infinitos,  
saludan al día que viene  
y entónante un epinicio.

## II.

Gasa leve, inmaculada,  
cual un cendal marfilino,  
de la sierra va á posarse  
sobre el blanco caserío  
de Tixtla, el hermoso pueblo  
que despierta á los vagidos

del céfiro que ha robado,  
 en sus incansables giros,  
 el blando aroma del cedro,  
 la rica esencia del pino.

Bandadas de cuilacoques  
 alegres dejan el nido,  
 y en el follaje desgranar  
 sus melancólicos himnos.  
 Las silvestres florecillas  
 que orgullo son del Estío,  
 abren con ansia su seno  
 de pasión estremecido,  
 al presentir las caricias  
 y los besos del rocío;  
 y mil hálitos emergen,  
 arrobadores, divinos,  
 que la atmósfera trasuntan  
 del Edén, del Paraíso.

Las fuentes murmuradoras,  
 los torrentes y los ríos  
 su eterna canción modulan  
 bajo la arcada de encino,  
 dentro los muros hojosos  
 del bosque austero y sombrío;  
 que allí donde la Natura,  
 de las frondas alza el ritmo,  
 más grandiosa es la armonía  
 del despertar matutino.

Mas turbando aquél concierto,  
 escuchanse de improviso  
 de los clarines hispanos  
 los penetrantes tañidos;  
 lanzan el toque de alarma  
 y anuncian que el enemigo  
 está á la vista, y pretende,  
 temerario y decidido,  
 asaltar la población  
 á sangre, fuego y cuchillo.

## III.

Sobre el despejado fondo,  
 de aquél cielo nacarino,  
 se yergue como baluarte  
 de un imponente castillo,  
 la mole vetusta y gris  
 de un campanario macizo;  
 al través de sus cornisas  
 y capiteles corintios,  
 arcabuces y mosquetes  
 fulguran con rojo brillo;  
 por sus ojivas angostas  
 y ventanales antiguos,  
 los grandes cañones muestran  
 su espantable poderío  
 y enfilando con sus bocas  
 las calles y los caminos,  
 esperan sólo que suene  
 de combate el fiero grito  
 para pronto vomitar  
 la muerte con sus rugidos.

Cerrando las bocacalles  
 se alzan trozos de granito,  
 montones de roja tierra  
 y gruesas vigas de pino;  
 y tras los densos reductos  
 donde se hallan defendidos  
 los cuarteles de Guevara,  
 de Fuentes y de Cosío,  
 los sables y bayonetas,  
 con fulgor adamantino,  
 se mueven como las olas  
 de mar inquieto y bravío.

## IV.

En tanto que los de España  
 con su valor no mentido

se aprestan para la lucha  
alborozados y listos;  
en el campo independiente  
la diana vibra y los himnos  
que del pecho del soldado  
acrecientan los latidos.

Fogosas caballerías  
atruenan con sus relinchos  
los fragosos altozanos  
y los barrancos umbríos;  
y al herir sus cascos férreos  
los duros y ásperos riscos,  
arrancan del pedernal  
chispazos de fuego vivo.

La voz tonante se escucha  
de Morelos el invicto  
que dirige á sus guerreros  
discurso breve y conciso:  
—¡Camaradas!

Ha llegado

el momento decisivo  
de probar á los iberos  
cuánto valor y heroísmo  
se encierran dentro del alma  
del mexicano oprimido;  
es ya tiempo que comprendan  
y recordarles preciso,  
que somos del gran Cuauhtémoc  
los descendientes, los hijos;  
y si él de guerreadores  
fué un modelo, fué un prodigio,  
nosotros imitaremos  
su lealtad y su civismo.

Ha muchos años que somos  
el escarnio y el ludibrio  
de esos hombres desalmados  
más crueles que los felinos,  
que en su ignorancia y soberbia.  
¡miserables! han creído

que nos falta la razón,  
que nos guía el solo instinto.

Burlan á nuestras mujeres,  
degradan á nuestros hijos,  
y en las minas y en los campos  
los azotan cual borricos.

Y ahí están, y nos esperan  
cual tigres embravecidos.  
soñando en rico festín  
con la sangre de los indios.

Jactanciosos de su número,  
buen armamento y equipo,  
y que sus recursos son  
numerosos, infinitos,  
se juzgan invulnerables.  
nos ven con tal pesimismo  
cual si fuésemos pandilla  
de soeces foragidos;  
empero, su necio orgullo,  
su insolencia y quijotismo,  
los habremos de vencer  
antes que el astro divino  
vaya á hundirse en su sepulcro  
de esmeraldas y zafiros

Como retumbos del mar,  
escucháronse los gritos  
de las tropas insurgentes  
aclamando á su caudillo

## V

Una obscura nubecilla  
manchando el cielo argentino.  
se escapa de las trincheras  
seguida de un estampido:  
es el primer cañonazo,  
saludo ronco y sombrío,  
que las huestes virreinales,  
encarándose al destino,

disparan sobre Morelos  
en señal de desafío;  
y cual si fuera un conjuro  
de matanza y exterminio,  
los cañones insurgentes  
contestan con sus rugidos,  
lanzando plomo á torrentes  
y de fuego un torbellino.

De un campo al otro se cruzan  
con horrisono silbido,  
los cascos de las granadas.  
que al reventar en añicos,  
montones hacen de muertos,  
de contusos y de heridos.

Los españoles se batien  
con el valor desmedido  
que mostraron sus abuelos  
luchando con los moriscos;  
y á la memoria se vienen  
grandes nombres y apellidos  
de Anglesolas y Guzmanes,  
de Moncañas y Rodrigos;  
y á la voz de los recuerdos  
de aquellos tiempos huídos,  
responde el Gran Capitán  
en los campos granadinos.

Pero, ¡ay!, ahora luchan  
con el hombre de quien dijo  
el vencedor de Marengo:  
que si lo hubiera tenido  
á su lado en las llanuras  
de Waterloo, el destino,  
menos cruel y más humano,  
jamás habría permitido  
que en Santa Elena llorase  
decepcionado y cautivo.

Seis largas horas de ataque furibundo, no han podido amenguar en los realistas su bravura y poderío; antes bien, como si fueran de la batalla el principio, se nota por ambos lados igual arrogancia y brío.

Al acencarse la tarde con sus fulgores rojizos, incendiando el horizonte desmelenado y bravío, Galeana el impetuoso se abalanza decidido, al frente de su columna, sobre un reducto enemigo: en tanto por el Calvario los Bravos han ascendido, y con sus fuegos dominan el templo y el caserío; Avila en pos de Guerrero, de Ayala y de Valdovinos, realizan con sus espadas maravillas y prodigios; y tras ellos, los surianos con un arrojo inaudito, van sembrando la pavora, la derrota, el exterminio: y dominando aquel cuadro tan horroroso y sombrío, la figura se destaca del insurgente caudillo.

Los españoles previendo su fin nefasto, rendidos, vándose al templo a demandar la dulce paz, el abrigo de tan augusta mansión, de tan sagrado recinto.

El cura de aquel lugar,  
que era por cierto fiel tipo  
del realista furibundo,  
fanático, empedernido,  
tomó en sus manos impuras  
una hostia y pan bendito,  
y apostándose al umbral  
de la iglesia, allí maldijo,  
exorcizando iracundo,  
al espíritu maligno  
que inspirara las maldades  
de aquellos "hombres perdidos"  
rebelados contra el rey,  
contra España y contra Cristo.

Sabedor el gran Morelos  
de aquel descaro y cinismo  
que á la religión quitara  
su pureza y su prestigio:  
dispuso con energía  
que el clérigo fementido  
se marchara á practicar,  
de modo más noble y digno,  
su verdadera misión  
de concordia y de cariño.

En seguida manda abrir  
las puertas, y los vencidos  
que llenaban todo el templo  
desde el altar á los nichos,  
deponen el armamento,  
é inclinándose sumisos  
como prisioneros quedan  
lamentando su destino.

---

## V

## LA ZONA CALIENTE.

## I

Acababa de extender  
 la noche su manto frío  
 sobre la escarbada tierra  
 de aquellos tétricos sitios,  
 en que el genio de la muerte  
 se entronizara sombrío,  
 cuando el vencedor, dejando  
 débilmente guarnecido  
 el pueblo donde retara  
 los más tremendos peligros,  
 se internó por los zarzales  
 y los vergeles floridos  
 que llenan de encantos mil  
 el poético camino  
 que conduce á la ciudad  
 hermosa de Chilpancingo.

## II

¡Salve, encantada región  
 más bella que el paraíso!  
 En tus montañas azules  
 y en tus bosques infinitos:  
 en los límpidos espejos  
 de tus lagos y tus ríos;  
 en el carmín de tus flores  
 y en tus paisajes bravíos:  
 en la inmaculada nieve  
 de tus picachos andinos:  
 en el cielo de tus noches,  
 y en el espléndido brillo  
 de tus risueñas auroras

tan puras como el armiño,  
 la mirada del viajero  
 encuentra doquier escrito  
 que Plutarco, en 'ureo libro,  
 puesto en parangón habría  
 con Alejandro y Filipo.

Y ese nombre lo repiten  
 tus brisas en sus gemidos,  
 tus aves enamoradas,  
 tus arroyos cristalinos;  
 tradúcese en el fragor  
 de tus volcanes altísimos,  
 en el terrible bramar,  
 en el ciclópeo rugido  
 de tus torvos huracanes  
 que azotándose en tus riscos  
 y salvajes serranías,  
 caminan enfurecidos  
 á revolver el cristal  
 de tus golfos de zafiro.

¡Salve, encantada región  
 más bella que el paraíso!  
 Es tu gloria y es tu orgullo  
 que en tus vergeles umbríos  
 y en tus espesas montañas  
 el viajero conmovido,  
 palpitantes ven surgir  
 las huellas y los vestigios  
 de aquel grande capitán,  
 heroico cual los antiguos,  
 que en Tixtla y en Acapulco,  
 en Cuautla y en Tenancingo  
 la soberbia pisoteara  
 y el orgullo desmedido  
 de los Páris y Callejas,  
 de los Bonavias y Armijos.  
 ¡Salve, encantada región  
 más bella que el paraíso!

---

## VI

## LA ASUNCION EN CHILPANCINGO.

## I.

Chilpancingo está de fiesta,  
y á celebrar la Asunción  
de María, se han juntado  
los pueblos del derredor.  
En la plaza principal,  
las barracas en montón  
extienden sus anchas alas  
de abigarrado color.  
Murgas típicas deleitan  
con melancólico son  
al montañés que ha bajado  
de mil placeres en pos.  
Los dados y los albures,  
la ruleta y "el plumón",  
"Tía Marianita y la argolla"  
despluman que es un primor  
al astroso campesino  
y al burgués bobalicón.  
Las campanas y cohetes,  
el pífano y el tambor  
invitan hasta á los muertos  
á tan alegre función.  
Arrogante es "la tapada"  
de gallos, y siempre halló  
contrincantes que pujasen  
en apuestas y en valor.  
Acróbatas han venido  
de muy lejana región,  
artistas que sólo lauros  
han conquistado y honor.  
Los títeres y los toros  
embriagan el corazón

con sus marciales trompetas,  
 su algazara y su clamor.  
 Las danzas tradicionales  
 de aspecto bravo y feroz  
 con los gigantes y enanos  
 recorren la población.  
 Todo es jácara y ruido  
 desconcertante y atroz  
 de panderos y flautines  
 de gaitas y de tambor

Las muchachas que acarician  
 del connubio la ilusión,  
 el más flamante ropaje  
 de seda se visten hoy;  
 y con flores y con cintas,  
 mariposas de listón,  
 el genio de los encantos  
 sus guedejas matizó.  
 Velando núbiles formas  
 de algún talle cimbrador,  
 de Manila se contempla  
 el riquísimo mantón;  
 é incendiando corazones  
 con su fuego abrasador,  
 discurren ojos que alumbran  
 más que los rayos del sol.

Los mancebos rivalizan  
 en compostura y ardor,  
 y en sus jubones deslumbran  
 los caireles y el galón;  
 anchos sombreros de palma  
 ó de pelo de castor  
 usan con gruesas toquillas  
 de artística confección;  
 las medias de seda ó lana  
 que la industria acá aportó  
 encubren sus pantorrillas  
 de hercúlea musculación;  
 de gamuza son las botas  
 ó de bruñido charol

con botones ajustadas  
 ó con sedño cordón;  
 en el hombro los sarapes  
 del más variado color,  
 y entre los labios un puro  
 que más parece un tizón;  
 y así discurren en grupos  
 buscando lides de amor  
 por las calles y las plazas  
 de la hermosa población.

## II

Quando han llegado las fiestas  
 á su mayor esplendor,  
 resuenan gritos de alarma,  
 de espanto y de confusión;  
 es un cuerpo de insurgentes  
 que llega á paso veloz  
 y sorprende y aprisiona  
 á la ibera guarnición.  
 Como rayo por el pueblo  
 circula pronto la voz  
 de que es Morelos el jefe  
 del ejército irruptor;  
 la muchedumbre se agita,  
 como el bramido feroz  
 del simún el seco polvo  
 de la africana región.  
 Y corren y se atropellan  
 por ver de cerca y mejor  
 al hombre que el sueño roba  
 de Calleja el español  
 Jinete en negro caballo  
 que es esbelto y corredor,  
 como el ciervo allá en las Pampas  
 al acercarse el ciclón,  
 aparece el gran Morelos  
 y dirígale la voz



**Entrada de Morelos á Chilpancingo**



á aquella turba que al verle  
 lanza un ¡viva! atronador.  
 “En pie, les dice, ¡oh valientes!  
 “los que tenzáis corazón  
 “para retar la soberbia  
 “del ejército español.  
 “Dejad el ocio y luchemos  
 “por nuestra patria y honor  
 “hasta borrar el estigma  
 “que nos llena de baldón;  
 “y al destrozar las cadenas  
 “en la faz del opresor,  
 “recobramos los bienes  
 “que nos otorgara Dios;  
 “que es indigno de vivir  
 “el que sin ningún rubor  
 “acepta la servidumbre  
 “con calma y resignación.”

Los mozos que allí vagaban  
 buscando lides de amor,  
 al oír del Padre insigne  
 la elocuentísima voz,  
 sus hogares abandonar,  
 sus ensueños é ilusión,  
 y á combatir se apresuran  
 por la Patria y el honor.

### III

Breves horas han pasado  
 cuando Morelos recibe  
 en su alojamiento, un pliego  
 de Galeana, el invencible;  
 en cortas frases el héroe,  
 pólvora y balas le pide  
 para salir y romper  
 el círculo que lo oprime.  
 El oidor Recacho y Fuentes,  
 sabiendo que en Tixtla existe

reducida guarnición  
 é insuficientes fusiles;  
 á recobrar esa plaza  
 prontamente se deciden  
 soñando en fácil victoria  
 y en recompensas á miles;  
 y aprovechando la sombra  
 de noche oscura y horrible,  
 como huracán hacia Tixtla  
 con sus tropas se dirigen.

Bravo y Galeana no duermen  
 custodiando sus fortines,  
 que el corazón les avisa  
 que cuá lobos invisibles,  
 por la llanura se acercan  
 los "astutos gachupines."

## IV

Aun no asomaba en Levante,  
 del alba azul el esquite,  
 cuando rumor de caballos  
 los insurgentes perciben;  
 y á medida que transcurren  
 los momentos, se distinguen  
 las voces de los soldados  
 y el ladrar de los mastines.  
 Son los realistas que llegan,  
 y con choque irresistible,  
 á la plaza se encaminan  
 al tocar de sus clarines.  
 Galeana al pie del cañón,  
 con pulso sereno y firme  
 un saludo con metralla  
 al instante les dirige;  
 y al repentino fragor  
 de aquel disparo terrible,  
 retroceden espantados  
 á buscar donde cubrirse:

los parapetos fulguran  
de hachones y de candiles,  
y el grito de ¡viva América!,  
¡y mueran los gachupines!  
estalla con el clamor  
de una tormenta irascible.  
Entonces Fuentes espera  
que el alba al campo ilumine  
para pronto retornar  
en pos de fiero desquite;  
y ordenando sus columnas  
á las trincheras embiste  
con bravura de león  
y con astucia de tigre.  
Galeana vése en apuros  
sin hombres ni proyectiles;  
pero ha jurado morir  
en su puesto y no rendirse.  
Cuando las tropas del rey  
ya tocaban los fortines,  
alegre se oye en el templo  
un estruendoso repique;  
los españoles lo juzgan  
uno de tantos ardides,  
pues su situación es negra,  
angustiosa, insostenible;  
pero un rugiente cañón  
que á retaguardia despide  
chorros de fuego y metralla,  
con sus estragos les dice  
que ha llegado el gran Morelos  
y con su espada invencible  
les corta la retirada,  
los despedaza y persigue;  
y en vano fórmanse en cuadro  
para mejor resistirle;  
que Galeana y Bravo llegan  
con férreas lanzas en ristre  
haciendo que la matanza  
surja espantosa y horrible.

Ochocientos prisioneros  
 y cuatrocientos fusiles  
 á los realistas costó  
 esa jornada terrible;  
 y entre los primeros hubo  
 dos traidores malandrines (\*)  
 que con la vida pagaron  
 sus maldades y sus crímenes

---

## VII

### EL SITIO DE CUAUTLA.

---

#### I

Cuautla está ahí..... la ciudad  
 de las frutas y las flores;  
 la sin rival amazona  
 de las calientes regiones.

¡Cuautla está ahí; la guerrera  
 que se aduerme á los rumores  
 de ricos cañaverales  
 gigantes como sus bosques.

¡Cuautla está ahí; la beldad  
 que en sus trópicos ardores  
 se abreva con los torrentes  
 que, en oscuros borbotones.  
 descienden estrepitosos  
 de sus lomas y sus montes.

Cuautla está ahí; la gentil  
 luchadora que se esconde  
 bajo perfumadas selvas  
 de naranjos gemidores.  
 ¡Salve, Acrópolis augusta!

---

(\*) Antonio Gago y Toribio Navarro.

en tí las generaciones  
 del porvenir, alzarán  
 sus cánticos y loores  
 en honor del paladín  
 que al frente de sus leones,  
 setenta días humilló,  
 en tus calles y en tus torres.  
 el orgullo militar  
 de Calleja y sus legiones;  
 frente á tí retrocedieron,  
 espantados y en desorden,  
 los cuerpos más aguerridos  
 de las iberas legiones;  
 y cuantas veces quisieron  
 capturarte en sus furores,  
 otras tantas las voló  
 el soplo de tus cañones.  
 ¡Salve ciudad inmortal,  
 tus vientos abrasadores  
 reproducen todavía  
 los acentos y las voces  
 de Galeana y de Morelos  
 mandando sus batallones!  
 ¡Salve ciudad inmortal  
 sobre tus campos de flores,  
 y enfrentada á los volcanes  
 razas viejas, nuevos hombres.  
 te hallarán eternamente,  
 más que el granito y el bronce  
 recordando las hazañas  
 de mis ínclitos mayores!

## II

No bien á Cuautla ocupaba  
 Morelos con sus soldados,  
 cuando un vigía anunció  
 que una nube de caballos  
 seguidos de infantería,  
 se acercaba como el rayo

cubriendo de negro polvo  
 el horizonte lejano.  
 Las guerrillas insurgentes  
 á las órdenes de Larios,  
 con las tropas que se acercan  
 se han venido tiroteando;  
 repléganse hasta la plaza,  
 y el capitán denodado  
 va á dar parte al general,  
 que Calieja el sanguinario  
 entre sus fuerzas trae  
 lo mejor del virreinato.  
 Al escucharle Morelos  
 pide un corcel y volando  
 con su escolta va á encontrar  
 á los guerreros hispanos.  
 El fragor de la metralla  
 ensordeciendo el espacio,  
 la alarma hizo cundir  
 en el insurgente campo;  
 Galeana piensa en todo,  
 hasta en la infamia de un lazo,  
 y violento vuela á allá  
 en las alas del relámpago;  
 el insurrecto caudillo  
 se halla, en efecto, cercado  
 por los dragones del rey  
 que intentan aprisionarlo.  
 Su escolta al choque feroz  
 muy pronto se ha desbandado,  
 y él, esgrimiendo un revólver,  
 se retira paso á paso.  
 Los costeños como furias,  
 sus fusiles arrojando,  
 desnudan el corvo alfanje  
 y á la fuerza de su brazo  
 la salvación encomiendan  
 de su jefe idolatrado.  
 Fué cuestión de instantes brev  
 aquel luchar sobrehumano

que á los realistas quitó  
 la presa que habían sonado;  
 y entre vivas y clamores  
 del más ardiente entusiasmo,  
 Cuautla volvió á recibir  
 al adalid mexicano.

## III

Más de siete mil fusiles  
 al día siguiente, á los rayos  
 de un ígneo sol, se miraban  
 frente á Cuautla fulgurando.  
 Poderosa artillería,  
 de las batallas espanto,  
 se aprestaba á combatir  
 aquel abierto poblado.  
 Orgullosos y engreídos  
 sentíanse aquellos soldados  
 con sus victorias de Aculco,  
 de Calderón y Zitácuaro;  
 é impacientes esperaban  
 el momento del asalto,  
 para probar otra vez  
 su pundonor castellano.

## IV

Morelos, el gran Morelos,  
 impasible contemplando  
 de fuerza y de poderío  
 aquel imponente cuadro,  
 dirige festivo y dulce  
 la palabra á sus soldados,  
 diciéndoles que "morir  
 "por la Patria es bello y grato."

## V

Apenas el sol doraba  
las crestas de los collados,  
cuando Calleja inició,  
cuatro columnas lanzando  
por la calle principal,  
la tormenta del asalto.  
Impertérritos llegaban  
los batallones hispanos  
á atacar los parapetos  
de San Diego, encomendados  
á la bravura sin par  
de Galeana el bizarro,  
cuando un audaz coronel,  
sus filas abandonando,  
retó á duelo singular  
al valiente americano;  
presto salvó Galeana  
las trincheras, aceptando  
aquel viril desafío  
digno de algún espartano;  
mutuamente se hacen fuego,  
y el español, noble y bravo,  
se derrumba agonizante  
sobre el suelo ensangrentado.  
Galeana conmovido,  
lo levanta entre sus brazos  
para prestarle en la plaza  
los auxilios del cristiano.

## VI

En tanto los españoles  
sus baterías armaron,  
y sobre Cuautla rugió  
tormenta de cañonazos;  
los reductos de San Diego  
vigorosos contestaron  
y la batalla empezó.

la destrucción, el espanto.

Densa humareda sus nubes  
 extendió por todo el campo,  
 acreciendo la pavora,  
 los horrores aumentando.

El cuerpo de los honderos,  
 tras de San Diego apostados,  
 sobre Calleja un montón  
 de pedruscos dispararon;  
 y al tocar los asaltantes  
 aquel fortín codiciado,  
 los sables y bayonetas  
 con furor se ensangrentaron.

Implacables los costeños,  
 cuerpo á cuerpo y á sablazos,  
 hicieron retroceder

á los infantes hispanos;  
 vuelven éstos á la carga  
 sostenidos en sus flancos  
 por los dragones que apenas  
 doman sus briosos caballos;  
 se introducen en las casas,  
 las paredes horadando,  
 y así poder acercarse  
 á San Diego, paso á paso;  
 y en las miseras mujeres,  
 en los niños y ancianos  
 con vileza y cobardía  
 su cólera descargaron.

Galeana, firme espera  
 ese ataque solapado,  
 para mostrar más y más  
 la pujanza de su brazo;  
 y al coronar los iberos  
 las azoteas y tejados, ;  
 con "El Niño" los batió  
 y las granadas de mano.

Estas ventajas, no obstante,  
 corrió en el punto un malvado

la voz de que Galeana  
 estaba hecho pedazos.  
 Cundió muy pronto el desorden,  
 y, su deber olvidando,  
 los defensores sus puestos  
 dejaron abandonados.  
 Comprendiendo Galeana  
 lo funesto del engaño,  
 á los fugitivos vuelve  
 á cachetes y porrazos;  
 sólo un mancebo (\*) quedaba,  
 valiente como un romano,  
 al pie de su batería  
 al ibero ametrallando;  
 este rasgo de valor  
 anonadó al castellano  
 que, sin parque y sin moral,  
 se retiró avergonzado.  
 Más de cuatrocientos muertos  
 dejó Calleja en el campo  
 donde por primera vez  
 recibiera un descalabro;  
 y atónito, confundido,  
 los hechos le demostraron  
 que ante Morelos y el mundo  
 se encontraba derrotado;  
 y de su orgullo á despecho,  
 su altivez pisoteando,  
 buscó en Cuantlixco cuarteles  
 á su ejército diezmado.  
 Cuenta la Historia, que entonces  
 sobre la ciudad lanzando  
 una mirada terrible  
 preñada de mil relámpagos,  
 juró ni piedra dejar  
 de aquel "inmundo poblacho"  
 donde la tierra mordieron  
 sus más valientes soldados.

---

(\*) Narciso Mendoza.

Pero Cuautla ahí quedé  
 como un monumento santo,  
 las grandezas y las glorias  
 de mi patria recordando.

## VII

Pronto á México llegó  
 la noticia del desastre  
 con los soldados dispersos  
 y las notas oficiales.  
 Del héroe el nombre se oyó  
 en las plazas y las calles,  
 y hasta en los versos sencillos  
 de los cantos populares.  
 El virrey dispuso luego  
 que prontamente marchasen  
 nuevas tropas y cañones  
 con pertrechos y caudales.  
 Los batallones de Asturias,  
 Lobera y Mixto, pujantes,  
 con Llano al frente salieron  
 al campo de los combates:  
 En Izúcar atacaron  
 á Guerrero el indomable,  
 y éste con mínimas fuerzas  
 los hizo "marchar" á escape.

Calleja tomaba en tanto  
 posiciones formidables  
 para batir con ventaja  
 de la ciudad los baluartes;  
 y al acercarse del Llano  
 con sus tropas arrogantes,  
 circunvalada quedó  
 la plaza y sus arrabales  
 Amelcingo y Buenavista,  
 Santa Inés y Tejacaque  
 semejaban una selva  
 de pendones y estandartes.

y por encima flotando  
 un sol hermoso y radiante  
 con sus océanos de luz  
 y sus fuegos tropicales.

## VIII

El mexicano caudillo,  
 no se daba un instante  
 de reposo en artillar  
 las torres y bocacalles;  
 y presintiendo un asedio  
 de duración espantable,  
 se dedicó á acumular  
 provisiones abundantes.  
 Todo el pueblo lo ayudaba,  
 y soldados y oficiales  
 diligentes atendían  
 sus menores voluntades;  
 nunca un general logró  
 ganar cariño tan grande  
 cual el que al noble Morelos  
 sus valientes demostrábanle.

## IX

Una luciente mañana  
 de las primeras de Marzo  
 de mil ochocientos doce,  
 desde los fuertes hispanos  
 sobre Cuautla se azotó  
 una lluvia de bombazos;  
 era el prelude marcial  
 de aquel homérico canto  
 que setenta días tronó  
 bajo el cielo americano.  
 Calleja, el duro Calleja,  
 destruir á Cuautla ha jurado  
 como á las urbes antiguas  
 los procónsules romanos.

al efecto, en su redor  
 los recursos ha agrupado  
 que Venegas le otorgara  
 tan "liberal y magnánimo;"  
 y en su infernal pretensión  
 y orgullo desatentado,  
 resuelto estaba á inmolar  
 sus más valientes soldados.

## X

Hacer sentir el infierno  
 de la sed á los sitiados,  
 se propuso con fruición  
 aquel hombre sanguinario,  
 y, en consecuencia, sus tropas  
 el "ojo de agua" cegaron  
 que á la población surtía  
 del elemento preciado.

Al informarse Morelos  
 de aquel terrífico daño,  
 manda al valiente Galeana  
 prontamente á remediarlo;  
 llega el resuelto oficial,  
 y en pos de él Víctor Bravo,  
 y á los custodios del agua  
 con fiereza acuchillaron;  
 y en seguida y bajo nube  
 de balas y metrallazos,  
 fabricaron un torreón  
 con tres piezas artillado.

Pronto supo el gran Morelos  
 la hazaña de sus soldados;  
 y en su honor, una jamaica  
 y un banquete celebraron.

Calleja quiere ocupar  
 aquel fuerte improvisado,  
 y á los cuerpos de Lobera  
 manda otra vez al asalto.

Con imponente arrogancia  
 los españoles llegaron  
 á disputar el fortin  
 que guarnecían los surianos;  
 dispáranse los fusiles,  
 y bayonetas calando,  
 con arrojo y bizarría  
 frente á frente se encontraron.  
 Comienza el duelo mortal,  
 y rabiosos, enconados,  
 se destrozan, se atraviesan  
 con empuje sobrehumano;  
 multiplicanse los lances  
 de valor desesperado,  
 y de ingente sangre fría  
 se admiran no pocos casos;  
 después de horrible luchar,  
 el camino ensangrentando,  
 retiráronse en derrota  
 del virrey los veteranos

## XI

Una noche obscura, triste,  
 de repente se escucharon  
 el ruido de los tambores  
 y el clamor de los soldados;  
 y no de un lugar tan sólo,  
 sino que de puntos varios  
 aquel rumor se esparcía  
 alarmante, inesperado;  
 era el toque de degüello  
 que en el céfiro volando,  
 prontamente se extendió  
 de la ciudad por los ámbitos  
 Una atroz fusilería  
 y relinchos de caballos  
 siguió á los toques siniestros  
 fragorosos resonando

De Cuahuistla por el rumbo,  
 Santa Inés y el Calvario,  
 aumentó la gritería,  
 las descargas redoblaron;  
 los morteros y cañones  
 tronaban de cuando en cuando,  
 y con las sombras crecían  
 el terror y el espanto.

Tranquilo en su alojamiento  
 el general mexicano  
 solía no más preguntar  
 por Anzúres y por Bravo.

No largas horas se habían  
 lentamente deslizado,  
 cuando el intrépido Anzúres  
 por el jefe interrogando,  
 á un ordenanza daba  
 las riendas de su caballo;  
 y ascendiendo la escalera  
 con las alas del relámpago,  
 pronto en la presencia estuvo  
 del caudillo americano.

“Mi general—dijo Anzúres—  
 “los manejos de un malvado.  
 “con Calleja en connivencia,  
 “hicieron que á nuestro campo  
 “esta noche se acercasen  
 “más de ochocientos hispanos;  
 “y torpes, ó muy imbéciles.  
 “de aquel tramoyista fiando.  
 “creyeron tomar la plaza  
 “en menos que canta un gallo;  
 “pero advertido que estuve  
 “de proceder tan villano.  
 “como á los lobos hambrientos  
 “caer los hice en un lazo.”

Y siguiendo el capitán  
 con acento breve y claro,  
 á Morelos refirió:

que al toque desesperado  
de un tambor los españoles  
cuerpo á cuerpo se encontraron;  
y sin mediar más señales,  
todo rumor acallando,  
como fieros enemigos  
con furor se destrozaron.  
El caudillo por respuesta  
tendióle la franca mano  
que el capitán estrechó  
conmovido, emocionado.

## XII

(Setenta veces el sol,  
el horizonte inflamando,  
á contemplar la epopeya  
de Cuautla se ha presentado;  
y en la púrpura oriental  
de su flamígero manto,  
hazañas mil escribió  
la heroicidad con su mano:  
unas veces es Galeana,  
que al enemigo asombrando,  
de la victoria se ciñe  
los más espléndidos lauros;  
otras el gran Matamoros  
que con solo cien soldados  
rompe el férreo valladar  
para reunirse con Bravo;  
ó bien el ilustre jefe,  
cayendo sobre el Calvario,  
y en un instante arrollar  
el campamento de Llano.  
Si en salida tan bizarra,  
los insurgentes más cautos  
persiguen al enemigo,  
los víveres despreciando,

el jefe español habría  
 encontrádose en el caso  
 de no poder dominar  
 entre sus tropas el pánico;  
 pero la suerte dispuso  
 que los hambrientos soldados  
 desdeñasen la victoria  
 por galletas y tabaco.

## XIII

Han transcurrido los días  
 y con ellos aumentado  
 el hambre y la enfermedad  
 en el insurgente campo;  
 las carnes y las semillas  
 por completo han terminado,  
 hasta el grado de comerse  
 las pieles de los caballos;  
 en tan horrible festín  
 fueron riquísimo plato  
 los asquerosos ratones  
 y los perros y los gatos;  
 como lujo permitíanse  
 trozos de cuero tostados  
 y mieles ya corrompidas  
 que la peste desataron;  
 pero en medio de esa angustia,  
 de esa miseria y espanto,  
 roncós y alegres se oían  
 los himnos de los soldados,  
 que al caer sus compañeros  
 de la Parca al golpe insano,  
 llevábanlos al sepulcro  
 con músicas y con cantos;  
 pena capital había  
 sobre el infeliz menguado  
 que expresase en sus palabras  
 algún temor ó desmayo;  
 que ante su conciencia y Dios

defender habían jurado  
 la causa noble y bendita  
 de Cuauhtemoc y de Hidalgo.  
 El mismo jefe español,  
 tanta grandeza admirando,  
 confesólo en sus mensajes  
 al señor del virreinato:

(I) “Si el valor y la constancia  
 “de los que en Cuautla sitiados,  
 “día á día nos escarnecen  
 “nuestras leyes insultando,  
 “se hallasen por la moral  
 “y la justicia amparados,  
 “su causa merecería,  
 “en un futuro cercano,  
 “un lugar muy distinguido  
 “en la Historia y en los fastos,  
 “y, sobre todo, en el alma  
 “de los buenos mexicanos.”

## XIV

Viéndose también Calleja  
 hondamente quebrantado  
 y sin esperanza alguna  
 de triunfar en un asalto,  
 á Venegas se dirige,  
 y, en tono contristado,  
 manifiéstale sus cuitas,  
 un consuelo demandando.  
 Guarda la Historia imparcial  
 en su augusto relicario  
 era nota (2) que revela

---

(1) Bustamante, “Cuadro Histórico.”—  
 Carta 5a., pág. 7a.

(2) Excmo. Sr.—Conviene mucho que el  
 ejército salga de este infernal país lo más  
 pronto posible; y por lo que respecta á mi  
 salud, se halla en tal estado de decadencia,  
 que si no la acudo en el corto término que

el humor desesperado,  
 la impotencia, el desaliento  
 de jefe tan veterano.  
 También á Morelos manda  
 un hábil parlamentario  
 ofreciéndole su indulto,  
 el de Galeana y de Bravo;  
 pero el ilustre caudillo,  
 leyéndolo á sus soldados,  
 en el reverso escribió  
 concediéndole otro tanto

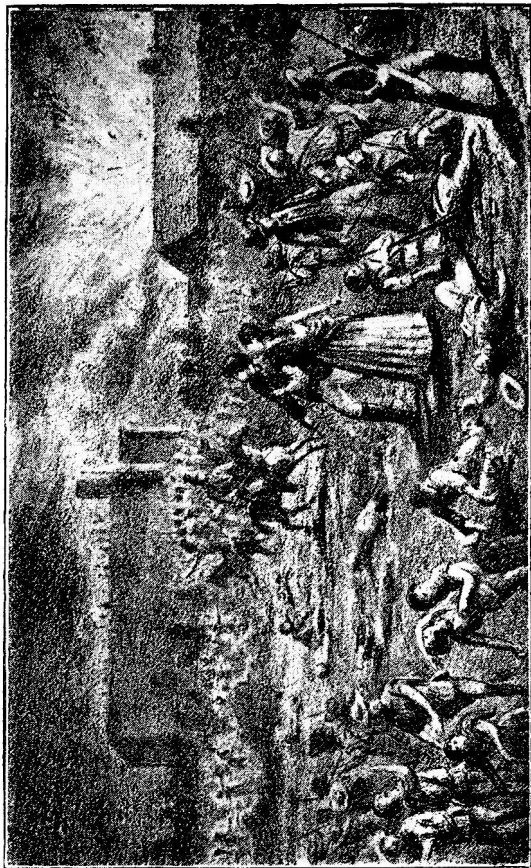
## XV

Comprendiendo el gran Morelos  
 que el instante era llegado  
 de romper los eslabones  
 con que quisieran ahogarlo;  
 convoca á sus generales,  
 y á una voz acordaron  
 entre el enemigo abrirse  
 con sus aceros un paso;  
 y en una callada noche  
 de las ardientes de Mayo,  
 á la hora en que domina  
 el sueño como tirano,  
 dentro de Cuautla escuchóse  
 un ruido prolongado  
 de sables y de fusiles,  
 de hombres y de caballos;  
 era el primer movimiento  
 del ejército sitiado  
 que se hallaba pronto y listo  
 para burlar al hispano;

---

ella pueda darme, llegarán tarde los auxilios.—V. E. se servirá decirme en contestación lo que deba hacer.—Dios, etc. Campo sobre Cuautla, Mayo 2 de 1812.—Bustamante. "Campanas de Calleja." Pág. 172.

y al acento de sus jetes,  
 gruesa columna formando,  
 arrogante se encauzó  
 por el rumbo del Calvario.  
 Galeana, como siempre,  
 decidido y arrojado,  
 á la vanguardia se puso  
 con las armas en la mano;  
 le seguían en el centro  
 los batallones de Bravo,  
 y entre éstos y Galeana  
 el héroe con su resguardo;  
 la retaguardia confusa  
 de familias y soldados,  
 á las órdenes salió  
 de Anzures el denodado.  
 Más de una hora tenía  
 la columna caminando  
 sin hallar ningún estorbo  
 que entorpeciera su paso,  
 cuando al rebasar un puente,  
 de improviso á ambos lados  
 un ¿quién vive? resonó,  
 al enemigo alarmando.  
 Galeana contestóles  
 con un certero disparo,  
 y la columna avanzó  
 cual torrente desbordado.  
 Entónces los españoles  
 lluvia de plomo lanzaron  
 sobre aquella masa negra  
 que inundaba todo el campo;  
 los insurgentes también  
 furiosos les contestaron  
 y la tierra estremeciósse  
 al bramar los cañonazos.  
 Galeana como león  
 que ruge desesperado,  
 avanzaba sin cesar  
 destruyendo, aniquilando;



Morelos y su ejército rompen el sitio de Cuautla.



y al caer como una tromba  
 los realistas á sus flancos  
 la batalla se ensañó,  
 los sables se ensangrentaron.  
 Dividida la columna  
 del ejército sitiado,  
 reanudó pronto su marcha  
 por caminos encontrados;  
 y las tropas españolas,  
 confundiéñtose en el campo,  
 mutuamente, enfurecidas,  
 con tesón se desgarraron.

## XVI

Rumbo á Cuautla de la Saí  
 convergieron los sitiados  
 y allí revista los jefes  
 a sus valientes pasaron;  
 unas cuantas bajas hubo  
 en la clase de soldados,  
 y en las superiores una  
 siendo don Leonardo Bravo  
 Este ilustre general  
 que de la lucha en el campo  
 siempre á la gloria llevó  
 á sus queridos surianos,  
 cayó en la pérfida red  
 de unos hombres desalmados;  
 y en la Acordada fatal,  
 con su sangre de abnegado,  
 los tigres de la colonia  
 su innoble sed apagaron;  
 pero cual sublime aroma  
 celestial, immaculado,  
 frente á los restos del mártir  
 surgió un arranque magnánimo:  
 su hijo don Nicolás  
 en un encuentro pasado.  
 victorioso aprisionó

más de trescientos hispanos;  
 y creyendo, con justicia,  
 que el virrey por sus soldados  
 la vida respetaría  
 de su padre idolatrado,  
 esperaba pronto asir  
 con cariño entre sus brazos  
 aquel modelo de padres,  
 aquel dignísimo anciano;  
 mas, ¡oh negra realidad!  
 por un mensaje privado  
 el héroe llegó á saber  
 el desenlace nefando;  
 su tropa se enfureció,  
 y con gritos destemplados,  
 la vida le reclamaban  
 de los míseros hispanos;  
 pero el noble general,  
 las pasiones acallando,  
 la vida les concedió  
 á aquellos desventurados.....!

Hechos como éste, la Historia  
 muy pocos ha registrado,  
 y son el mejor laurel  
 que ceñirán los humanos.

---

## VIII

### EN OAXACA.

---

#### I

Calleja á Cuautla ocupó,  
 y en su recinto sagrado  
 sólo halló como trofeo  
 niños, mujeres y ancianos;  
 y en ese grupo que amparan

los hombres civilizados,  
él, rencoroso, sació  
sus instintos sanguinarios.  
Después escribió al virrey  
mintiendo como un bellaco,  
pues que llamaba victoria  
lo que sólo fué un fracaso.  
En México, al informarse  
de suceso tan nefasto,  
al caudillo suponían  
prisionero y aherrojado;  
pero pronto en Huajuápam  
sus clarines resonaron  
al vencer á los realistas  
que cercaban á Trujano;  
y en las selvas dilatadas,  
y en los montes y los llanos  
los ecos repercutían  
el jadear de sus caballos.  
Tehuacán en sus vergeles  
y Orizaba entre sus prados  
laurel y palmas tejieron  
para sus bravos soldados.  
Oaxaca, la gran ciudad,  
con sus viejos campanarios,  
las miradas atraía  
del guerrero americano;  
cual plaza fuerte mostraba  
sus bastiones artillados,  
sus barbacanas sombrías  
con la muerte amenazando;  
cuarenta y dos parapetos  
de fusiles erizados  
antojábanse una selva  
herida por los relámpagos;  
y en su redor anchos fosos  
defendíanla, y á lo alto  
los extremos se veían  
de dos puentes levantados;

pero el héroe, aquel alarde  
 de soberbia despreciando,  
 á sus generales dijo  
 con acento de inspirado:  
 "Antes que el sol de mañana  
 "se desvanezca en Ocaso,  
 "habré de hallar en Oaxaca  
 "cuarteles á mis soldados:  
 "y para ello confío  
 "en el valor ya probado  
 "de Victoria y de Terán,  
 "de Sesma, Galeana y Bravo."  
 Con un ¡hurra! atronador  
 á su jefe contestaron  
 aquellos hombres sin tacha,  
 valientes como Bayardo;  
 y el día siguiente, al nacer  
 el rojo fulgor del astro,  
 Morelos mandó intimar  
 rendición á los hispanos.  
 El gobernador Saravia,  
 pundonoroso y osado,  
 la intimación contestó  
 con orgullo y desacato;  
 los insurgentes entonces,  
 cuatro columnas formando,  
 sobre Oaxaca al compás  
 de sus clarines marcharon;  
 los españoles se aprestan  
 á repeler el asalto  
 y sus cañones vomitan  
 tormenta de metrallazos.  
 La columna de Galeana  
 devora casi el espacio,  
 y á Santo Domingo llega  
 sus bayonetas calando;  
 por la Merced se desbordan  
 los batallones de Bravo  
 y ocupan la plaza de armas  
 á sus jefes aclamando.

Victoria para luchar  
tiene que salvar á nado  
el foso que detenía  
el ardor de sus soldados;  
arrójase á las trincheras  
con la violencia del rayo  
y á los golpes de su acero  
se retiran los hispanos.  
Los cañones de Terán  
hábilmente manejados,  
deshacen los parapetos  
con sus certeros bombazos;  
y el inmortal Matamoros  
con sus infantes llegando,  
consume la dispersión,  
la derrota y el espanto.

Un jubiloso repique  
de todos los campanarios  
anunciaba que Morelos  
la plaza había ocupado:  
y los ¡vivas! se mezclaban  
con los últimos disparos  
que tonantes se perdían  
de las calles á lo largo.

En poder del vencedor  
grandes recursos quedaron  
y presos los generales  
del ejército adversario.

---

## IX

TOMA DE LA CIUDAD Y FUERTE DE  
ACAPULCO.

## I

Dueño el héroe, de Oaxaca,  
 en su mente resurgieron  
 de Acapulco y su castillo  
 los imperiosos recuerdos;  
 se transporta á aquellos días  
 que con pocos elementos  
 temerario desafiara  
 aquel coloso soberbio;  
 y deseando ocupar  
 en el Pacífico un puerto  
 que á sus tropas provevese  
 de víveres y pertrechos,  
 prontamente reorganiza  
 sus más aguerridos cuerpos.  
 y se lanza con placer  
 por los montes y los cerros.

Marchan con él Galeana  
 y Avila el noble y modesto;  
 los dos soldados que nunca  
 terror en su alma sintieron;  
 y después de atravesar  
 los más abruptos senderos.  
 frente á Acapulco una noche  
 sus fogatas encendieron.

Vélez, en jefe mandaba  
 la fortaleza y el puerto,  
 y en seguida recibió  
 una nota de Morelos:  
 en ella el héroe exigía  
 inmediato rendimiento,

la entrega de la ciudad  
y castillo de San Diego.

Vélez, audaz mexicano,  
y valiente hasta el exceso,  
contestó que lucharía  
hasta el último momento.

Cerró con gruesas trincheras  
cuanto punto daba acceso  
á la rica población  
encomendada á su celo;  
y en el fuerte acumulando  
lo mejor del armamento,  
en guardia se colocó  
determinado y sereno.

## II

Casa Mata enardecía  
con sus terribles aprestos  
al valiente entre los bravos  
del ejército insurrecto:  
es Galeana, y allí va  
y le siguen los costeños  
que, lo mismo que su jefe,  
en luchar son los primeros;  
y el combate se acentúa  
desesperado y sangriento  
hasta cubrir el fortín  
con centenares de muertos.

Los realistas recularon  
ante choque tan violento,  
y en desesperada fuga  
se internaron en San Diego.

Avila en tanto ascendía  
con arrogancia y denuedo  
capturando los fortines  
de aquellos ásperos cerros;  
y al asentarse en la cumbre  
sus batallones intrépidos,

el grito de libertad  
conmovió todos los ecos.

Encerrados los realistas  
en el fuerte de San Diego,  
juzgábanse más seguros  
que los ángeles del cielo,  
pues su gruesa artillería,  
sus obuses y morteros  
dominaban el contorno  
con sus terríficos fuegos;  
la despensa era de príncipes,  
y en bodegas y graneros  
la abundancia sonreía,  
la riqueza y el contento;  
sus municiones también  
antojábanse un venero  
para poder resistir  
años y lustros enteros;  
y para colmo tenían  
un camino sin tropiezo  
que verían de aprovechar  
en casos graves y serios:  
el Océano Pacífico  
en sus azules espejos  
ancha salida ofrecía  
á los soldados iberos.

### III

A dos leguas del castillo  
y arrullado por los vientos  
un islote se levanta,  
glauco nido de misterios:  
La Roqueta, así la llaman  
los geógrafos y viajeros,  
es pequeña, es hermosa  
cual la Venus que los griegos  
flotando entre las espumas  
amorosos concibieron.

Sus rocas fingen fantasmas  
 que en las nubes escondiendo  
 sus graníticas cabezas,  
 velan el plácido sueño  
 de las nereidas azules  
 y los tritones traviosos.

Los árboles milenarios  
 en sus pequeños oteros  
 levántanse majestuosos  
 mirando un límpido cielo:  
 y en sus frescos bosquecillos,  
 de césped blando cubiertos,  
 se columpian al murmurio  
 de las auras y los céfiros,  
 las campánulas y lirios,  
 las madreseñas y almendros.

Una ola verdinegra  
 de abedules y palmeros,  
 es su hermoso litoral  
 al distinguirse á lo lejos;  
 y al chocar la marejada  
 en sus cantiles morenos,  
 de azules conchas y perlas  
 se forma lindo reguero.

#### IV

De aquel encantado islote  
 sacaban los de San Diego  
 frutas ricas, pesca y caza  
 en sus esquifes ligeros;  
 en tal virtud, el caudillo  
 juzgó prudente y certero  
 apoderarse de él  
 sin perder nada de tiempo;  
 y al efecto, Galeana,  
 de una noche en el silencio,  
 lanzóse en pobres canoas  
 sobre el traidor elemento;

y al reflejarse en la mar  
 los matutinos destellos,  
 sorprendió con sus soldados  
 de la isla á los cerberos.

Sin embargo esta ventaja,  
 los realistas no cedieron  
 y el sitio se prolongó  
 con sus horrores sin cuento.

Ante tamaña osadía,  
 y cañones no teniendo  
 el héroe con que abatir  
 aquellos muros enhiestos,  
 á volarlos se decide,  
 y en un espantoso incendio  
 para siempre sepultar  
 el grandioso monumento;  
 pero influenciada su alma  
 con la imagen y el recuerdo  
 de tanto ser inocente  
 que se abrigaba en su seno,  
 intenta un asalto más;  
 y Galeana, bajo el fuego  
 de más de veinte cañones,  
 llega á tocar con su acero  
 la balaustrada gigante  
 de aquella puerta de hierro;  
 en tanto al opuesto rumbo  
 y escalando voladeros,  
 Felipe González llega  
 inquebrantable y sereno;  
 y al herir sus bayonetas  
 aquel monstruoso esqueleto,  
 el terror se apoderó  
 de Vélez y compañeros.

## V

Rebasando las almenas  
 de corte grave y severo,

blanca bandera se ve  
 agitada por el viento;  
 simultáneamente cesa  
 por ambas partes el fuego,  
 y el mismo Vélez se aboca  
 á pedir el parlamento.

Trae en la mano las llaves  
 del gigante "caballero"  
 que se rinde á discreción  
 del general insurrecto;  
 éste, admirando las prendas  
 del vencido de San Diego,  
 le otorga la libertad  
 y á sus bravos compañeros.

---

## X

### EL CONGRESO DE CHILPANCINGO.

---

#### I

"Morir ó salvar la patria"  
 fué el sublime pensamiento  
 con que el héroe convocó  
 aquél famoso Congreso  
 que en acta inmortal, eterna,  
 á la faz del universo  
 consagró la libertad  
 é independencia de un pueblo.

Demócrata cual ninguno,  
 fué su ideal, era su anhelo  
 establecer en su patria,  
 como único gobierno,  
 el creado por el voto  
 unánime de los pueblos;  
 y apóstol de la igualdad,  
 desdeñando privilegios,

rechazó con energía  
 el pomposo tratamiento  
 que conferirle acordaron  
 los miembros de aquel Congreso.

Y se escuchan todavía,  
 y los hombres recogieron,  
 sus palabras rebosantes  
 de patriotismo sincero:

“No soy más, el héroe dijo,  
 “que de la nación, el siervo,  
 “pues sólo en ella reside,  
 “inalterable y eterno,  
 “el principio de que emanan  
 “soberanías y derechos.”

## II

El imponente clamor  
 de las tropas y del pueblo,  
 á la América anunciaba  
 que en la sacristía del templo  
 parroquial de Chilpancingo  
 instalábase un congreso,  
 el cual iba á sancionar,  
 inmutable y austero,  
 la santa revolución,  
 el heroico movimiento  
 que en Dolores iniciara  
 un sacerdote modesto.  
 Las campanas del lugar  
 echadas todas á vuelo  
 y el majestuoso rugir  
 de cañones y morteros.  
 con su fragor saludaban  
 el histórico momento:  
 las músicas recorrían  
 las calles todas del pueblo  
 entusiasmado las almas  
 con sus acordes guerreros:

y por encima de todo,  
 levantándose hasta el cielo,  
 el grito de ¡viva América!  
 ¡muera el déspota gobierno!

---

## XI

### VALLADOLID Y PURUARAN.

---

#### I

Después que hubo cerrado  
 sus sesiones el Congreso  
 é investido al general,  
 con los poderes supremos,  
 éste se lanza otra vez,  
 imperturbable y resuelto,  
 á proseguir con ardor  
 aquél titánico duelo;  
 y relinchan sus corceles,  
 y retumba su armamento.  
 y á Valladolid se va  
 en las alas de los vientos;  
 tramonta vírgenes selvas,  
 recorre campos desiertos,  
 y entre rocas y zarzales  
 extiende su campamento;  
 y al palidecer un día,  
 nuevo Moisés, á lo lejos  
 vislumbra la gran ciudad  
 con sus ricos monasterios;  
 más de treinta campanarios  
 erguían sus puntas al cielo  
 esfumándose en los tintes  
 de azul crepúsculo incierto.

Al percibir los realistas  
 al ejército insurrecto,  
 de Valladolid se alzó  
 ronco toque de degüello;  
 y las torres y las cúpulas,  
 los muros y parapetos,  
 de lanzas y de fusiles  
 prontamente se cubrieron;  
 el sol hundíase en Ocaso,  
 y, coincidencia ó misterio,  
 también la sombra tocaba  
 la estrella del gran Morelos;  
 y el eclipse avanzaría  
 en sus sombras escondiendo  
 al más grande capitán  
 de nuestros fastos guerreros.

.....  
 .....

## II

Valladolid, Puruarán,  
 fueron los bloques siniestros  
 donde el bajel encallara  
 del impávido Morelos.

En ambos campos rodó  
 el pabellón insurrecto  
 empapado con la sangre  
 de los valientes costeños;  
 y en ambos campos también,  
 como fatídico espectro,  
 á Iturbide se veía  
 á sus hermanos hiriendo...  
 Y en vano luchó Galeana  
 cual león en el desierto  
 cobrando caras las vidas  
 de sus bravos compañeros;  
 y en vano caudillo y jefes  
 magnas proezas hicieron;

que Matamoros quedó  
derrotado y prisionero.

Y entonces del horizonte  
brotar espesas se vieron  
las neblinas del desastre  
á la gloria obscureciendo;  
y sobre el negro montón  
de cenizas y de huesos,  
la Patria plegó sus alas  
lanzando hondos lamentos.

### III

¡Valladolid, Puruarán!  
Cuántas veces, peregrino,  
he llegado hasta vosotros  
á evocar esos recuerdos!  
¡Cuántas veces sobre el musgo  
ó en las rocas del sendero,  
heme puesto á meditar  
en los hombres y en los pueblos.

Y melancólico, errante,  
he buscado tristes restos  
que señalen todavía  
tan fatídicos encuentros.

¡Cuántas veces al rugir  
el huracán torvo y fiero  
he creído adivinar  
de Iturvide el ronco acento!

Y acaso entonces de mi alma,  
mordida por el despecho,  
se habrá escapado una queja,  
un reproche ó un lamento.

Y cuántas veces también,  
de la luna al reverbero,  
he atisbado en la campiña  
blancas falanjes de muertos:  
son las almas de los héroes  
que en esos campos cayeron

bajo la espalda implacable  
de aquel soldado funesto;  
por eso al caer la noche,  
dejando sepulcros yertos,  
nimbán sus sienas augustas  
con la luz de los luceros.

¡ Valladolid! ¡ Puruarán!  
¡ Cuántas veces, peregrino,  
he llegado á vuestros campos  
á llorar esos recuerdos!!

---

## XII

### ABNEGACION.

---

Como el águila que asciende  
soberana en el espacio,  
y en la roca inaccesible  
busca ligero descanso;  
después de aquellos desastres  
vuelve el caudillo á los campos  
donde otra vez recogiera  
de la victoria los lauros;  
y en las márgenes boscosas  
del "Mexcala" y "Papagayo"  
sus tiendas de roble y mimbres  
los insurgentes alzaron.  
Con ardor inacabable  
se alistan nuevos soldados  
que están prontos á ofrecerse  
de la patria en holocausto;  
y en breves días espera,  
de aquellos montes bajando,  
sobre el audaz enemigo  
descolgarse como rayo;  
pero voluble la suerte  
no quiso ya acompañarlo.

disponiendo que el Congreso  
lo requiriese á su lado.

El héroe sumiso y fiel  
á aquel cuerpo soberano,  
prontamente obedeció  
tan insólito mandato;  
y ¡adiós, geniales proyectos  
del entendido soldado!  
¡Adiós, incendios de gloria  
sobre el suelo americano!

Las exigencias políticas  
cual tempestad arreciaron,  
hasta arrojar al caudillo,  
de Tetsmalaca á los campos.

---

### XIII

#### EN LA INQUISICION.

---

##### I

Inmensa turba salía  
de México rumbo á Tlalpan  
anhelando presenciar  
de Morelos la llegada.

Los desgraciados sucesos  
que en hora triste y aciaga  
como teatro tuvieron  
los cerros de Tetsmalaca,  
rápidamente alcanzaron  
tan enorme resonancia,  
que pronto á la capital  
llegó de la Nueva España.

Consternáronse los pueblos  
ante nueva tan infausta,  
porque preveían el fin  
que al caudillo se esperaba;

y en tumultuoso tropel  
 en los puntos se agolpaban  
 por donde cruzar debía  
 la imponente caravana.

Cargado de duros grillos  
 el adalid caminaba  
 en medio de la rechifla  
 de una tropa desalmada;  
 aquellos hombres indignos,  
 cual cobardes se burlaban  
 del hombre que fué su espanto  
 en más de veinte batallas;  
 pero impasible Morelos  
 con entereza apuraba  
 hasta el fondo aquella copa  
 de las flaquezas humanas.

Enternecidas las madres  
 á sus párvulos mostraban  
 al que á la patria alumbró  
 con el sol de sus hazañas;  
 y los hombres, los ancianos,  
 formándole espesa valla,  
 á su paso, respetuosos,  
 con amor le saludaban;  
 ese afecto popular  
 hizo temblar el alcázar  
 donde arrullaba Calleja  
 sus ensueños de monarca;  
 y en consecuencia, dispuso  
 que el Santo Oficio "alojara"  
 en sus prisiones sombrías  
 al hombre que frente á Cuautla  
 hizo'o morder el polvo  
 con la fuerza de sus armas.

## II

Depuesto el ilustre mártir  
 del carácter de presbítero,

la Inquisición entrególe  
á la justicia del siglo.

Un tal Bataller, entonces,  
ampli6 la célebre causa  
cuyo epílogo crien  
todo el mundo adivinaba;  
pronto, en efecto el fiscal  
pedía que se le amputaran  
las manos y la cabeza  
para enviarlos en Oaxaca.

Pero el valor asombroso  
que el caudillo desplegara  
en los instantes más plenos  
de abrumadora desgracia,  
despertó la admiración,  
avasallando las almas  
de aquella inmensa ciudad  
del Continente sultana;  
y al propagarse en la gente  
el rumor que aseguraba  
la oprobiosa petición  
de aquella pena nefanda,  
subleváronse los ánimos,  
y en hirviente catarata  
iba la turba y venía  
por las calles y las plazas.

Temiendo el virrey que el pueblo  
le arrancase de las garras  
la inerme presa que tanto  
en su vida codiciara,  
á Concha mandó en secreto  
que sin ninguna tardanza  
se dispusiese á pasar  
á Morelos por las armas.

---

## XIV

## EL SACRIFICIO.

## I

Un vago tinte de nácar  
 diluyéndose en el cielo,  
 anuncia la pobre luz  
 de una mañana de invierno;  
 aire sutil, penetrante,  
 recorre el valle de México  
 rizando la superficie  
 de sus límpidos espejos;  
 la neblina es blanca y fría  
 como el sudario de un muerto  
 y en girones va á colgarse  
 de los picachos enhiestos;  
 cuando las aves dejan  
 de dulce nido desierto  
 y se alejan á buscar  
 del almo sol los destellos;  
 en las tristes alquerías  
 brillan los íntimos fuegos  
 que encendieran los pastores  
 para calentar sus miembros;  
 y medrosas las ovejas  
 con el ladrar de los perros,  
 se internan en la montaña,  
 se pierden en el sendero;  
 entre los "tulles" del lago  
 percíbese el chapoteo  
 de los ánsares y patos  
 que emprenden rápido vuelo;  
 y en los juncos de la orilla  
 las garzas mueven el cuello  
 al oír el matutino  
 cantar de pobres labriegos.

Del seno del ancho valle,  
 sobre el turquí de los cielos,  
 de cúpulas y de torres  
 se yergue manto soberbio:  
 es la gran Tenoxtitlán,  
 señora de un hemisferio  
 á quien rendían vasallaje  
 muchas ciudades y pueblos;  
 pero que en hora fatal  
 un terrible aventurero  
 su diadema le robó,  
 su libertad y su cetro;  
 y desde entonces cautiva  
 ha gemido sin consuelo  
 encadenada á los pies  
 de los monarcas iberos;  
 mas un anciano, un día,  
 sus hondas penas sintiendo,  
 decidióse á vinticar  
 sus ultrajados derechos;  
 y á su voz, cual un conjuro,  
 héroes y héroes surgieron  
 inundando las ciudades,  
 animando los desiertos;  
 y el cataclismo rugió,  
 la tempestad, el incendio,  
 rasgándose la tiniebla  
 con relámpagos sangrientos.

En efecto, ved allá,  
 del alba al primer reflejo,  
 una escolta pertrechada  
 con magnífico armamento;  
 de la ciudad se desprende  
 con cautela y en silencio  
 marchando por la calzada  
 que lleva al Norte de México;  
 entre filas rueda un coche  
 y junto á él granaderos  
 con órdenes de volarlo  
 en el menor contratiempo.

Después de tocar las calles  
de aquél histórico pueblo  
donde un santuario se alza,  
cita de tantos romeros,  
doblan el paso á la izquierda,  
y de su jefe al acento  
se esconden en los breñales  
de triste y áspero yermo.

## II

¿Quiénes son? ¿A dónde van  
aquéllos hombres siniesuros  
que cual el tigre caminan  
con zozobra y con recelo?

¿Son acaso una manada  
de astutos lobos hambrientos  
que en el horizonte husmean  
algún cadáver infecto?

¿O bien la infernal jauría  
de inicuos encomenderos  
que azuzada va á cazar  
pobres indios indefensos?

Son los soldados de Concha,  
de Concha implacable y fiero,  
que sueña matar de un golpe  
la causa del insurrecto.

Triunfador en Tetsmalaca,  
quiso el destino funesto  
que el héroe fuera á caer  
en sus manos prisionero;  
y ahora va á epilogar  
con el plomo y con el hierro  
aquel drama que iniciara  
un cobarde traicionero; (\*)  
por eso va desconfiado,  
por eso marcha con miedo,

---

(\*) Carranco.

pues va á fusilar al grande,  
 al titánico Morelos;  
 y teme que de la sombra  
 broten millones de espectros  
 á disputarle la presa  
 con sus fulmíneos aceros.  
 ¡Justo terror del verdugo  
 en el instante supremo!

Aquél horrible atentado,  
 aquél suplicio cruento,  
 ahogaría entre sus raudales  
 la iniquidad de un gobierno;  
 y al calor de sus cenizas  
 germinaría un gran pueblo  
 que más tarde llenaría  
 con su fama el universo.

## III

De México, á legua y media,  
 y al Noroeste situado,  
 enclávase un pueblecillo (\*)  
 sobre un estéril ribazo;  
 melancólica mansión  
 de humildes indios ouitados,  
 llena el alma de tristura  
 su paisaje desolado.

Negras columnas de polvo  
 recorren la haz del llano  
 que rodea aquél lugar  
 antiquísimo, hierático;  
 y pequeñas caravanas  
 que crúzanlo á todos lados,  
 nos hablan de viejas tribus,  
 señoras de aquellos campos.

A sus pies llegan rugiendo  
 las olas de turbios lagos  
 cuando el huracán chasquea  
 enfurecido su látigo;

---

(\*) San Cristóbal Ecatepec.

y al resonar el clamor  
del líquido en los peñascos,  
cree el viajero escuchar  
lamentos desesperados.

Grisas pirámides térreas  
fórmanle espeso vallado  
que la cúspide rebasa  
de sus rojizos tejados;  
yacen ahí las salinas,  
riqueza de aquel poblado,  
que desde tiempos remotos  
otras razas explotaron.

Sólo cual dulce esperanza  
levántase el campanario  
dándole vida y color  
á aquél tristísimo cuadro.  
y allá... muy lejos, enormes,  
atalayas soberanos,  
los volcanes gigantescos  
el horizonte cerrando.

## IV

En ese pueblo el virrey  
clavó sus ojos airados;  
"ahí será, dijo á Concha,  
"Morelos ajusticiado."  
Y en efecto, vedlos ya  
las calles atravesando  
y su marcha detener  
de la parroquia ante el atrio.

En la propia sacristía  
fué el caudillo encapillado,  
y cual austero creyente,  
prosternóse ante el vicario  
y de su alma mostróle  
los horizontes arcanos.

Después de ajustar sus cuentas  
con el ministro sagrado,  
retiróse á departir  
con los adustos hispanos;





Morelos y el Gral. realista Concha

entonces con modo ingenuo  
su valor extraordinario  
irradiaba en su semblante  
y en su decir reposado.

Concha admiraba en silencio  
conmovido, cabizbajo,  
aquella ecuanimidad,  
aquel compoñte bizarro,  
y al igual sus oficiales  
hondamente impresionados,  
se inclinaban ante el hombre  
de los hechos legendarios.

De repente, al escuchar  
del parche el ronco llamado,  
el héroe se irguió imponente,  
majestuoso, soberano;  
y dirigiéndose á Concha:

“Coronel, venga un abrazo;  
no mortifiquemos más  
que ya el instante es llegado.”

Cogió en la diestra una cruz  
y su sotana abrochando,  
murmuró: “he aquí la mortaja  
que el sino me ha deparado.”

Quisieron vendar sus ojos,  
mas él con acento blando  
repuso: “aquí no hay objetos  
que puedan turbar mi ánimo;”  
pero ante nueva insistencia,  
hízolo él con su mano,  
yendo presto al sacrificio  
como mártir resignado.

Al sentir la efigie augusta  
de Jesús, entre sus brazos,  
se detuvo y exclamó:

“¡Señor! ¡Señor! Si mis actos  
fueron buenos, tú lo sabes;  
mas si erré, y fueron malos,  
en tu gran misericordia,  
bajo tu bondad me amparo.”

La ansiedad se hizo entonces  
 espantosa en aquel acto;  
 el pueblo se estremecía,  
 los jefes y los soldados.

Al colocarse por fin  
 el héroe dentro del cuadro,  
 una descarga se oyó  
 ensondando el espacio.

Como la encina cae  
 sobre la roca azotando,  
 Morelos se derrumbó  
 En el suelo, ensangrentado;  
 quiso incorporarse, y luego  
 vibró segundo disparo  
 que la existencia arrancó  
 con un grito sobrehumano...!

La Naturaleza entonces  
 estremecida de espanto,  
 á aquél grito respondió  
 con clamores subterráneos;  
 crujieron las cordilleras,  
 las Manuras trepidaron,  
 y los volcanes ignívoros,  
 negros monstruos rebramando,  
 sus melenas encrespadas  
 encendieron cual relámpagos.

Callaron las armonías,  
 los colores se apagaron  
 y el huracán como nunca  
 rugió desencadenado.

Las aguas antes tranquilas  
 de aquellos azules lagos,  
 olas gigantes enormes,  
 hasta el cielo levantaron;  
 y arrojándose impetuosas  
 del patíbulo hasta el campo,  
 la noble sangre del mártir  
 en su cristal se llevaron.

Frente de aquél cataclismo  
 los verdugos aterrados

confiaron su salvación  
 al correr de sus caballos;  
 y en las alas de los vientos,  
 por el terror azuzados,  
 como fantasmas corrían  
 por los montes y los llanos.

. . . . .  
 . . . . .

El pueblo se dispersó  
 un alarido lanzando;  
 era un reto al porvenir,  
 un anatema á sus amos.

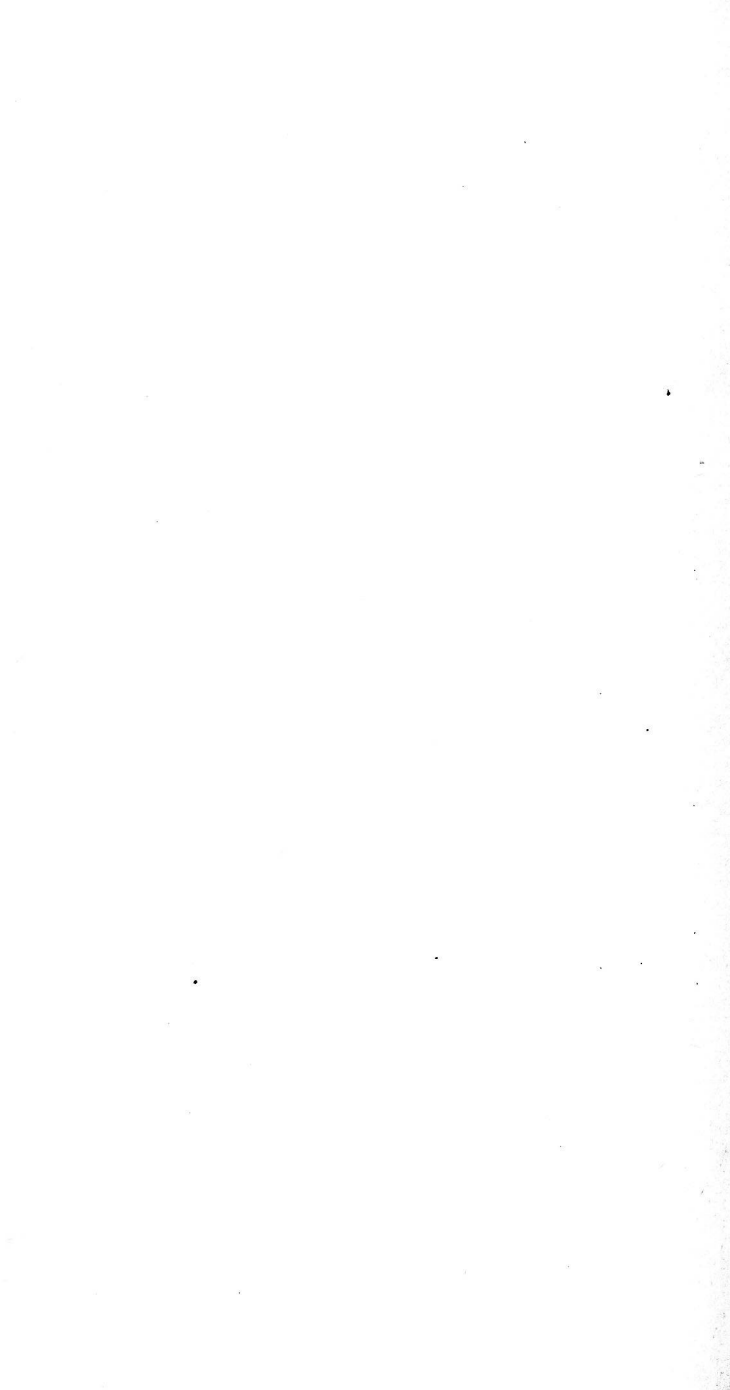
. . . . .  
 . . . . .

## VI.

Peregrino, cuando llegues  
 á aquel lugar venerando,  
 arrodíllate y saluda  
 la memoria del soldado  
 que por amor á su Patria  
 y por bien de sus hermanos,  
 en ese sitio cayó  
 por el plomo atravesado!

RAFAEL RUIZ RIVERA.

---





## GUERRERO É ITURBIDE

### I

#### ECLIPSE.

Muere Hidalgo destrozado  
por las balas españolas;  
sus capitanes sucumben;  
y entre angustias y zozobras  
quedan las huestes indianas  
diseminadas y solas.

Morelos, el gran Morelos  
encadena la victoria,  
y enarbolando su enseña  
sobre la cima orgullosa  
de torres y de castillos,  
de montañas y de rocas.  
va sereno á declarar,  
en acta augusta y famosa,  
que la América es ya libre  
y de sus actos señora:  
pero implacable el destino,  
marca la fecha angustiosa  
en que el héroe preso sea  
de los soldados de Concha:  
y en un horrendo patíbulo  
de infausta y triste memoria.

por la Patria va á verter  
su noble sangre preciosa.

El ilustre guerrillero  
que es de Navarra prez y honra,  
salta á la arena, y al mundo  
con sus hazañas asombra;  
mas prisionero de Orrantía,  
en las faldas rocallosas  
del "Bellaco" ofrece á México  
su limpia sangre española.

Terán y Sesma se indultan;  
y en agrias sierras boscosas  
perseguido y sin soldados  
cruza el valiente Victoria.  
Encerrados en obscuras,  
tristes y horribles mazmorras,  
se encuentran Bravo y Rayón  
y otros cientos de patriotas.  
Todo parece augurar  
la decisiva derrota  
y el eclipse abrumador  
de la idea libertadora:  
sus adalides no existen;  
y la Junta que da forma  
política al movimiento,  
desmembrada y recelosa  
vive sólo en la espesura  
de las montañas umbrosas.

---

## II

## ORTO.

Sólo en el Sur, cual atleta  
de las antiguas edades,  
se alza fiero un capitán  
entre peñas y zarzales.  
Harapientas son sus tropas,  
pero en la lucha, titanes  
que han hecho el polvo morder  
á las huestes virreinales.  
Sufrido como ninguno  
y cual ninguno constante,  
ni le embriaga la fortuna  
ni le espantan los azares.  
Con hondo desprecio ha visto  
las riquezas deslumbrantes  
y honores con el virrey  
háse propuesto comprarle.  
Se ríe de las amenazas,  
y su espíritu gigante  
no ha comprendido jamás  
temor ni debilidades.  
El Gobierno, en sus oscuras  
artimañas detestables,  
ha recurrido á los ruegos  
y lágrimas paternas;  
pero inflexible el suriano,  
y en su empeño incontrastable,  
ha jurado no dejar  
de la guerra el estandarte.  
El comprende, no lo ignora,  
que en tan críticos instantes  
es de la Patria el sostén  
y el solo representante.  
Por eso con fe que asombra,  
deñuedo y valor gigantes,

se atrincheró en los picachos  
de los montes tropicales.  
Y cual águila, batiendo  
las férreas alas pujantes,  
desde la cima cae  
sobre las tropas reales;  
las despedaza, las rompe,  
y en sus garras formidables  
se estrellan del enemigo  
los guerreadores audaces.  
Iturbide, Armijo y Concha,  
todos marchan al desastre,  
y en derrota y dispersión  
se encierran en las ciudades.

Despiertan de su estupor  
los antiguos capitanes  
que retirados vivían  
en sus modestos hogares;  
Rayón y Bravo se lanzan  
con arrojo á los combates  
y refrescan de otros días  
sus laureles incontables.  
Victoria deja los bosques,  
y enérgico, infatigable,  
vuelve otra vez á llamar  
con su espada fulgurante  
sobre la ferrada puerta  
de los hispanos alcázares.  
Ante tal conflagración,  
Apodaca y sus secuaces  
se amedrentan y hasta el cielo  
ponen sus gritos, sus ayes:.  
convocan á sus soldados,  
y entre aquellos militares  
queda Iturbide investido  
con cargo de comandante  
de las regiones del Sur,  
do Guerrero y sus titanes  
han hecho el polvo morder  
á las huestes virreinales.

## III

## CAMBIO DE FRENTE.

Allá en las lindas montañas  
 y en los hermosos parajes  
 donde el Mexcala entre flores  
 riega sus limpios caudales;  
 allá donde las palmeras  
 sus anchas hojas flotantes  
 despliegan entre las nubes  
 de vaporosos encajes;  
 allá donde Primavera  
 con encantos sin iguales  
 cubre de verdor los montes  
 y de vergeles los valles;  
 allá donde la armonía  
 de las fuentes y las aves  
 tiene suspiros de virgen  
 y remedo de cantares;  
 donde el gemir de las auras  
 en los tiernos cafetales  
 finge el plácido murmurio  
 de las endechas amantes;  
 y donde en horas solemnes,  
 al bramar las tempestades,  
 se oye el acento de Dios  
 en las trombas y huracanes;  
 Iturbide fué á chocar  
 con sus cuerpos arrogantes  
 en la estrategia y valor  
 de Guerrero y sus parciales;  
 y en las montañas abruptas,  
 y en los recodos salvajes,  
 los realistas señalaron  
 el camino con su sangre.

Ascencio, el terrible Ascencio,  
 con arrojo insuperable

repetía sus emboscadas  
 y sus violentos ataques;  
 y con furia de leones,  
 y con fuerza de titanes  
 de los peñascos surgían  
 los insurrectos audaces.  
 Pronto trocaron sus hondas  
 con los fusiles flamantes  
 que á los iberos quitaban  
 en sorpresas y combates;  
 y de lo alto de las lomas,  
 aterradores, tonantes,  
 de sus cañones se oían  
 los disparos formidables.

Iturbide, comprendiendo  
 lo inminente del desastre  
 si se obstinaba en vencer  
 á Guerrero el indomable,  
 resolvióse á dirigirle  
 un elocuente mensaje,  
 en que le dice y expone:  
 que han cambiado sus ideales,  
 y que decidido está  
 desde aquél supremo instante,  
 á pelear y combatir  
 por las patrias libertades.  
 Le suplica con ardor  
 crea sus palabras veraces,  
 que no dude ni vacile  
 en tal empresa ayudarle,  
 y le pide con vehemencia  
 que en Acatempan le aguarde  
 para allí conferenciar  
 y descubrirle sus planes.

En una nota sencilla,  
 patriótica y no arrogante,  
 el caudillo contestóle  
 con estas sinceras frases:  
 "Si el coronel Iturbide  
 "jura derramar su sangre.

“por defender los derechos  
 “de la Patria, inalienables,  
 “yo prometo por mi honor  
 “y mi nombre militares,  
 “en campaña tan gloriosa  
 “su subalterno llamarme:  
 “que mi única ambición  
 “y mis desvelos constantes  
 “sólo son por vindicar  
 “las indianas libertades.”

---

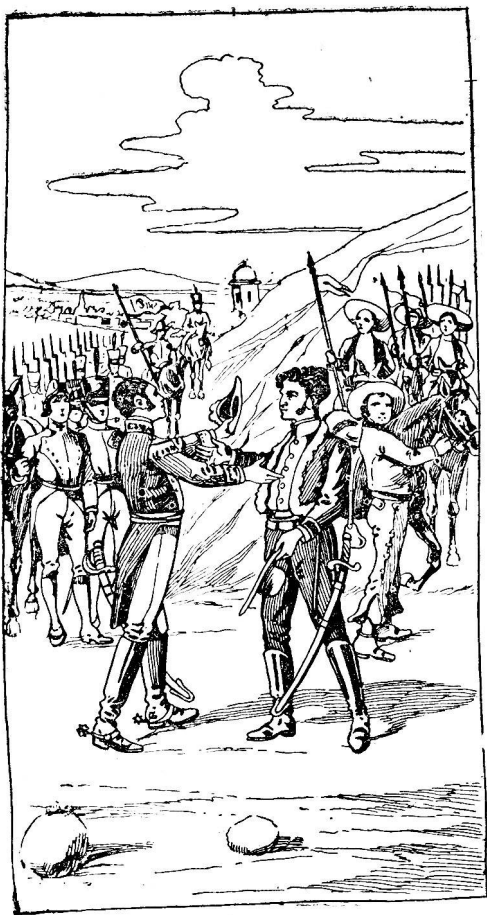
#### IV

#### EN ACATEMPAM.

---

Ya con sus rientes colores  
 asoma brillante el alba  
 tras las crestas y picachos  
 de la sierra no lejana.  
 Los gorriones y turpiales,  
 los tordos y guacamayas  
 sus cancioncillas entonan  
 entre los robles y palmas;  
 las gemidoras torcaces  
 ya desplegaron sus alas  
 y en la espesura se escuchan  
 sus quejas enamoradas.  
 Descienden los arroyuelos  
 filtrándose en las barrancas  
 entre peñascos y hierbas  
 copudas, enmarañadas.  
 Los cervatillos retozan,  
 y las reses y las cabras  
 se esconden entre las quebras  
 sinuosas de la montaña.  
 Palidecen los reflejos  
 de las humeantes fogatas

que los labriegos encienden  
al borde de sus cabañas  
Y lejos el canto breve  
del gallo en la madrugada,  
el ladrido de los perros  
y el mugido de las vacas.  
¡ Cuán hermosa la Natura  
luce esta linda mañana  
sus encantos y armonías,  
sus esplendores y galas!  
Y completando tal cuadro  
de belleza soberana,  
dos ejércitos se extienden  
bordeando negras montañas  
como serpientes monstruosas  
de fulgurantes escamas.  
Son inmensos los clamores  
y tremenda la algazara  
que del seno tormentoso  
de aquellas huestes se escapa;  
y á los pálidos reflejos  
y juguetones del alba  
cual ígnea selva parecen  
sus arcabuces y lanzas.  
Los estandartes flamean  
y los colores de España  
se enfrentan con los que viste  
la hermosa Virgen Indiana.  
Los cañonazos retumban,  
y de montaña en montaña  
los ecos van despertando  
con explosión soberana.  
Las músicas lanzan himnos,  
sonoras y alegres marchas,  
en tanto que jubilosas  
repiquetean las campanas  
de iglesita pintoresca  
que asoma por la enramada.  
Los realistas hánse puesto  
sus uniformes de gala,



Encuentro de Iturbide y Guerrero en Aca-  
tempam



y aplauden y vitorean  
á la hueste mexicana.  
Los insurgentes también  
de vez en cuando levantan  
su grito de libertad,  
de independencia y de Patria.  
De pronto dejan sus líneas  
los jefes de aquellas tropas  
y parten y se saludan  
al pie de una extensa loma.  
Se abrazan con tal cariño,  
con tanto afecto se nombran,  
que más parecen hermanos  
y no enemigos que se odian,  
que se odiaban, es verdad;  
más ya desde aquesta hora  
se comprometen y juran,  
por su Dios y por su honra,  
libertar al patrio suelo  
de la opresión española.  
Retumban los cañonazos  
y sones marciales tocan  
las músicas y clarines  
de aquellas huestes patriotas.  
Los cohetes van rasgando  
los aires, y jubilosas  
las campanas de la aldea  
lanzan su voz armoniosa.  
Con el nombre de "El Abrazo  
de Acatempan", en la Historia  
es conocido aquel hecho,  
aquella fecha gloriosa  
que dieron término y fin  
á la guerra destructora,  
que por salvar á la Patria  
de opresión ignominiosa,  
sostenían con ardor  
muchos y bravos patriotas.

---

## V

## EL HOMBRE DE IGUALA.

---

Es el corazón humano  
un abismo inescrutable,  
y en vano lucha el psicólogo  
por querer interpretarle.  
Hay hombres que son enigmas  
ó misterios insondables  
que á cada paso presentan  
los más extraños contrastes:  
amalgamas de egoísmo  
y abnegación y bondades,  
á veces semejan monstruos  
y á veces parecen ángeles.  
Las crónicas, las historias  
en sus fecundos anales,  
con frecuencia nos describen  
á esos raros personajes  
que tanto arrancan aplausos  
como fallos condenables.  
Iturbide, entre nosotros,  
es ejemplo palpitante  
de lo que puede el impulso  
de las pasiones gigantes:  
enemigo poderoso,  
y quizá el más implacable,  
de los que fueron de Anáhuac  
libertadores audaces,  
en muchos campos dejó  
negras cenizas humeantes  
y hecatombes que nos hablan  
de su saña y sus crueldades;  
pero un día la Providencia,  
remediando tantos males,  
llamó á las puertas umbrías

de su conciencia insondable;  
 y, cual Saulo vuelve atrás,  
 y de enemigo implacable  
 se convierte en defensor  
 de la Patria agonizante.  
 Y á su voz, cual un conjuro  
 de los magos orientales,  
 aquella lucha acabó  
 que rugia formidable  
 con horror ensangrentando  
 los campos y las ciudades.  
 Y en las cúspides altivas  
 de los palacios y alcázares  
 que orgullo fueron y gloria  
 de los tiempos coloniales,  
 una bandera enclavó,  
 bello pendón trigarante,  
 como símbolo sublime  
 de las patrias libertades.

---

## VI

### UNA FECHA CELEBRE.

---

Veintisiete de Septiembre  
 era del año veintiuno  
 del siglo décimo nono,  
 cuando con inmenso júbilo  
 la altiva Tenochtitlán,  
 señora del Nuevo Mundo,  
 sus anchas puertas abría,  
 sus baluartes y sus muros  
 á la hueste poderosa  
 que, en breve campaña, hubo  
 de vencer á los tiranos  
 y abatir á los verdugos

de esta tierra que á millares  
héros y genios produjo.  
Desde temprano, al brotar  
la lumbre del astro rubio,  
fué tan grande el clamoreo,  
el movimiento y barullo,  
que la ciudad parecía,  
desde el centro á los suburbios,  
monstruoso mar sacudido  
por el ábrego iracundo.  
Los españoles rugían,  
y en su impotencia y orgullo  
clamaban trágicamente  
contra el caudillo que pudo  
en siete meses destruir  
su poderío sin segundo.  
Las campanas de cien templos  
dando voces, el agudo  
resonar de mil trompetas  
y el jubiloso tumulto  
de aquella grande ciudad,  
eran épico saludo  
que la nación ofrecía  
á los guerreros augustos  
que con su sangre y valor  
roto habían el férreo yugo,  
los grillos y las cadenas  
que ataran á todo un mundo.

En balcones y azoteas,  
alcázares y tugurios,  
se ostentaba todo el fausto,  
la pompa toda y el lujo  
de la linda capital  
que, con amor y con júbilo,  
sus regias puertas abría,  
sus baluartes y sus muros  
al capitán decidido  
que, en breve campaña, pudo  
la altivez aniquilar,  
la omnipotencia y orgullo

de los que fueron de Anáhuac  
 opresores y verdugos.  
 Montando un caballo negro (1)  
 soberbiamente enjaezado,  
 Iturbide se presenta,  
 dulce, afable, conversando.  
 Calza botas de charol  
 que contrastan con el albo,  
 pantalón de franjas de oro  
 del arrogante soldado;  
 luce frac de tinte verde,  
 y desde el hombro hacia abajo  
 una banda tricolor  
 va su espalda sujetando;  
 sombrero airoso con tres  
 hermosas plumas montado  
 y tricolor escarcela  
 dando aspecto soberano.  
 Le rodean sus ayudantes  
 de continente bizarro  
 cuyo heroísmo y valor  
 lo tienen bien demostrado.  
 Cinco batidores abren  
 la marcha con lento paso,  
 y en seguida el vencedor  
 con aire noble y gallardo  
 se adelanta á consumir  
 la empresa que ha comenzado.

\* \* \*

En el orden más perfecto,  
 honra y vidas respetando,  
 dieciséis (2) mil combatientes,  
 en cien batallas fogueados,  
 van heróicos á clavar  
 en las torres y palacios.

---

(\*) Véanse las notas correspondientes al fin de este Romance.

de la ciudad encantada  
 capital del virreinato  
 el pabellón trigarante  
 que en Iguala fué aclamado  
 como símbolo de honor,  
 como emblema sacrosanto  
 de gloria y de libertad  
 para el pueblo mexicano.  
 A la vanguardia desfilan  
 los campeones esforzados  
 que ciñéronse un laurel  
 de Arroyo Hondo (3) en los campos;  
 les siguen los granaderos  
 del coronel (4) denodado  
 que en Tepeaca conquistó  
 justo renombre de bravo.  
 Viene después Bustamante (5)  
 que triunfó en Atzacapotzalco  
 y aclamó la libertad  
 en Pantoja (Guanajuato.)  
 Sucédenle los leones  
 que con Guerrero asombraron  
 al mundo, por su constancia  
 y su valor sobrehumanos.  
 Don Luis Cortazar (6) asoma  
 de Santa Rita mandando  
 los dragones que en Amoles  
 la libertad proclamaron.  
 Viene luego Barragán (7)  
 Y tras él Nicolás Bravo, (8)  
 conocido en todo el mundo  
 como valiente y magnánimo.  
 Manuel de Mier y Terán, (9)  
 noble, marcial y bizarro,  
 va su cuerpo de artilleros  
 dignamente encabezando.  
 Ramiro (10) déjase ver  
 con sus cuerpos veteranos,  
 y Zarzosa y Joaquín Parres  
 sus divisiones mandando.





**Entrada de Iturbide á México al frente del  
Ejército Trigarante**

De la Colección de Postales de Buznego y Cía.

Aparece Filisola, (11)  
 pundonoroso y honrado,  
 haciendo crujir las calles  
 sus impacientes caballos;  
 y, cual último eslabón,  
 Chávarri llega cerrando  
 la marcha regia y triunfal  
 de aquél ejército magno.

Al acercarse Iturbide  
 á aquél grandioso edificio  
 que las crónicas llamaron  
 "Convento de San Francisco,"  
 descendió de su caballo,  
 y saludó conmovido  
 al alcalde y los ediles  
 que llegaban á tal sitio.

Don Ignacio de Ormaechea,  
 Presidente del Cabildo,  
 con estas ó iguales frases  
 al vencedor así dijo:

—"Señor, el Ilustre Cuerpo  
 "que, honrándome, yo presido,  
 "me ha confiado el alto honor  
 "de saludar al Caudillo,  
 "al Patriota singular  
 "cuyo valor y heroísmo  
 "le empujaron en Iguala  
 "á lanzar segundo grito  
 "que los derechos vindica  
 "del suelo en que hemos nacido:  
 "y en su nombre, á vos entrego,  
 "cual depositario digno,  
 "la llave (12) de la ciudad  
 "con su adhesión y cariño.

—"Señor, respondió Iturbide,  
 "decid al pueblo que ha sido  
 "mi obligación y deber,  
 "procurar con mis servicios  
 "su dicha y felicidad:  
 "y á vos y al leal cabildo

"por tan grande distinción  
 "os quedo reconocido;  
 "pero guardad esa llave,  
 "que en vuestras manos es simbolo  
 "de honor y de independenciam,  
 "de autoridad y civismo."

Un repique atronador  
 saluda al bravo caudillo  
 que resuelto va á clavar  
 su santo pendón bendito  
 sobre el almenaje obscuro  
 del viejo alcázar sombrío  
 que soporta la bandera  
 de Felipe y Carlos Quinto.  
 La muchedumbre se agita,  
 y es monstruoso el vocerío  
 de aquella masa que forman  
 los descendientes, los hijos  
 de los guerreros famosos,  
 de los indómitos inndios  
 que en una lúgubre noche,  
 llorar hicieron, rendido,  
 al más bravo capitán  
 que produjera aquél siglo  
 en que el sol no se ponía  
 de la España en los dominios.  
 Las mazmorras se derrumban,  
 se despedazan los grillos,  
 y el águila prisionera  
 se posa sobre el altivo  
 pabellón de tres colores,  
 que sobre el cielo purísimo  
 del Porvenir se alzaré  
 respetado y bendecido.

RAFAEL RUIZ RIVERA.

---

(1) La parte subsecuente de este roman-  
 se lo escribí en vista de un artículo histó-  
 rico del señor D. Revilla, publicado en el

“Museo Mexicano,” en Septiembre de 1843.—N. A.

(2) El ejército trigarante se componía de 7,416 infantes, 7,955 caballos y 763 artilleros con 68 piezas de todos calibres, haciendo un total de 16,134 hombres.—N. A.

(3) El 7 de Junio de 1821, se libró en Arroyo Hondo, cerca de Querétaro, la célebre acción de “Treinta contra cuatrocientos;” y en la cual, Epitacio Sánchez, al frente de 15 dragones; y Mariano Paredes y Arrillaga, á la cabeza de 15 cazadores del Fijo de México, derrotaron á 400 realistas mandados por el teniente coronel don Froylán Bocinos.—N. A.

(4) Don José Joaquín Herrera, más tarde Presidente de la República.—N. A.

(5) Don Anastasio Bustamante, también después Presidente de la República.—N. A.

(6) Gobernador de Guanajuato.—N. A.

(7) Presidente de la República.—N. A.

(8) Vicepresidente de la República.—N. A.

(9) El suicida de Padilla.—N. A.

(10) Don Rafael Ramiro, uno de los pocos patriotas que, durante la época más aciaga de la revolución, manifestaron fe inquebrantable por el éxito y buen porvenir de su causa.—N. A.

(11) Este ameritado coronel, á la cabeza de la 13a. división, había ocupado la Capital desde el día 24; pero cumplimentando la orden general del 25 al 26, habíase incorporado al ejército en las primeras horas de la mañana del día 27.

Creemos oportuno rememorar, en estos humildes renglones, aquella orden que vino á dar cima, tanto á la empresa iniciada con Iguala, cuanto á la gloriosa lucha de once años comenzada por Hidalgo y terminada por Iturbide:

“Estado Mayor del Ejército.—Orden general del 25 al 26 de Septiembre de 1821.—“El jueves 27 del corriente deberá entrar á la capital el ejército imperial, llevando la vanguardia la división del centro al mando del segundo, el señor coronel don Anastasio Bustamante, con su correspondiente artillería, formando á su vanguardia una compañía de cazadores formada en guerrí-

“Ila; á ésta, las piezas de artillería con su  
 “parque; luego toda la columna de infantería,  
 “dividida por mitades ó frentes iguales;  
 “seguirá la caballería con su frente  
 “proporcionado al que deban ocupar en las  
 “calles: éste ejército formará su cabeza  
 “apoyándola por el camino que llaman de la  
 “Verónica, ó la puerta del fuerte de Chapultepec,  
 “y deberá estar en su formación en  
 “punto de las siete de la mañana.

“A esta división seguirá la de retaguardia  
 “en los mismos términos y orden de formación,  
 “apoyando su derecha á la izquierda de la  
 “que le precede, tomando parte del camino de  
 “los Hospicios que se dirige hacia Tacuba.

“Seguirá, á la izquierda de esta división,  
 “la de vanguardia, ocupando el terreno que  
 “necesite hasta Tacuba, en el de Atzacapotzalco;  
 “para no retardar el movimiento general en  
 “todo el ejército, el señor jefe de la vanguardia  
 “procurará dar sus órdenes y emprender su  
 “marcha con la anticipación que sea necesaria.

“Las tropas de este cuartel general, emprenderán  
 “su marcha á las cinco de la mañana, con el  
 “objeto de ir á ocupar sus puestos en las  
 “respectivas divisiones á que pertenecen en la  
 “línea que á cada una le está señalada.

“La tropa del mando del señor coronel Filisola,  
 “saldrá de México antes del amanecer, dejando  
 “en dicha capital sólo la fuerza muy precisa  
 “con los rancheros, y pasará á ocupar el  
 “puesto que la compete en la división á que  
 “pertenecen.

“Las cargas de los batallones y escuadrones,  
 “con los equipajes de los señores oficiales,  
 “quedarán al cargo de un oficial con una  
 “pequeña escolta á retaguardia del todo del  
 “ejército, y no entrarán por pretexto alguno,  
 “ninguna en la ciudad, hasta tanto se avise,  
 “que siempre será una hora después de haber  
 “entrado el ejército; para lo cual se detendrán  
 “sin distinción, todas en la garita de Belén,  
 “única por donde se permite la entrada.

“Desde que empiecen á marchar las columnas,  
 “irán todos los señores oficiales de infantería  
 “pie á tierra, y sólo podrán ir

“ á caballo los señores jefes y ayudantes,  
 “ para lo cual dispondrán que los caballos  
 “ de los que deben ir á pie se queden con las  
 “ cargas.

“ Los ayudantes del estado mayor, desti-  
 “ nados en las divisiones, irán al lado de  
 “ los señores jefes que las manden, como  
 “ igualmente los ayudantes de orden de di-  
 “ chos jefes, y todos éstos irán á caballo.

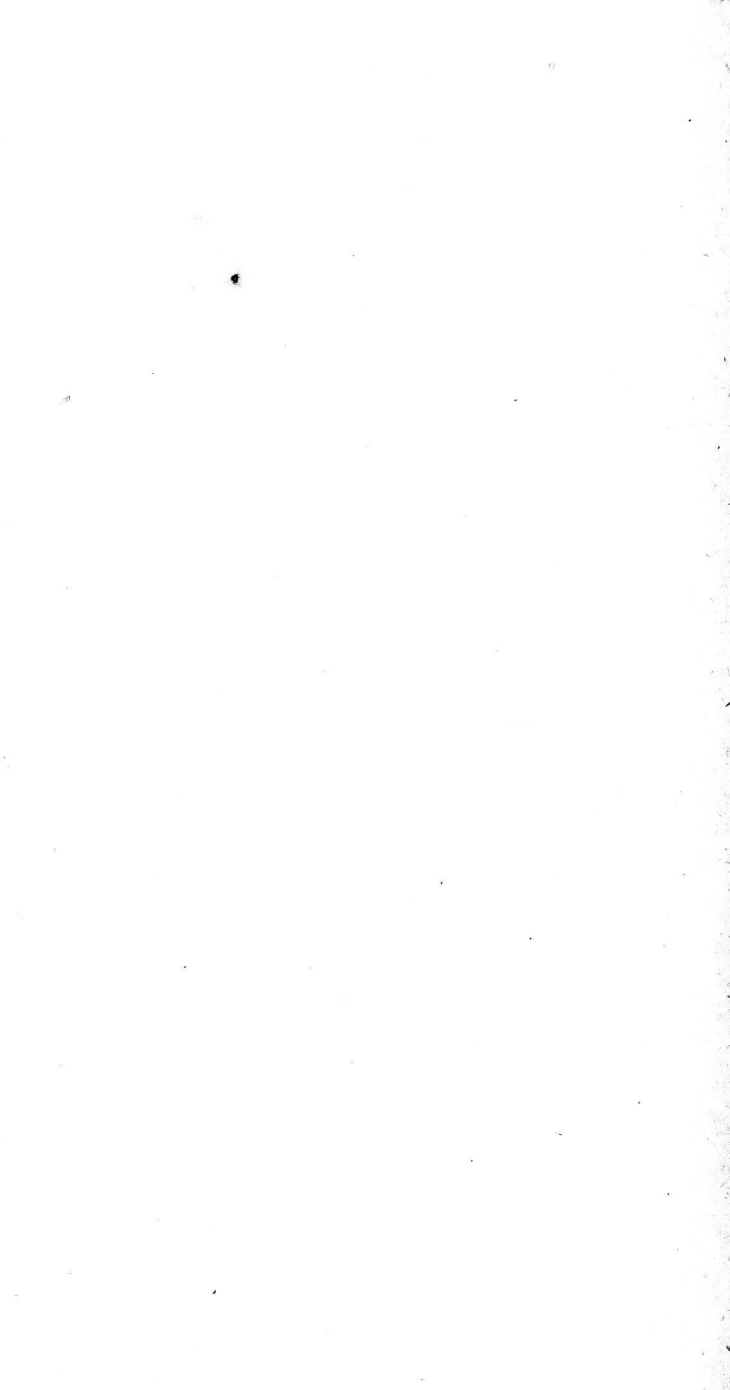
“ El estado mayor general irá al lado del  
 “ señor primer jefe para cuando se le ofrez-  
 “ ca mandar.

“ El señor primer jefe encarga muy par-  
 “ ticularmente á los señores jefes de los ejér-  
 “ citos, y á los de los respectivos cuerpos  
 “ que los componen, procuren que la tropa  
 “ se presente con el mayor aseo que sea po-  
 “ sible, atendidas las circunstancias de falta  
 “ de vestuario; con el armamento y correa-  
 “ je en el mejor estado de aseo; y por últi-  
 “ mo, encarga el mayor silencio y modera-  
 “ ción, tanto en la marcha el día de la en-  
 “ trada, como también en los subsecuentes  
 “ de la permanencia en la capital, haciendo  
 “ que todos los individuos que componen el  
 “ ejército trigarante, guarden la mejor ar-  
 “ monía con los habitantes, dando con eso  
 “ más pruebas de su disciplina, subordina-  
 “ ción y buen comportamiento.

“ Los cuarteles serán señalados por el je-  
 “ fe del estado mayor, para lo cual acudirán  
 “ los ayudantes de éste, destinados á los  
 “ ejércitos, por las respectivas boletas de alo-  
 “ jamiento.

“ Para no molestar á las otras tropas dis-  
 “ tantes, se mantendrán en sus puestos, ex-  
 “ cepto las señaladas en esta orden, las que  
 “ deberán marchar como está indicado. —  
 “ Cuartel general en Tacubaya, Septiembre  
 “ 25 de 1821.—Melchor Alvarez, jefe del es-  
 “ tado mayor.”

(12) En rica fuente de plata, sostenida por  
 cuatro maceros, le fué presentada á Itur-  
 bide la áurea y refulgente llave por el pri-  
 mer alcalde de la ciudad.—N. A.





## LA CAMPANA DE DOLORES.

---

Era un pueblo, era una aldea  
Entre moreras frondosas  
Y parras de hojas lustrosas,  
En donde el sol espejea.  
El ambiente juguetea  
En el campo solitario;  
Cada rosa es incensario  
Que mece al pasar la brisa.  
Y á lo lejos se divisa  
I a aguja del campanario

Ya va la noche avanzando.  
Las calles están desiertas:  
Y de ventanas y puertas  
Que pausadas van cerrando,  
Se escuchan de vez en cuando  
Los aldabones de hierro:  
Y allá en el lejano cerro,  
Como una loca que llora,  
Oyéndose está á deshora  
El triste aullido del perro.

Sólo tras de la vidriera,  
En la ventana del cura,  
Estrella en la sombra obscura  
Y que triste reverbera,  
Hay una luz, luz postrera  
Que se extingue hasta muy tarde:

De vigilia haciendo alarde  
 En la soledad inmensa;  
 Es que un cerebro allí piensa  
 Junto á la lámpara que arde.

Allí está el hombre inmortal,  
 Reclinada la cabeza  
 En la tallada corteza  
 Del respaldo del sitial.  
 Sus ojos no dan señal  
 De ver lo que le rodea;  
 Y es que acaso centellea  
 En su cerebro profundo,  
 Llevada de mundo en mundo,  
 La vibración de una idea.

Quien pudiera penetrar  
 Por el velo de su mente,  
 Hallara allí la imponente  
 Tormenta como en el mar;  
 Es que de tanto pensar  
 No se comprende á sí mismo,  
 Y en alas del fatalismo  
 El y su genio, los dos,  
 Como en el génesis Dios,  
 Caminan por un abismo.

Avanza la sombra oscura  
 Que cubre el pueblo y el valle,  
 Cuando se oye por la calle  
 El golpe de la herradura.  
 Llega una cabalgadura,  
 Y la puerta del curato,  
 Abriéndose á poco rato,  
 Le da á un jinete la entrada;  
 La puerta queda cerrada  
 Y él entra con gran recato.

Sale á su encuentro el anciano  
 Lleno de inquietud y afán;

Y el valiente capitán  
 Le besa al cura la mano.  
 Al mirar al veterano,  
 De su apostura al través,  
 La vista duda si es,  
 Por lo audaz y lo bizarro,  
 Un capitán de Pizarro,  
 O un cabo de Hernán Cortés.

Hay una dura expresión  
 De su rostro en el contorno,  
 Y revelan su trastorno  
 Los golpes del corazón;  
 Rasga el airado infanzón  
 Los ojales de su peto,  
 Y como un cartel de reto  
 Que duelo de muerte anuncia,  
 Saca un papel que denuncia  
 La violación de un secreto.

Denuncia que fué arrancada  
 Por miedo y terror profundo,  
 De labios de un moribundo  
 En la postrera boqueada:  
 Cuando ya sintió quebrada  
 El ala de la existencia,  
 Del sacerdote en presencia,  
 Por obtener el perdón,  
 Consintió en la delación;  
 ¡Así te burlan, conciencia!

Sintióse herido el poder  
 A tan formidable amago:  
 Oponiéndose al extrago,  
 A Hidalgo manda aprehender;  
 Pero una santa mujer,  
 A quien Dios señalar quiso,  
 Mira la orden de improviso,  
 El gran secreto sorprende,

Y angustiada manda á "Allende"  
El más oportuno aviso.

A los postreros fulgores  
Del muerto sol de occidente,  
Parte el capitán valiente  
Hacia el pueblo de "Dolores:"  
Viento y lluvia en sus furores,  
Nada son para su brío;  
El vuelo de su albedrío  
No hay quien detenerle pueda,  
Y al triste toque de "queda",  
Penetra al pueblo sombrío.

Hidalgo es la inteligencia  
De aquella gigante trama,  
Y su labio es quien aclama  
Al Dios de la "Independencia;"  
Mas ¡ay! que ya una sentencia,  
Fragor de rayo potente,  
Va á caer sobre su frente  
Hundiéndola en el ocaso.  
¡Quién puede avanzar el paso  
Sobre de la mar rugiente!

¡La muerte! el capitán grita,  
Y su frente se obscurece;  
El sacerdote enmudece  
Por largo rato y medita;  
Mueve los labios, se agita,  
Y sin esperanza alguna,  
Viendo extinguirse una á una  
Las ilusiones que abarca,  
Con fe se tira á la barca,  
Cual César y su fortuna.

A sus ojos se presenta  
La batalla aterradora  
Y su voz atronadora  
Invoca la lid sangrienta.

Al enemigo no cuenta,  
Mira á sus soldados fieles  
Cosechando sus laureles,  
De la batalla á las luces;  
Relámpago de arcabuces  
Y revolver de corceles.

Airado torna la vista,  
Y á la luz de su memoria  
Mira revivir la historia  
Terrible de la Conquista.  
;Ah! ¿quién habrá que resista  
A su espada vengadora?  
Ya de otro siglo en la hora  
Su ánimo audaz no se arredra,  
Y salpica al Dios de piedra  
La sangre conquistadora.

Su corazón se reviste  
De una coraza de acero,  
Y busca airado al guerrero  
Que con más ardor embiste.  
Penetra en la "Noche Triste."  
Y tal su despecho es,  
Que, de la sombra al través,  
Ve al conquistador tirano  
Llorar, y en su misma mano  
Bebe el llanto de Cortés.

Mira la terrible hoguera  
Donde Cuauhtémoc perece;  
Y hasta un genio le parece  
Que le entrega una bandera.  
Con el aliento quisiera  
Luchar, y fiero luchara,  
Hasta que rudo alcanzara,  
De venganza como ejemplo,  
Poner sobre el mismo templo  
De Huitzilopochtli el ara.

Tender osado la vista,  
 Y al correr de sus corceles,  
 Ir hollando los laureles  
 Que arrebató la conquista.  
 Hallar, como un fatalista  
 En las sombras del camino,  
 La clara estrella del sino  
 Cayo fulgor reluciente  
 Daba un mundo independiente.  
 Como cifra del destino.

Como un relámpago ardiente  
 Que en el cielo centellea,  
 Rápida cruzó la idea.  
 Por el campo de su mente;  
 Volvió la vista doliente  
 Hacia un Santo Crucifijo,  
 Nadie sabe qué le dijo;  
 Pero algo terrible fué,  
 Que el sacerdote de pie  
 Estuvo un momento fijo.

Murmuró después en calma:  
 "Eres luz, libertad, gloria;  
 "De tu martirio la historia  
 "Se conserva en una palma;  
 "Ves el fondo de mi alma,  
 "Inspirame con tu aliento;  
 "Al obscuro pensamiento  
 "Que brota en mí, dale luz!  
 "¡Ah! ¡Tú has muerto en una cruz  
 "Y yo mi muerte presiento!

"Que mi honra postrera sea,  
 "Cuando yo mire seguro  
 "En el horizonte obscuro  
 "El porvenir de mi idea!  
 "La ardiente luz que flamea,  
 "Haz que mi mano no arroje,

"Aunque tu justicia enoje,  
 "En tu altar yo la encendi;  
 "Este suelo en que nací  
 "Deja que mi sangre moje!"

La augusta calma recobra,  
 Y queda parado entonces  
 Como una estatua de bronce,  
 Sin inquietud ni zozobra.  
 Mide lo inmenso de su obra,  
 Y mantiene un rato largo,  
 En parasismo ó letargo,  
 Entre dormido y despierto;  
 Y como Cristo en el "Huerto,"  
 Apura el cáliz amargo.

El tiempo corre insensible;  
 Y el capitán, impaciente,  
 Interrumpe de repente  
 Aquél silencio terrible.  
 "Salvarnos es imposible;  
 "Morir sin nombre y sin gloria,  
 "Sin dejar una memoria,  
 "Cuando el corazón alienta!...  
 "Obscura mancha de afrenta,  
 "Donde eche un velo la historia!

"La patria tu sangre pide,  
 "Dijisteis entusiasmado;  
 "Y yo, patriota y soldado  
 "Que nunca el peligro mide,  
 "La ofrezco, y hoy se decide  
 "El azar que voy buscando;  
 "Al destino estoy rogando  
 "Que temple mi duro acero,  
 "Porque á rendirme prefiero  
 "Morir en la lid matando!

"¡Combatir hasta vencer  
 "Sosteniendo una bandera!

"Y si es preciso que muera,  
 "Lidiar hasta perecer;  
 "No como débil mujer  
 "Que nora tras la muralla;  
 "Ir al combate sin malla,  
 "Y envolverme temerario  
 "En ese blanco sudario  
 "Del humo de la batalla!"

Calló el joven; del anciano  
 En la pálida mejilla  
 Lágrima candente brilla;  
 Gota que encierra el arcano,  
 De aquél valor sobrehumano  
 Que ya su mirada advierte.  
 Con pulsación ruda y fuerte  
 Tiende el capitán los brazos,  
 Y sellan aquellos lazos  
 El heroísmo y la muerte.

—"Así os quiero, capitán,"  
 Dice con tranquilo acento,  
 Descubriendo el pensamiento  
 Que mueve su eterno afán.  
 —¿Dónde las huestes están?  
 Dice Allende: no me asombra,  
 Cuando á la patria se nombra,  
 Lucharé solo, he aquí mi acero!  
 —Daros esas huestes quiero,  
 Se las pediré á la sombra.

Con una ansiedad febril  
 Y su voz airada y bronca,  
 Despierta á un indio que ronca  
 En las losas del pretil.  
 Se alza asustado el "topil,"  
 Murmura el cura á su oído  
 Una frase, y sin ruido  
 Abre con calma la puerta,

Y por la calle desierta  
Se ve en la sombra perdido.

Mientras más la noche ahonda,  
Se arrastra más con cautela;  
Se esquiva del centinela  
Y esconde el bulto á la ronda.  
No hay dintel do no se esconda,  
Y cumpliendo como bueno,  
De inquietud y miedo ajeno,  
Llega á la última casa,  
Y en cada esquina que pasa  
Le da una "cita" al "sereno."

Tórnase después de un rato;  
Los "guardas" van silenciosos,  
Penetrando cautelosos  
Por el zaguán del curato.  
El indio con gran recato  
Avisa al cura que aguarda;  
Ni un instante se retarda,  
Sale animoso el anciano:  
Todos le besan la mano,  
Mientras él silencio guarda.

De aquél volcán que revienta,  
A la terrible explosión.  
Se acobarda el corazón  
Y el ánimo se amedrenta.  
Ya ninguno se da cuenta  
De lo que escucha y espanta:  
Dogal se hace la garganta;  
Quieren huír, imposible;  
Hay una mano invisible  
Que su voluntad quebranta

¡A morir! todos clamaron,  
Lanzados sin saber cómo,  
Y sobre la cruz del pomo,  
¡INDEPENDENCIA, juraron!

Libertad, todos gritaron!  
 Sonó su grito en la historia,  
 Y para inmortal memoria,  
 Se oyeron lentas, pausadas,  
 Vibrar "once" campanadas  
 Como once ritmos de gloria.

Convierte en tienda de guerra  
 Aquel "curato" ruín,  
 Y tiembla el vasto confin  
 De la americana tierra.  
 Ya nadie su paso cierra;  
 Se oyen repiques á vuelo:  
 Brota guerreros el suelo,  
 Y el ibérico dominio  
 Oye el grito de exterminio  
 Que rompe y vibra en el cielo!

La Virgen de Guadalupe  
 Pone en la blanca bandera,  
 Y aquella turba altanera,  
 Cual ola que el mar escupe,  
 Lluvia torrencial que tupe  
 En la montaña y desierto,  
 Dirige su paso cierto;  
 Y ya en los campos de Marte  
 Iza el glorioso estandarte,  
 Cual nave que llega al puerto.

Quedóse el templo cerrado;  
 Despareció el sacerdote,  
 Y de la guerra al azote  
 Va en su corcel el soldado;  
 El caudillo denodado  
 Hace estremecer la tierra;  
 Nada su valor aterra;  
 Audaz, terrible, valiente,  
 A su voz toda la gente  
 Levanta el grito de guerra!

Mira el peligro el blasón  
 De la antigua monarquía,  
 La tierra que presentía  
 En sus ensueños Colón.  
 Siente roto el eslabón  
 De la americana zona;  
 Nueva conquista pregona,  
 Y jura á Dios y á sus leyes,  
 De los católicos reyes  
 No quebrantar la corona.

Torna á emprender la cruzada  
 Con el estandarte aquel,  
 Que vió la reina Isabel  
 En los muros de Granada.  
 Atrevida es la jornada,  
 El lance terrible es,  
 Ya tiene puesto el arnés  
 Y se lanza decidida,  
 Cuando ha quemado atrevida  
 Sus naves como Cortés.

Puede el sepulcro encontrar,  
 Luchando con fiera saña,  
 Como Hernando allá en España  
 La rota de Villalar;  
 Abandonando el altar,  
 Y con el místico arreo,  
 Busca á España en el torneo,  
 El sacerdote cristiano,  
 Y del estandarte hispano  
 Hace su primer trofeo.

En Guanajuato la altiva,  
 Lanza el turbión de su gente,  
 Cual desatado torrente,  
 Desde las rocas de arriba;  
 Allí el combate se aviva;  
 Terrible se hace el torneo;

Y entre el rudo clamoreo,  
Que llena el gigante foro,  
Siente sus entrañas de oro  
Temblar con el cañoneo.

Le contemplan las edades,  
Sobre su corcel violento,  
Atravesar como el viento  
Los campos y las ciudades,  
Rumor de las tempestades  
En ese grito que estalla  
En sus filas de batalla,  
Cuando á las primeras luces  
Llega al "Monte de las Cruces,"  
En busca de la metralla.

¡Cuánta admiración provoca,  
Cuando de virtud ejemplo  
La bóveda azul por templo,  
Y por altar una roca;  
Allí á la victoria invoca  
En aquel terrible embate!  
¡Angustiado el pecho late  
De duda, nunca de espanto;  
Que allí el "Sacrificio Santo"  
Es prólogo de un combate.

Ronco grito al fin estalla,  
Cuando al descubrirse el sol  
El ejército español  
Llega al campo de batalla.  
Heridas por la metralla,  
Del combate en el espanto,  
Allí se encuentran en tanto  
De la lucha en los horrores,  
La "bandera de Dolores"  
Y la que triunfó en "Lepanto."

El caudillo denodado;  
De la batalla en el centro,

Acude á cualquier encuentro  
 Como un experto soldado.  
 En el momento angustiado,  
 Llegan y llegan legiones,  
 Y lanza sus batallones  
 Y los roncós alaridos  
 Hasta cubrir con su pecho  
 La boca de los cañones.

Del anciano á la influencia,  
 Sigue la lucha empeñada,  
 Sobre la arena escarbada  
 Venden cara su existencia;  
 Heróica es la resistencia;  
 Pero su valor se agota,  
 Lívido el pánico brota,  
 Habla entusiasta el caudillo,  
 Y en el campo de Trujillo  
 Se declara la derrota.

De aquella sangrienta arena  
 Como un sonámbulo sale:  
 Sólo su valor le vale;  
 Su actitud noble y serena  
 Su voz tonante resuena;  
 Donde el desorden se nota  
 Carga la hueste patriota:  
 El arma en el fuego temple:  
 Y "Guanajuato" contempla  
 Su más terrible derrota.

Quiere recobrar su fama;  
 Con los restos de su gente  
 Cierra denodado el "Puente."  
 Y allí la victoria llama,  
 Con el corazón la aclama  
 Que rudo en su pecho late:  
 ¡Mas ¡guay! su pendón se abate.  
 Y guarda como un blasón

El "Puente de Calderón"  
La historia de aquél combate!

Entre soñando y despierto,  
Va del desastre en la sombra;  
A su espíritu no asombra  
La soledad del desierto.  
Por la traición descubierto  
Cae en la red que le tiende;  
El enemigo sorprende  
Aquellos heróicos restos  
Y encuentra firme en sus puestos  
A Aldama, Abasolo, Allende.

Hidalgo, con faz serena  
Y con ademán severo,  
Va, como siempre, el primero:  
Alma de temor ajena,  
El sicario lo encadena,  
Con una furia cobarde;  
Y á la luz del sol que arde,  
Chihuahua los mira entrar  
Entre el rumor popular  
De su presa hacienda alarde.

El sacerdote se entrega  
En brazos de su destino;  
Es que un aliento divino  
A su ser sublime llega.  
Desde el patíbulo lega  
Al mundo que está delante,  
Ese espíritu gigante  
Que aún palpita en esta tierra,  
En cuanto aprisiona y cierra  
Del Pacífico al Levante.

¡Sube con tu frente clara  
Al cadalso, heróico ejemplo  
Para tí la historia es templo  
Y el patíbulo es el ara!

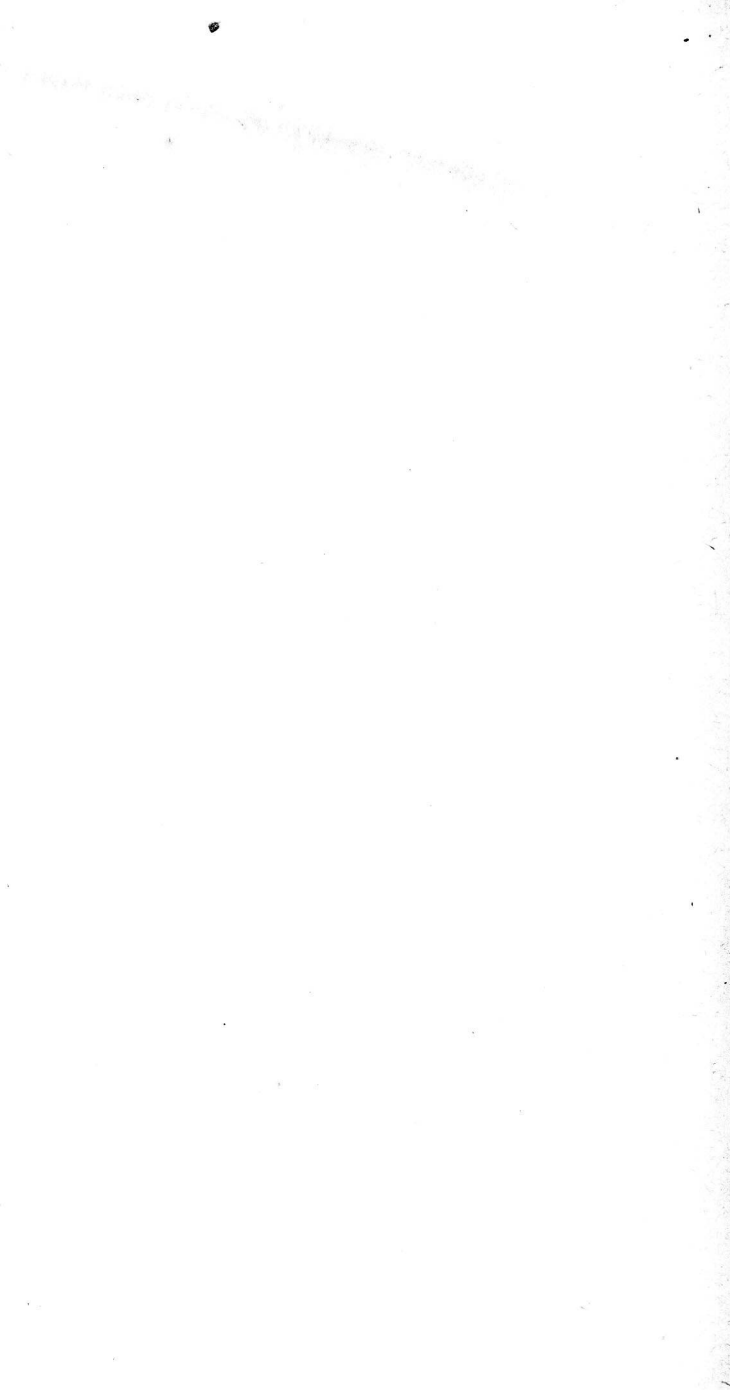
¡Lleva tu fama preclara  
Luz esplendente de gloria!  
¡Oh qué gigante memoria!  
¡Qué recuerdo tan profundo!  
¡Cumpliendo estás en el mundo  
La ley fatal de la historia!

De la existencia la tea  
Se extingue al golpe instantáneo,  
El plomo al herir tu cráneo  
Dejará intacta la idea;  
El rojo sol que flamea  
Recorriendo el firmamento,  
Con el ímpetu del viento  
Que arrolla las tempestades,  
A las futuras edades  
Llevará tu pensamiento!

¡No temas, no; tu nombre  
No lo tragará el olvido;  
Que un pueblo lleva esculpido  
Con luz de estrella tu nombre!  
Tú serás, y no te asombre,  
Mito en las libres naciones,  
Y al sombrear tus pendones  
Los altares de la gloria,  
Adorarán tu memoria  
Siglos de generaciones!

Esa campana que un día  
Entre el rudo desconcierto,  
Resucitó á un pueblo muerto,  
A una nación que dormía;  
La escuchamos todavía,  
Timbre augusto en nuestra historia,  
Que guardará esa memoria  
Entre su bronce bendito,  
Con aquel solemne grito  
De "Independencia" y de gloria.

---





## LEONA VICARIO (\*)

---

### I

#### Reclusión y Libertad

Del Collegio de Belén  
los recios muros ocultan  
á doncella que es tesoro  
de bondad y de hermosura.  
Luce en su frente el candor  
del alma sin nube alguna,  
y de sus ojos tan negros  
como sus cejas obscuras,  
escápanse de virtud  
los destellos que fulguram  
á la manera del astro  
al disiparse la bruma.  
¿Qué tiene la hermosa joven,  
por qué sus quejas se escuchan  
lo mismo al rayar el alba  
que cuando el sol ya no alumbra?  
De Nueva España nacida  
en la metrópoli culta,  
en Abril de setecientos

---

(\*) Se consultó la interesante obra: "Leona Vicario," del señor Lic. don Genaro García, para escribir el presente romance.—N. A.

ochenta y nueve, su cuna  
 cubrióse con los cendales  
 de la existencia que arrullan  
 los cánticos del amor  
 en bienhechora coyunda  
 con la suerte bonancible  
 que calma y dicha asegura.  
 En breve quedóse huérfana,  
 y aunque posición la ayuda,  
 siente en su pecho el vacío  
 de seres que no la escudan;  
 que si un tío la acompaña  
 del mundo en la horrible lucha,  
 es de distinto pensar  
 y esto su confianza trunca.  
 Agustín Pomposo vive  
 sirviendo al rey sin disputa,  
 como antiguo caballero  
 fiel al trono que le busca.  
 Leona Vicario es ardiente  
 partidaria de la "chusma"  
 que allá en Dolores alzó  
 por la Independencia un cura;  
 y en el campo donde alienta  
 con Morelos la fortuna,  
 hay un bravo paladín  
 á quien la brega no asusta,  
 ni el castigo que á traidores  
 los virreinales auguran.  
 Andrés Quintana es el bravo  
 paladín que con fe pura  
 á Leona brinda su amor,  
 sus afecciones profundas.  
 Y lejos se halla el amante  
 y el lloro la faz inunda  
 de la joven que á su Andrés  
 idolatra como nunca.  
 Don Agustín, que comprende  
 de su sobrina las luchas,

su adhesión por los guerreros  
 de la libertad augusta,  
 al Colegio de Belén  
 la lleva como reclusa,  
 para que el Gobierno juzgue  
 su devoción y su culpa.  
 Allí vive la doncella,  
 los recios muros la ocultan;  
 allí de sus puros labios  
 las hondas quejas se escuchan,  
 lo mismo al rayar el alba  
 que cuando el sol ya no alumbra.

---

Más de un mes ha transcurrido  
 desde el día en que reclusa  
 se viera en aquél colegio  
 la joven hermosa y pura.  
 Sus amigos, los parciales  
 de la Independencia, luchan  
 por salvarla á toda costa  
 de la prisión que la abruma;  
 y entre aquellos defensores  
 del suelo que vió su cuna,  
 está Andrés el adorado,  
 que la protege y escuda.  
 No falta entre los realistas  
 que de la joven se ocupan,  
 personaje que asegure  
 que el colegio no se ajusta  
 á quien esconde en el pecho  
 ideas de importancia suma;  
 que temiendo la evasión,  
 indispensable lo juzga  
 sea trasladada sin tregua  
 á otro sitio la reclusa.  
 Mas corre el tiempo y no cambia  
 de los jueces la conducta,

y ya mira realizada  
Leona Vicario su fuga.

---

Como Abril del año trece,  
y al abrigo de la obscura  
noche que tiende su velo  
por la metrópoli culta,  
seis embozados se acercan  
á la fábrica vetusta  
donde la joven Vicario  
con sus pensamientos lucha.  
Dos se encaminan en breve  
á la portería muda;  
con presteza á los guardianes  
de aquél lugar aseguran;  
dirigense al aposento  
que á la joven les oculta,  
y dos minutos después  
emprenden la ansiada fuga  
llevando el rico tesoro  
como emblema de fortuna.

---

Algunos días más tarde,  
cuando vigilancia suma  
disminuyó sus andores,  
sin esperanza ninguna,  
pobres arrieros salían  
de la metrópoli culta  
con un atajo de burros  
llevando cueros y frutas.  
Sobre "huacales" marchaban  
mujeres con caras mustias,  
demostrando en sus harapos  
las indigencias que abrumán.  
Entre aquéllas infelices  
caminaba alegre una

! negra, de aspecto infernal,  
 en cuyo semblante, nunca  
 hubiérase sospechado  
 á aquella joven reclusa  
 que se demostrara ardiente  
 partidaria de la "chusma  
 que allá en Dolores alzó  
 por la Independencia un cura.  
 Ella había dicho al borrar  
 con la tinta su hermosura:  
 "No importa que yo parezca  
 "de los avernos la furia,  
 "si así logro contribuir  
 "á la libertad futura  
 "de aqueste suelo bendito  
 "donde se meció mi cuna."

---

## II

### Un matrimonio de insurgentes

Alegre está la campiña,  
 muy alegre el campamento;  
 la naturaleza viste  
 de ricas galas el suelo.  
 En todas partes la luz,  
 el perfume, los conciertos;  
 endechas en la espesura,  
 entre las flores el céfiro,  
 arriba el azul sin mancha  
 sobre los picos excelsos.  
 ¡Qué entusiasmo en los hogares,  
 qué día tan puro y sereno;  
 cómo se eleva el espíritu  
 á la región de lo bello,  
 y cómo brinda el amor  
 con sus plácidos ensueños,

al que un instante se acoge  
á dulce paz y sosiego!

Agítanse los soldados,  
bulle la gente del pueblo;  
la música con sus sonos  
va aumentando el embeleso  
de que poseídos se hallan  
los corazones aquellos  
de la turba campesina  
y de los bravos guerreros,  
que treguas dando al combate  
y á los heróicos esfuerzos  
por conquistar en el mundo  
la Independencia de México,  
se olvidan de la amargura,  
de la inquietud y el desvelo,  
para unir sus ilusiones  
al mutuo contentamiento.

---

Tras largos meses de ausencia  
en que marchitas se vieron  
las flores de la pasión,  
de los deleites supremos,  
y agobiadas por el soplo  
de vendavales maléficos,  
sin aroma ni matices  
rodaron por el desierto;  
don Andrés Quintana Roto,  
del insurgente modelo,  
torna á mirar en sus brazos  
al dulce y cándido objeto  
de su risueña esperanza,  
de sus amores sin término.

Y el buen Dios, que sus bondades  
derrama sobre los buenos,  
premiando así las fatigas  
y los dolores acerbos,

une al fin con lazo fuerte  
 á los que vida pusieron  
 y bien estar y reposo  
 en bien del nativo suelo. (\*)

Mas la tregua no se impone  
 de lucha en horribles tiempos;  
 es preciso que á la lid  
 tornen los bravos guerreros;  
 que si por la patria luchan  
 y su innegable derecho,  
 indigno de mexicanos  
 fuera hundirse en el beleño  
 que la dicha les ofrece  
 con su quietud y sosiego.

Y allá van los combatientes  
 con su titánico esfuerzo,  
 á medir sus energías  
 con el valor del ibero;  
 y quédense en lontananza,  
 para los ánimos quietos,  
 endechas en la espesura,  
 entre las flores el céfiro,  
 arriba el azul sin mancha  
 sobre los picos excelsos.

---

### III

#### El Sacrificio y la Gloria

Apenas brota la luz  
 del Congreso en Chiltancingo,  
 y ya se obliga á sus miembros  
 á emprender aquel camino

---

(\*) No ha podido averiguarse todavía el lugar y fecha exactos del matrimonio de los dos insurgentes.—N. A.

de lutos y privaciones,  
 de desengaño infinito,  
 que fué imágen del Calvario  
 para los patriotas dignos  
 que en las aras del deber  
 y del santo patriotismo,  
 sacrificáronse fieles  
 sin exhalar un gemido,  
 la cabeza enguida y firme,  
 en la mirada los vivos  
 fulgores que centellean  
 de genios nunca extinguidos,  
 y en el corazón lo noble,  
 lo que se eleva, lo altivo,  
 lo que desafiando está  
 la furia del enemigo,  
 con ese ardor que presiente  
 libertades ó suplicios.

Y así marchan sin temor,  
 en pugna con el destino,  
 por los montes y los valles,  
 los pueblos y los bohíos.

En Tlacotépec descansan  
 por un momento tranquilos,  
 y luego sigue la errante  
 comitiva por los sitios  
 de Las Animas, Uruapan,  
 Potuco, Tiripitío.

En todas partes se yenguen  
 los realistas enemigos;  
 mas al acero se oponen  
 los denodados civismos  
 de los que llevan por guía  
 en la ruta del martirio  
 la estrella de redención  
 para México cautivo.

Entre aquellos luchadores,  
 los de sin par heroísmo,  
 levántase la mujer  
 de Quintana Roo el invicto,

que desafiando las penas,  
dolores y sacrificios,  
de grupo en grupo camina  
impartiendo sus auxilios  
y derramando en las almas,  
de los pobres fugitivos  
las frases consoladoras  
de un futuro bendecido  
en que la hoguera no allumbre  
de la matanza y el vicio,  
sino la aurora feliz,  
de la contienda al abrigo.

---

Con la muerte conquistaron  
la corona del martirio,  
Morelos y Matamoros,  
Galeana y otros dignos  
de sempiterno laurel  
y de inmarcesible olivo.

Ya no funciona el Congreso  
que naciera en Chilpancingo;  
la traición y la perfidia,  
la desconfianza, el olvido,  
surgir hicieron las crueles  
escenas de San Francisco (\*)  
mas por los montes y valles,  
los pueblos y los bohíos,  
encaminanse afanosos  
los patriotas fugitivos;

---

(\*) "El Supremo Congreso entró en Tehuacán, el 16 de Noviembre (1815), y el 10 del siguiente mes, acordó trasladarse al pueblo de Coxcatlán, para gozar de mayor seguridad; pero poco tranquilo aún, se retiró de allí á la hacienda de San Francisco, donde fué aprehendido y disuelto, pocos días después, por fuerzas insurgentes rebeldes en su contra."—Obra del señor Lic. García, ya citada.—N. A.

la dolencia no quebranta  
su valor y su prestigio,  
ni hiere sus ilusiones  
lo próximo del peligro.

Estrechados más y más  
y á cada paso seguidos  
por virreinales que quieren  
aprehenderlos de continuo,  
don Andrés Quintana Roo  
y su esposa, pobre asilo  
demandan en Achipixtla,  
y una cueva les da abrigo.

Falta de dulce calor,  
sin pañales, sin armiños,  
mas con el fuego sagrado  
que brota del patriotismo  
y el santo amor de sus padres,  
reflejo de amor divino,  
vió la luz una criatura,  
Genoveva, cuyo brillo  
iluminó como aurora  
el horizonte sombrío. (\*)

Y la leyenda refiere,  
en su lenguaje sencillo,  
que en un "huacal" fué llevada  
la niña al alto recinto  
que alzaba lejos, muy lejos  
su campanario mezquino.  
Allí en brazos de Ravón,  
del general noble y digno,  
purificáronla entonces  
con las aguas del bautismo;  
y aquella niña fué el lazo  
que más unió los destinos  
de dos grandes redentores

---

(\*) El Nacimiento de la niña Genoveva, tuvo lugar en la cueva de Achipixtla, el 3 de Enero de 1817, según consta en el libro citado en la nota anterior.—F. V.

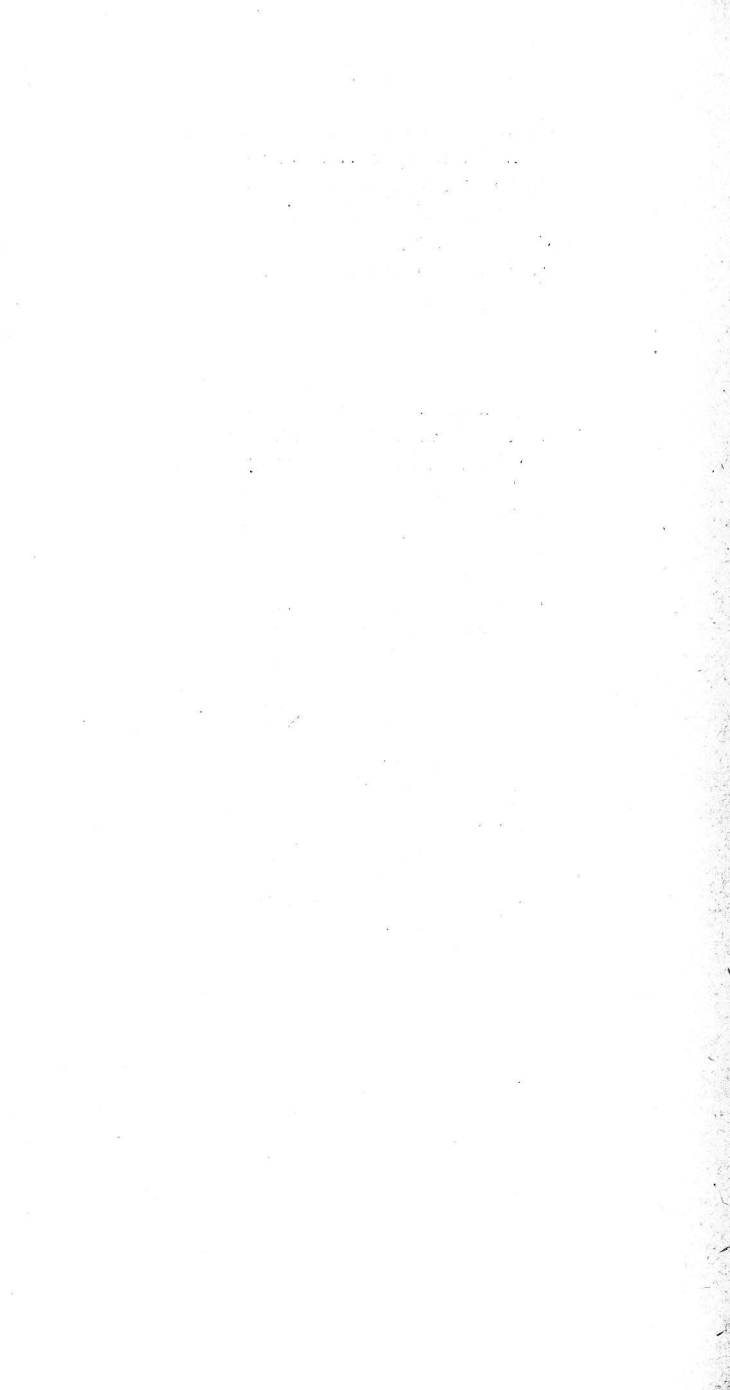
de nuestro suelo oprimido;  
 el imán al que tendieron  
 culto y afecciones íntimos,  
 y en la futura contienda  
 con los dolores prolijos,  
 el bálsamo bienhechor,  
 de sus penas lenitivo.

---

¡Sublime culto á la patria  
 que así elevas al cautivo  
 de la condición de esclavo  
 á la de hombre redimido;  
 culto que engendras fortuna,  
 levantas á los caídos  
 y haces brillar en la Historia,  
 como diamantes purísimos,  
 las prodigiosas labores  
 que los genios redimidos,  
 que, como Leona Vicario  
 con su ardiente patriotismo,  
 ejemplo dieron al mundo  
 de abnegación, de cariño,  
 labrando con sus virtudes,  
 por los siglos de los siglos,  
 la recompensa de gloria  
 que ofrecen los redimidos  
 al que surge en el Tabor  
 después de los sacrificios!

FULGENCIO VARGAS.

---





## VILLALONGIN.

---

### I.

El caudillo de Dolores,  
el gran padre de la patria,  
que fué el primero que heróico  
apresuróse á salvarla ;

Si bien triunfó en Guanajuato,  
donde entre lluvia de balas  
tomó, al fin, de Granaditas,  
la Alhóndiga amurallada,

Y en el Monte de las Cruces,  
con sus huestes entusiastas,  
alcanzó sobre Trujillo  
de la victoria la palma ;

En San Gerónimo Aculco,  
de la fortuna voltaria  
sufrió los crueles desdenes,  
y vió humilladas sus armas.

Pero tan grave desastre  
al gran héroe no amilana,  
que es de un acerado temple  
su ardiente y fogosa alma.

Tal derrota fué aguijón  
para su valiente espada,  
y la sangre de sus bravos  
juró, cuanto antes, vengarla.

Para reparar sus fuerzas,  
para proveerse de armas,  
y ponerse en aptitud  
de emprender nueva batalla,

Resuelve á Valladolid  
dirigir luego su marcha,  
y sus tropas se encaminan  
á esta ciudad michoacana.

## II

Érase el diez de Noviembre,  
cuando difundióse pronta  
la noticia de que Hidalgo,  
con el grueso de sus tropas

Llegaba por la garita  
que del "Zapote" se nombra,  
y á ocupar la población  
se disponía sin demora.

El intendente Anzorena  
que Hidalgo en ocasión otra,  
nombró para tal encargo  
por ver que era buen patriota,

Se apresuró á recibirlo  
con la esplendidez y pompa  
que merecía el caudillo  
de nuestra América hermosa.

Su presencia, el entusiasmo  
despertó en las almas todas,  
y en defensa de la patria  
quisieron volar fogosas.

Muchos vallisolitanos,  
ansiosos de lustre y gloria,  
se aprestaron á enignosar  
del héroe ilustre las tropas.

Entre ellos fué Don Manuel  
Villalongín, cuya esposa,  
doña Josefa de Huerta,  
era su delicia toda.

Pero amante al mismo tiempo  
de su patria encantadora,  
se resolvió ir á la guerra  
dejando á aquélla llorosa.

Dice ¡adiós! á su consorte;  
en su brioso corcel monta;  
y marcha á Guadaluajara  
con Hidalgo á quien adora.

### III.

El valiente Antonio Torres  
que en terrenos de Jalisco,  
de la sacra Independencia  
propagara el fuego activo;

Sale al encuentro del héroe  
con inmenso regocijo,  
y llega á San Pablo Anasco  
á donde fué á recibirlo.

Todas las autoridades  
y principales vecinos,  
con un suntuoso banquete  
le obsequiaron contentísimos.

Al llegar á la ciudad,  
el clero todo reunido,  
cantó un solemne "Te Deum,"  
dando gracias al Altísimo.

Y después allá en palacio,  
respetuosos y sumisos,  
á darle fueron sus plácemes  
los galantes tapatíos.

La oficialidad de Hidalgo  
provoca elogios muchísimos  
por su elegante apostura,  
su aire marcial y su brío.

El, para excitar su aliento  
y darle mayor estímulo,  
les brinda ascensos honrosos,  
á los que juzga más dignos.

En Villalongin notando  
gran valor y patriotismo,  
éi, de Mariscal de Campo  
le honra luego con el título.

El valiente michoacano,  
viéndose así distinguido,  
jura de grado tan alto  
jamás, nunca hacerse indigno.

Jamás rendirse cobarde,  
y jamás, pedir sumiso,  
en ninguna circunstancia  
el indulto al enemigo:

Pelear siempre sin descanso  
hasta triunfar por su brío,  
ó en las aras de la patria  
perecer, como buen hijo.

## IV.

Calleja, al tener noticia,  
de que se encontraba Hidalgo  
en Guadalajara al frente  
de su ejército esforzado,

Se apresura ir á batirlo,  
y dejando á Guanajuato  
emprende luego su marcha,  
llegando impaciente á Lagos.

Se une con Cruz, y reunidos  
ya los ejércitos de ambos,  
forman uno solo y fuerte  
do va el marqués de Gallardo.

Hidalgo no se intimida;  
sino que por el contrario,  
lleno de fe y de confianza  
y iatiendo de entusiasmo,

Salir al encuentro vuela  
del enemigo, tomando  
posiciones en el Puente  
que es de Calderón llamado.

Calleja el ataque emprende,  
el regimiento San Carlos  
retrocede por dos veces  
y su coronel Ceballos.

Hidalgo, Torres y Allende  
se baten cual leones bravos,  
y hacen esfuerzos heróicos  
que admiran aún los hispanos.

En medio de la refriega,  
como un paladín luchando,  
se mira un bravo insurgente  
sobre arrogante caballo;

Es Villalongín que alcanza  
de gloria espléndido lauro,  
y entre medio de las balas  
se ve sereno y gallardo.

La victoria que indecisa  
se le miró vacilando,  
al fin brinda sus favores  
al ejército contrario.

Nuestras tropas se dispersan,  
para el Norte marcha Hidalgo,  
y Villalongín retorna  
hacia el suelo michoacano.

## V.

Así cual basta una chispa  
para incendiar desde luego  
los campos, en una hornaza  
los poblados convirtiendo;

Del mismo modo la guerra,  
con su devorante fuego,  
en el vasto Michoacán  
hizo resonar su estruendo.

En las regiones del Sur  
si el intrépido Morelos,  
seguido de la victoria,  
iba blandiendo su acero,

Rayón sostenía en Zitácuaro  
con gran heroísmo el cerco,  
y allí Benedito López  
se distinguía por su esfuerzo.

Manuel Muñiz en Tacámbaro,  
intrépido guerrillero,  
recorría Turicato,  
Ario, Acuitzio y Undameo.

El valiente Antonio Torres,  
cual ninguno, bravo, intrépido,  
con el Padre Navarrete,  
en Zacapu, en Zipimeo,

Con Castillo Bustamante  
medían sus armas violentos  
y en Pátzcuaro y Cucupao  
escursionaban ligeros.

Entre todos, quien sus bríos  
como indomable guerrero  
mostraba, y nunca cobarde  
se le vió huir como ciervo.

Era aquel Villalongín  
que juró morir primero,  
que rendirse al enemigo,  
ni traidor venderse pérfido.  
Por eso grande ojeriza  
le tenían los europeos,  
y de tomar de él venganza  
abrigaban los intentos.

## VI

Corría el año de once,  
y el sanguinario Trujillo,  
en Valladolid mandaba  
como un cruel tirano inicuo.

El rencor hervía en su pecho;  
el odio era su delirio  
y la terrible venganza  
la sed de su innoble espíritu.

Siempre en perpétua zozobra  
estaba en su domicilio,  
pues los bravos insurgentes  
no le dejan tranquilo.

Cualquiera detonación  
le parecía el enemigo,  
y temblaba al escuchar  
el más inocente ruido.

Muñiz, Torres, Navarrete,  
Rayón y Verduzco Sixto,  
eran hombres que le hacían  
temblar y ponerse lívido.

Villalongín entre todos,  
que excursionaba atrevido  
por los pueblos inmediatos  
sin conseguir destruirlo,

Era el que más le inquietaba;  
y para que, al fin, sumiso  
el temible guerrillero  
viniera á indultarse tímido,

El demonio le inspiró  
el proyecto más maligno  
que pudo en cabeza humana  
caber, y en un pecho impío.

A ejecutarlo se apresta  
aquel tirano maldito  
que siempre será en la historia  
el borrón más renegrido.

## VII.

Doña Josefa de Huerta,  
de Villalongín la esposa,  
que en su hogar vivía tranquila  
como una honrada matrona;

Pasaba los largos días  
y de la noche las horas,  
en su consorte pensando  
y suspirando amorosa.

A la reina de los cielos,  
 consuelo de los que lloran,  
 en silencio dirigía  
 oraciones fervorosas,

Para que de los peligros  
 y las balas silbadoras  
 librara á su esposo amante,  
 como madre cariñosa.

Dulce consuelo tenía  
 en su soledad recóndita,  
 y un alivio á sus pesares  
 hallaba la fiel esposa.

Cuando con toda reserva,  
 cuando con cautela toda  
 de su Manuel le venía  
 alguna carta afectuosa,

Donde el bravo guerrillero  
 le refería las victorias  
 que en los campos alcanzaba  
 con su espada vencedora.

Así pasaba los días  
 y de la noche las horas,  
 suspirando por su esposo  
 aquella digna matrona.

Cuando hé aquí que de repente  
 penetran hasta su alcoba  
 los esbirros de Trujillo  
 con saña amenazadora.

Y sin respeto á su sexo  
 ni á su calidad notoria,  
 con ultrajante manera  
 presa violentos la toman

Y por la calle, cual reo  
 vulgar, con palabras toscas  
 la llevan hasta la Casa  
 de Recogidas, la arrojan

En asquerosa prisión;  
 confundiendo á la matrona  
 con las viles criminales  
 que allí encerradas moran.

—¿Qué delito he cometido?

A solas se preguntaba,  
ai verse en mazmorra oscura,  
aquella inocente dama.

¿Qué delito ha cometido?

¿Qué de su prisión es causa?  
Muy pronto el tigre maldito  
se acercará á revelársela.

En efecto, el cruel Trujillo  
que tiene más negra el alma  
que el sombrero que le cubre  
y el embozo de su capa,

Ai calabozo penetra  
y con ásperas palabras,  
y con acento furioso  
así le dice á la dama:

—“Usted, señora, es la esposa  
de un vil bandido que anda  
con gavilla de insurgentes,  
contra el rey sobre las armas.”

—“Mi esposo no es un bandido,  
le contesta ella indignada,  
es un valiente que lucha  
por libertar á su patria.”

—“Es un bandido, repito;  
y vengo á notificarla,  
que si dentro de tres días  
de la presente semana

No se indulta su marido  
y no depone las armas,  
usted, esa es su sentencia;  
usted será fusilada.

Puede hacérselo saber;  
un propio irá con la carta,  
y procure persuadirlo  
á que deje la campaña.

De lo contrario, ya sabe:  
la muerte es la que le aguarda,

y él, cuando fuere aprehendido,  
le destrozarán las balas.”

Y con ademán grosero,

sin proferir más palabras  
del calabozo salió

dando arrogantes pisadas,

Dejando á la infeliz presa

afligida, consternada,

con el dolor en el pecho

y en los ojos con las lágrimas.

## IX.

En el campo se encontraba  
el aguerrido insurgente,  
cuando observa que un correo  
hacia en dirección de él viene.

Le da un vuelco el corazón;

una desgracia presente,

y al encuentro del que llega

va pronto sin detenerse.

una carta aquél le entrega,

rompe el sobre prontamente

y con el alma angustiada.

de prisa, de prisa lee.

Al concluir, fúego sus ojos

arrojan, estremecerse

de ira é indignación el alma

el bravo guerrero siente.

—“Está bien, dice al enviado,

procurando contenerse,

yo veré lo que resuelvo,

vuélvase inmediatamente.”

Cuando el correo en el camino

al irse, desaparece,

Villalongín así exclama

con voz iracunda y fuerte:

—“¿Conque el infame Trujillo

que yo me indulte pretende,

y pone presa á mi esposa  
para así más compelerme,  
Y llega su tiranía  
hasta sentenciarla á muerte,  
si yo no rindo las armas,  
como un cobarde? ¡qué aleve!

¡Indultarme! ¡Jamás! ¡Nunca!

En juramento solemne  
lo ofrecí y he de cumplirlo  
aunque á todo el mundo pese!

¡Dejar que mi esposa amada  
como víctima inocente  
sea sacrificada! ¡nunca!

¡Debo ir á salvarla, y breve!

Y con ademán resuelto,  
con los acicates hiere  
su caballo, y sus soldados  
hace reunir prontamente.

## X

De Valladolid Trujillo  
la marcha emprende ligera  
para ir á conferenciar  
á Acámbaro con Calleja,

La situación que aquél guarda  
es apurada y extrema,  
pues las tropas insurgentes  
de amenazarle no cesan.

Deja encargada la plaza,  
entre tanto que él regresa,  
al teniente coronel

Sola, que á él se asemeja

En crueldad, y á quien le encarga,  
ó más bien dicho le ordena,  
que si dentro de tres días,  
sin más prórroga ni espera,

Villalongín no se indulta,  
ejecute la sentencia

sin remisión ni piedad,  
dándole muerte á la presa.

Esta ve pasar las horas  
en una angustia suprema,  
solo esperando el momento  
postrero de su existencia.

Y aunque morir le es amargo,  
y más de tan cruel manera,  
lo prefiere así mejor,  
que no, por salvar á ella,

Su esposo arroje una mancha  
en su honra tan limpia y tersa  
indultándose cobarde,  
traicionando su bandera,

Y solo siente no verle  
por la vez última y tierna  
en sus brazos estrecharle  
como su fiel compañera.

Por eso en su calabozo  
llora, suspira y se queja  
de su suerte infortunada  
la infelice prisionera.

## XI

Las luces del nuevo día  
tiñen de carmin y gualda  
las regiones del Oriente  
donde el "Punguato" se alza.

Del "Zapote" en la garita  
vigilante el retén se halla,  
aquel punto resguardando,  
que es de México la entrada,  
Aparece de repente,  
de la loma por la falda,  
que viene hacia la garita,  
un grupo de gente armada.

El retén pronto lo observa,  
se pone al instante en guardia.

y—"¡Quién vive!"—el centinela con voz imponente exclama.

—"¡La Independencia! contestan los que llegan, y sus armas tienden, hacen fuego—"¡Adentro!" grita el jefe que los manda.

Y cual leones irritados, los asaltantes se lanzan sobre el retén, este huye rápido por la calzada,

De la ciudad hacia el centro volteando las espaldas, seguido por los valientes que pican su retaguardia.

Al llegar á la plazuela que de "Animas" se llamaba, el jefe con su asistente se dirige hacia la "Casa

De Recogidas," y en fuga consigue poner la guardia, y montando en su caballo, y con increíble audacia,

Al edificio penetra; nadie detiene su marcha; angosta escalera sube; pregunta, inquiere, amenaza,

Y logra dar con su esposa que en la prisión se encontraba.

—"¡Manuel!" exclama ella al punto con grande gozo en el alma.

Y él la dice:—"¡Esposa mía, ven, que tu esposo te salva!"

Al instante, presuroso en sus brazos la arrebatá;

La coloca en su caballo, y por la escalera baja; sale á la plazuela, entonces llevando tan dulce carga,

Triunfante y lleno de orgullo,  
se dirige á la calzada,  
y llegando á la garita  
allí al enemigo aguarda

Que á atacarle se presente.

En efecto, sin tardanza,  
Sola, al ver en la ciudad  
la conmoción y la alarma

Que los de Villalongín  
produjeron en la plaza,  
un escuadrón, al momento,  
sobre el insurgente manda.

Llega á la garita: entonces  
con una lluvia de balas  
lo recibe, y lo destroza  
el guerrero con su espada.

Los soldados del gobierno  
vuelven pronto las espaldas,  
y huyendo despavoridos  
corren ya por la calzada.

Entonces los insurgentes,  
pues su jefe así lo manda,  
en vez de darles la muerte,  
cual pudiera por venganza,

En corrida se contenta  
con ponerles, y las ancas  
azotan de sus caballos,  
por burla, con sus espadas,

Los soldados europeos  
llegan temblando á la plaza,  
y Villalongín, valiente,  
llevando á su esposa amada,

Vuelve airoso al campamento,  
donde sus bravos le aguardan,  
y elogiando el heroísmo  
de su caudillo, le abrazan.

Ha llegado "Todos Santos,"  
Puruándiro está de fiesta,  
y el vecindario gozoso,  
á disfrutarla se entrega.

De Villalongín las tropas  
que en dicho pueblo **se encuentran**,  
como un ataque no temen,  
del enemigo, se alegran.

Mas ya la noche sombría  
cubre con su cauda negra  
desde los alzados montes  
hasta los valles y selvas.

Poco á poco va acabándose  
el bullicio en las plazuelas  
de la población, y todas  
sus calles quedan desiertas.

Los vecinos se recogen,  
al blando sueño se entregan,  
y reina doquier la calma,  
y el silencio doquier reina.

En sus cuarteles las tropas  
reposan; el centinela  
deja oír de vez en cuando  
lejano el grito de ¡alerta!

**Entretanto por caminos**  
**escusados y veredas,**  
Don Felipe Castañón,  
con caballería europea,

Camina á marchas forzadas,  
y en la madrugada llega  
á Puruándiro el día dos,  
dando á las tropas sorpresa.

Los insurgentes al punto,  
con su jefe á la cabeza,  
sostienen, cuanto es posible,  
la inesperada refriega.

En ella perecen muchos,  
y también ; suerte funesta!  
el bravo Villalongín  
con su sangre el suelo riega.

Así en aras de la patria  
sacrifica su existencia  
aquél héroe michoacano  
que fué fiel á su bandera.

### XIII

El sol de la libertad  
al fin brilló para México,  
y consumada la obra  
quedó que un tiempo emprendieran

Hidalgo, Allende y Aldama  
y otros mil que con su esfuerzo  
cooperaron entusiastas  
y por la patria murieron,

Entre ellos Villalongín,  
cuyo nombre celeberrimo,  
Michoacán conservar quiso  
para perpetuo recuerdo ;

Y por eso se lo dió  
en Puruándiro allí mesmo  
donde fué sacrificado  
el insigne guerrillero.

A la plazuela de "Animas,"  
patriótico Ayuntamiento,  
de "Villalongín" llamóla  
y así la conoce el pueblo.  
Si pudo con saña impía  
la cruel guadaña del tiempo  
destruir aquél edificio  
do pasó el glorioso hecho

Que la historia ha conservado  
en sus anales eternos,  
y no están ni los escombros  
de la prisión ni del templo :

En cambio, y por más decoro,  
se ve allí un jardín ameno,  
donde sus gratos perfumes  
las flores le dan al viento.

Allí el verano derrama  
sus primores con exceso,  
y Flora muestra gallarda  
todos sus encantos poéticos.

En graciosos surtidores  
salta elevado y violento  
el líquido cristalino,  
que del sol á los reflejos,

Los colores del arco-iris  
retratan sus chorros gruesos,  
y al caer en anchas tazas  
pintan el zafir del cielo.

Así Morelia ha querido  
honrar al bravo guerrero  
que cual patriota fué un héroe,  
y como esposo un modelo.

MARIANO DE J. TORRES.

---





## PABLO GALEANA.

---

Entre los mil episodios  
que de valor hubo en Cuautla,  
cuando Calleja y Moreños  
como adalides peleaban,  
el primero por el Rey  
y el segundo por la Patria;  
hay que consignar un rasgo  
de muy singular audacia,  
que descuella en ese sitio  
de tan renombrada fama.

Cierta vez, los sitiadores  
avanzaron á la plaza  
atacando las trincheras  
con denuedo y arrogancia;  
y en uno de los reductos,  
defendido por Galeana,  
fué tan extremo el arrojó  
de las falanges contrarias,  
que éste jóven insurgente  
salió fuera de muralla,  
disparando sin descanso  
sobre el grupo que asaltaba.  
Tanto arrojó causó celo  
al jefe español Segarra,  
Que ardiendo en ira, acercóse  
hacia el valiente Galeana,

y cuerpo á cuerpo entablóse  
 lucha mortal, que admiraban  
 ambas fuerzas contendientes,  
 sin disparar ya sus armas.  
 Ese lance fué supremo:  
 con su pistola, Segarra  
 hizo fuego; más la suerte  
 se le mostró bien avara,  
 pues su enemigo salvóse;  
 quien, con imponente calma,  
 disparó su carabina  
 derribándolo á sus plantas.  
 De sus armas despojóle,  
 y conduciéndolo en rastra,  
 cual trofeo de su triunfo,  
 salvó con él la muralla.  
 Ante tamaño heroísmo,  
 los soldados de Segarra  
 se retiraron medrosos,  
 en tanto que en la muralla  
 los víctores resonaron  
 á la par que las descargas;  
 siendo aquel hecho glorioso  
 el renombre de Galeana,  
 de aquella cruenta lucha  
 imperecedera página.

RAFAEL DEL CASTILLO.

Monterrey, Julio 2 de 1910.

---



## GUADALUPE VICTORIA.

---

En el asalto que dieron  
á la ciudad de Oaxaca  
las huestes, que el gran Morelos  
en persona comandaba,  
se registró un hecho heróico,  
hecho digno de la fama,  
que en bronce debía esculpirse  
cual galardón de la patria;  
pues sólo en la antigua Roma  
se vieron tales hazañas,  
por hombres singularísimos  
que en su historia se destacan

Las trincheras de las calles  
y los fuertes de la plaza  
habían sido ya tomados  
á vivo fuego y matanza.  
Los repiques de los templos  
y las belicosas dianas  
resonando por doquiera  
la victoria proclamaban;  
mas "El juego de Pelota,"  
que fortificado estaba,  
era el teatro de una lucha  
sin ejemplo, denodada.  
Ancho foso le circuía,  
y nadie se aventuraba

á cruzarlo, sin que al punto  
en él la muerte encontrara.

Don Guadalupe Victoria  
era quien acaudillaba  
á los bravos asaltantes  
de aquella última muralla  
defendida por "realistas,"  
y anheloso por tomarla,  
en un esfuerzo supremo  
de valor, tomó su espada  
y arrojándola hasta el muro,  
"Allá va en prendas esa arma;"  
les gritó con voz tonante,  
"voy por ella;" y á la charca  
del zanjón echóse á nado,  
desafiando la metralla.  
Tras él, sus fieles soldados,  
victoreándolo, se lanzan  
como alud que se despeña;  
cual turbión que se desata;  
y al desvanecerse el humo  
de la contienda empeñada,  
la bandera de los libres  
ondeó triunfante en la escarpa.

RAFAEL DEL CASTILLO.

Monterrey, Julio 2 de 1910.

---



## ! Treinta contra cuatrocientos.

### I

¡Patria! cantando tus glorias,  
mi espíritu se levanta  
sobre miserables pasiones  
con que una mentida fama,  
de tus hijos las grandezas  
algunas veces opacan,  
cuando hay en su vida, muchas  
nobilísimas hazañas,  
dignas del canto de Homero,  
y tristemente olvidadas.  
Por eso cuando á mi mente,  
acuden memorias gratas,  
de tus héroes denodados,  
y recorro aquellas páginas,  
que la historia nos conserva  
como herencia noble y sacra,  
yo siento al mover el pléctro  
sobre mi lira cansada,  
vibrar en cada sonido,  
todas las cuerdas de mi alma,  
como vibran las eólicas  
dulces y divinas harpas,  
y mi mente se transporta,  
á esas épocas lejanas,

de patriotismo ardoroso  
 de luchas nobles y santas,  
 de ideales que se fueron  
 dejándonos triste el alma.  
 Arrancar es necesario  
 del olvido, algunas páginas,  
 hoy que se aprestan tus hijos,  
 ¡oh bella y querida Patria!  
 á celebrar las proezas  
 de tus héroes, las batallas  
 en que vertieron su sangre  
 para que te levantas  
 entre las libres naciones,  
 grande, feliz, respetada....!  
 Callen las voces proscritas  
 de las pasiones bastardas  
 los rencores de partido,  
 y las calumnias que infaman;  
 y brillen en nuestro cielo,  
 todas las glorias pasadas,  
 y del mundo por los ámbitos  
 vuelen del amor en alas.  
 Juntos cantemos los días  
 de Dolores y de Iguala,  
 y en un mismo sentimiento  
 ardan de fe nuestras almas.  
 ¡Gloria á Hidalgo y á Iturbide!  
 La justicia lo reclama;  
 para los dos, hay un sitio  
 ¡en el altar de la Patria...!

## II.

Era una tarde de Junio, (\*)  
 rica en ornamento y galas,  
 en que los verdes matices  
 del campo y de las montañas,

---

(\*) 21 de Junio de 1.821.

bajo la bóveda inmensa,  
transparente y azulada,  
paisajes encantadores  
y caprichosos, formaba.  
Entre grandes arboledas,  
Querétaro se levanta,  
con sus cúpulas y torres,  
su alameda, y de sus aguas,  
el acueducto gigante,  
que el noble marqués del Aguila  
hiciera, y ha subsistido  
atrayendo las miradas,  
de los que ven en sus muros  
de lo pasado una página.  
Ya las tropas trigarantes  
que Iturbide acaudillaba,  
ostentando la bandera  
que juraron en Iguala,  
de haber conquistado el reino,  
en unos meses, pasaban  
camino de la metrópoli  
que rendir pronto esperaban,  
por Querétaro baluarte  
que de la realista causa,  
el brigadier Luaces tiene  
bajo su tutela y guarda.  
De que pasara el ejército,  
tres horas hacía escasas,  
cuando desde la Alameda  
en que Luaces contemplaba  
aquella patriota huerte  
con rencorosa mirada,  
vió descender por las lomas  
siguiendo la propia marcha  
del ejército, unos grupos  
pareciendo gente armada.  
Aplica el anteojo, Luaces,  
y ve con burlona calma,  
que la escolta de Iturbide,  
y él á su cabeza, avanzan,

con lento y tranquilo paso  
 sin el temor de asechanzas.  
 Luaces concibe una idea,  
 horrible, negra, satánica,  
 batir el pequeño grupo...  
 que por estar ya lejana  
 la fuerza, no auxiliaría  
 á su jefe en la demanda,  
 y este, prisionero, acaso,  
 ó muerto.... Luaces daría  
 á la realista causa,  
 la más audaz y atrevida  
 de las guerreras venganzas.  
 Cuenta el número de tropa,  
 —Son ¡treinta! con burla exclama  
 —No pasarán, lo aseguro,  
 por el puño de mi espada...  
 y violento como el rayo  
 ordena se ponga en marcha  
 el Batallón "Zaragoza,"  
 cubriendo su retaguardia  
 con los "Dragones del Príncipe,"  
 y que la tropa mandada  
 por el coronel Bocinos,  
 militar de nombre y fama,  
 espere en "Arroyo Hondo"  
 aquella escolta que marcha  
 con un Genio á su cabeza  
 y en su valor confiada.  
 Doscientos ochenta infantes  
 de "Zaragoza," en campañas  
 probados, como valientes  
 por empresas temerarias,  
 y ciento veinte dragones  
 del Príncipe, cuyas lanzas  
 dejaron huellas profundas  
 en la insurrección pasada;  
 para batir á Iturbide  
 aprestan valor y armas.

Manda la pequeña escolta  
como jefe, el denodado  
Epitacio Sánchez; alma  
de rudo acero, y de brazo  
más temible que de Júpiter  
los atronadores rayos.  
Componen aquella escolta,  
en que no había un soldado  
que su valor y proezas  
no acreditase, con rasgos  
dignos de ser esculpidos  
de la epopeya en los fastos;  
quince dragones, y entre ellos  
un alférez temerario,  
que con otros ese día  
honor y ascensos ganaron:  
quince infantes cazadores  
de su capitán al mando,  
siendo del "Fijo de México"  
los escogidos soldados;  
y el capitán, un valiente,  
el célebre don Mariano  
de Paredes y Arrillaga,  
á quien más tarde elevaron  
sus méritos y servicios  
de la presidencia al rango.

## IV.

¡Hola! dice con acento  
de verdadera amenaza  
Iturbide dirigiéndole  
á Epitacio la palabra;  
parece que Luaces quiere  
interrumpir nuestra marcha.  
—En efecto, mas no cuenta  
el Brigadier con las armas  
que nosotros, y esto basta.

—Pues que lo quiere, adelante;  
 responde Iturbide en calma,  
 será nuestra la victoria,  
 aunque sangre mexicana  
 economizar quisiera...

¡A ellos! dice y la espada  
 tantas veces victoriosa,  
 brilla fuera de la vaina.

—¡Señor, responde Epitacio;  
 no os batiréis hoy, sagrada  
 es vuestra vida, que encierra  
 el todo para la patria.  
 Dadnos sólo vuestras órdenes  
 y os juro por esta lanza,  
 que no os arrepentiréis  
 de nosotros...

—Tenéis alma  
 de titán, dice Iturbide,  
 pero nunca en las batallas  
 dejé de dar el ejemplo  
 con mi brazo y con mi espada.  
 —Lo daás con vuestra presencia,  
 señor, y con esto basta.  
 No os batáis, os lo rogamos  
 en el nombre de la Patria...  
 ¿Qué haría si vos faltárais  
 en estos momentos? Baja  
 la noble frente, Iturbide  
 como si algo meditara;  
 luego la yergue y dispone  
 el orden de la batalla.  
 quedándose de reserva  
 con tres asistentes. Lanza  
 á las enemigas tropas  
 Epitacio una mirada,  
 en donde brilla hondo fuego  
 de valor y de esperanza,  
 y grita, ¡Viva Iturbide!  
 ¡Viva! responde entusiasta  
 aquél puñado de héroes

er. cuyas manos estaba  
 salvándose ó pereciendo  
 la libertad de la Patria;  
 y veloces como el rayo,  
 sobre el enemigo marchan;  
 ¡quince ginetes lanceros  
 y Epitacio á la vanguardia!  
 ¡quince infantes cazadores  
 y el capitán Arrillaga,  
 apoyando á los ginetes  
 desplegados en batalla!  
 ¡Treinta valientes que un pueblo  
 salvan en esa jornada...!

## V.

Como el huracán bravío,  
 los campos tala y destroza;  
 como la negra borrasca  
 deja las espigas rotas,  
 y siembra el terror doquiera  
 con sus estragos de tromba;  
 así los treinta ginetes  
 y cazadores, agostan  
 como á débiles aristas,  
 de Bocinos á la tropa,  
 que desesperada lucha  
 cuerpo á cuerpo con las sombras,  
 que así parecen aquellos,  
 fantasmas, que los destrozan,  
 multiplicando lanzadas,  
 vomitando con la pólvora  
 rayos de muerte que al suelo  
 los cadáveres arrojan...  
 Sigue Iturbide con ansia  
 desde la cercana loma,  
 aquél desigual combate  
 que muy hondo le impresiona,  
 y tiene que dominarse  
 á su pesar, mientras toma

carácter indecisivo  
 aquella lucha, que abona  
 de los bravos contendientes  
 las proezas asombrosas.  
 Ve también desde una altura,  
 Luaces con mirada hosca  
 que sus soldados vacilan,  
 que retroceden, y apocan  
 el valor en que confiaba  
 para obtener la corona  
 del triunfo que proponía  
 dar á la causa española.  
 De pronto parte un ginete  
 de los realistas; y asoma  
 por otro lado Epitacio  
 entre el humo de la pólvora.  
 Se ven, y como saetas  
 que el arco salvaje arroja,  
 lanzan sus cabalgaduras  
 para encontrarse una y otra.  
 Más diestro Epitacio, esquivo  
 de su contrario la roja  
 lanza, que á clavarle vuela;  
 y ya la suya, más corta  
 va á hundir en el noble pecho  
 del valiente, cuando asoma  
 entre los dos, desalado  
 el alférez de su tropa,  
 de sangre y polvo cubierto,  
 y con voz que la congoja,  
 hace vibrante, y al mismo  
 tiempo suplicante y honda;  
 le dice:—No le matéis....  
 ¡es mi padre....! y se desploma  
 sobre el sudoroso cuello  
 del noble corcel, que arroja  
 por las hinchadas narices  
 humo denso, y por la boca.

El alférez y su padre,  
 eran de sangre española.

pero los dos, mexicanos  
 que militaban en contra  
 uno de otro, en la contienda  
 de realistas y patriotas.  
 Era el hijo, don Vicente  
 Miñón; alma generosa;  
 y don Juan José, su padre,  
 que á la bandera española  
 fiel, iba á buscar la muerte  
 en esa tarde afrentosa  
 para las armas reales,  
 para las otras ¡de gloria...!  
 Es el último episodio  
 de esa memorable hora,  
 en que los realistas sienten  
 el peso de su derrota;  
 y en que humillado Luaces,  
 ve regresar á sus tropas  
 diezmadas y sin bandera,  
 huyendo de los patriotas,  
 que con vivas entusiastas  
 ascienden hasta la loma,  
 do los espera Iturbide  
 celebrando su victoria,  
 y mirando prisioneros  
 hombres de carrera honrosa,  
 Como Azcárate, Latorre,  
 Velez, y Miñón y Alcorta,  
 dignos de ceñir laureles  
 y no de apurar deshonras.

## VI

Para premiar Iturbide  
 aquél portentoso hecho,  
 que más parece forjado  
 por el delirio de un sueño;  
 ordenó que una medalla  
 obtuvieran como premio,  
 además de los honores

gratificación y ascensos,  
 los valientes adalides  
 que con su arrojo le dieron  
 á la causa independiente  
 del triunfo el toque postrero.  
 Noble laurel ostentaba,  
 de la medalla el reverso,  
 con la memorable fecha  
 de aquel acontecimiento,  
 y con grandes caracteres,  
 se miraba en el anverso,  
 este inolvidable lema:

¡TREINTA CONTRA CUATROCIENTOS!

Así lo guarda la historia,  
 así lo escribieron ellos,  
 con la sangre generosa  
 que por la patria vertieron;  
 y así debemos nosotros,  
 conservarlo en los recuerdos  
 de tradiciones gloriosas,  
 y de patrióticos hechos,  
 para las generaciones  
 que hoy pagan con el desprecio  
 ó el olvido **los ideales**  
 nobles, de nuestros abuelos.



## EL CURA MORELOS.

---

### El Prisionero.

Que por más que se notaba  
Ser un preso, descubrirlo  
Sin sentir, era imposible  
Cierta respeto sumiso

*Saavedra*

### I

En aquel mismo solar,  
Hoy de un alcázar asiento,  
Se alzaba en el siglo quince  
Otro palacio soberbio.

Donde una espléndida corte  
Cabeza de un vasto imperio,  
Ostentaba ricas galas,  
En armas, oro y arreos:

Donde príncipes aztecas,  
Donde capitanes fieros,  
Caciques de las provincias  
Y enviados de extraños pueblos,

Ante el sultán mexicano  
Humildes en boca y gesto,  
Depuestas plumas y joyas,  
Doblando á la tierra el pecho,

Rendían de obediencia parias  
Y de vasallage pleito;  
Siendo felices si logran  
Gracia del monarca egregio,

Cuya grandeza acataban,  
 A cuyo poder tremendo  
 Se inclinaban soberanos,  
 Pontífices y guerreros.

Pero poder y grandeza  
 Que á poco andar de los tiempos  
 Pasaron ¡espanto causa!  
 En baldón y vilipendio.

Y el monarca y los vasallos,  
 Las provincias y el imperio,  
 La corte como el palacio  
 En la destrucción cayeron;

No de la edad agobiados,  
 Bajo el yugo de extranjeros,  
 Que desde ignotas orillas  
 Camino en la mar se abrieron.

Así suele roto el cráter  
 Abrasador mongibelo,  
 Sepultar una región  
 Dentro de un lago de fuego.

De entonces ese palacio  
 Y ese de palacios pueblo,  
 Con sus encumbradas torres,  
 Con sus espaciosos templos,

Se van alzando y extienden  
 Sobre el caído esqueleto  
 De alcázares, de "Teocallis"  
 Que le sirven de sustento,

Como nace de la encina  
 La yerba, en el tronco excelso,  
 Que derribó el huracán  
 Y se ha podrido en el suelo.

Terrible lección, terrible,  
 Ese palacio ofreciendo  
 Ha estado en años lejanos  
 Como en el presente tiempo.

En sus diferentes formas,  
 En sus matices diversos,  
 En sus elevados muros,  
 Bajo sus dorados techos,

¡Cuántos sangrientos arcanos,  
 Cuántos horribles secretos  
 Ha recogido y guardado  
 De sus señores y dueños!

Escrito dice en sus naves,  
 Escrito en el pavimento:  
 “Fuera el clamor, la miseria,  
 “La pompa, el orgullo, dentro”

Y vive Dios que el alcázar  
 Tantos ropajes vistiendo  
 En mil fases reproduce,  
 Constantemente un efecto

En ese propio solar,  
 En el palacio que vemos  
 Morada de los virreyes,  
 Gobernadores del reino,

De la rica Nueva-España,  
 Ha cinco lustros y medio (\*)  
 Tras las cortinas de seda  
 Que están los vidrios cubriendo

Y á la luz de dos bujías  
 En apartado aposento,  
 Dos sombras se dibujaban,  
 El ademán describiendo

De dos interlocutores  
 Que discurren satisfechos,  
 El uno de faz altiva,  
 Adusto, iracundo aspecto;

En un sillón se reclina  
 Forrado de terciopelo  
 Carmesí, con franjas de oro.  
 En pie el otro y descubierto,

Ya entrado en edad, vestía  
 Traje militar; al verlo  
 Se nota que de camino  
 Llegaba en aquél momento.

---

(\*) Este romance se escribía el año de 1843.

Un caballo que en la calle  
Y de las riendas del freno  
Tiene un soldado y pasea,  
También induce á creerlo.

El jefe recién llegado,  
Aunque muestra gran respeto  
Al personaje orgulloso,  
En su sanguinario ceño,  
En su encapotada frente,  
En su arrugado entrecejo,  
De un esbirro ó de un verdugo  
Tiene como escrito el sello.

A saber lo que discurren  
Tan parecidos sujetos,  
Con el odio, la venganza  
Se presumiera en concierto.

Después que hablaron de modo  
Que no se oye por lo quedo,  
Dijo, dejando el sillón  
Como quien manda, el primero:

“A usted, señor “Concha,” encargo  
La vigilancia del reo;  
La ejecución será pronta,  
Como rápido el proceso;  
Que la pasada de Cuautla  
Por Dios olvidar no puedo;  
Y dudo que esté seguro.  
Vuélvase usted á su encuentro,  
Y cuente que es responsable....”

“A vueselencia lo ofrezco,”  
Contesta el segundo, y sale  
Humilde saludo haciendo.

El que la orden había dado  
Era el virrey nada menos  
Don Félix María Calleja,”  
De abominable recuerdo.

Terminó la conferencia,  
Y á muy poco un movimiento  
General hay en Palacio,  
La guardia de alabarderos

Se duplica, las patrullas  
 Van la ciudad recorriendo:  
 No permiten reuniones  
 Ni corrillos en el pueblo:  
 A todo hombre se detiene,  
 Se interroga, y en acecho  
 Van como espías, disfrazados,  
 Los agentes del gobierno.

Un rumor ha circulado  
 Que llena á todos de duelo,  
 Y origina al que es criollo  
 Lástima, dolor y miedo.

Por eso ricos y pobres,  
 Ora nobles y plebeyos,  
 Se ocultan, y la ciudad  
 Se queda como un desierto.

En sus desoladas calles,  
 En los edificios yermos,  
 Y de los mustios faroles  
 En los lánguidos reflejos,

Todo es pavor y tristeza,  
 Oscuridad y silencio,  
 Que la voz lúgubre "alerta"  
 De los militares puestos

Interrumpe y se ve sólo  
 La errante luz de un sereno,  
 Que miente una aparición  
 En un vasto cementerio.

Formando calle camina  
 Una tropa de lanceros,  
 Tirada el arma á la espalda,  
 Los ojos y el pensamiento

Clavados en dos personas  
 Que cabalgan en el centro:  
 Uno el jefe de la escolta,  
 Coronel de un regimiento

De realistas, tres galones  
 De plata lo están diciendo,  
 Sobre la vuelta de grana  
 Y casaca oscura, puestos.

“En su encapotada frente,  
 En su arrugado entrecejo,  
 De un esbirro ó de un verdugo,  
 Tiene como escrito el sello.

“Es don Manuel de la Concha,  
 De abominable recuerdo;”  
 Quien de sangre mexicana  
 Se manifestó sediento.

El que en la guerra de once años  
 Que crueldades cometieron  
 Con furor, un bando y otro,  
 En este infelice suelo,

Llegó á distinguirse tanto  
 Por lo atroz y carnicero,  
 Que era sentencia en su boca  
 Por ella hablando el infierno.

Siempre que aprisiona un hombre,  
 Ya con armas, ya indefenso,  
 Pacífico, en despoblado,  
 O en el campo combatiendo,

“¿Es insurgente? que muera.  
 ¿No es insurgente? pues luego  
 Fusilarlo; de este modo  
 No habrá de llegar á serlo.”

¡Bárbaro! ¿quién le anunciara  
 Que seis años transcurriendo,  
 Y vencido por las armas  
 De sus contrarios, al puerto

En camino recogiera  
 De sus maldades el premio;  
 Y bajo a leve cuchilla  
 De enemigos encubiertos

Con el disfraz en el rostro,  
 La rabia en el alma, ardiendo  
 En la fiebre de venganza,  
 A los golpes caería muerto?

Fué un atentado, fué crimen  
 Que hace erizar el cabello.  
 De los agresores viles  
 El nombre no conocemos,

Y aún es mejor ignorarlo,  
 Si un ejemplar escarmiento  
 Para el malvado que viola  
 De la humanidad los fueros,  
 No había de purgar la tierra  
 De esos monstruos. Pero el cielo  
 Tenía de Concha el castigo,  
 En sus arcanos dispuesto.

---

En un todo diferente  
 De aqueste, el otro sujeto  
 Que caminaba á su lado  
 De los soldados en medio,  
 Era de semblante afable,  
 Dulce, sin faltar lo serio,  
 De franca, noble expresión,  
 Y magestuoso aspecto:  
 Indígena la calor  
 Se inclinaba á lo moreno  
 Sin desagrado, en sus ojos  
 Brillan los rayos del genio.  
 La forma de su vestido  
 Sencillo y del todo negro,  
 Y un listón azul que adorna  
 Por el derredor el cuello,  
 Demuestran que es sacerdote:  
 Aunque portara á quererlo,  
 Insignias y distinciones  
 Alcanzadas con los hechos.  
 Mas al contrario, desnudo  
 De pompas, de abatimiento  
 No da indicios, y tranquilo  
 Marcha con rostro sereno,  
 Como el que camina libre,  
 Aunque sabe que va preso:  
 Tal vez á morir cercano  
 De evitarlo sin un medio.  
 En este ilustre caudillo  
 Y eclesiástico modesto,

A veces peón humilde  
 Erigiendo á Dios un templo:  
 Ora ganando batallas  
 Como indomable guerrero;  
 O ya reflexivo, sabio  
 Y prudente en el consejo:  
 En el que se ve mezclado  
 Lo celestial y terreno,  
 Y del arcángel y el hombre  
 Lo más puro, lo más bello:  
 Al que mira con ternura  
 Y con estupor el pueblo;  
 Y al que Concha ve con susto,  
 Pero trata con obsequio,  
 Extraño en él hasta entonces,  
 Era el gran cura Morelos,  
 De los mexicanos gloria,  
 De sus opresores miedo:  
 Que en un azar de la guerra  
 Fué cogido prisionero,  
 Y se le juzga y sentencia  
 Como insurgente y ateo,  
 Proscrito y escomulgado,  
 Según la opinión del tiempo,  
 Que unánimes inculcaban  
 Anatemas y decretos.

---

 II.

**El Vaticinio.**

..... Aunque joven  
 Esa espada escolté yo,  
 (El mismo.)

Era un calabozo estrecho  
 De la fuerte Ciudadela,  
 Cuanto los hierros permiten  
 De la bien segura verja,  
 Dirije la vista absorto  
 Y la campaña contempla,



Morelos en su prisión.



Un reo de Estado, al que guardan  
Atentos los centinelas.

Algunas veces á largas  
Cavilaciones se entrega,  
Como el que discurre medios  
Contra su iortuna adversa;

Tal vez de su estado antiguo  
Pasadas glorias recuerda,  
O de sí mismo olvidado  
En otros objetos piensa;

Que no es un hombre vulgar  
A quien la desgracia aterra,  
Sino un varón cuyo nombre  
Por todas partes resuena.

Hoy es sólo un prisionero,  
Al que el destino condena  
A merced de los contrarios  
Que su perdición anhelan;

Mientras que otros pensamientos  
Otras grandes lisongeras  
Esperanzas y altos fines  
En aquél muro se estrellan:

En el muro que lo guarda,  
En la prisión que lo encierra,  
Solo, pobre, desvalido,  
Sin apoyo ni defensa;

Pero que en tal desventura  
Mucho de grande conserva.  
Enemigos lo aborrecen,  
Mas lo temen y respetan;

Y hasta aquella misma gente  
Y atrevida soldadesca  
Que lo custodia, á su vista  
Contiene la inmunda lengua;

Y no hay tampoco un soldado  
Español que á su presencia  
Se acerque sin saludarlo  
Con la mano en la visera,

La sumisión demostrando  
Que sólo á sus jefes muestra,

Dominio propio del genio  
 Y de la virtud que impera,  
 Con el poder invisible  
 Que al impuro vicio enfrena;  
 Y por eso de admirarse  
 No es, ni causar extrañeza  
 Que á despecho de opiniones  
 Y de calumnias protervas,  
 A un general de insurgentes  
 Tales honras se conceden.

Ya de su constancia heróica  
 Hoy ha sufrido otra prueba  
 En las cárceles de Estado  
 Y en otra prisión funesta.

Allí verdugos, no jueces,  
 Sin descansar lo atormentan,  
 Ya con cargos ó capciosas  
 Preguntas, con que quisieran

Arrancarle, pero en vano,  
 Delaciones; su firmeza  
 La intención maligna burla,  
 Y aún humillar consiguiera

A "Bataller," el oidor,  
 Que á pesar de su insolencia,  
 Del preso no ha conseguido  
 Sino precisas respuestas,

Y algún sarcasmo que abate  
 Su atrevimiento y soberbia.

Los padres inquisidores  
 Con premura y diligencia

El tribunal presurosos  
 Del Santo Oficio congregan  
 Para juzgar el proceso  
 Sobre puntos de creencia.

Los cargos Morelos oye,  
 Y con mesura contesta:  
 "No es impío quien por su patria  
 Y su religión pelea:

No es hereje el que á Dios vivo  
 Con su mano templo eleva,

Y escribe las oraciones  
Que en su santuario se rezan.”

Así responde y confunde  
A los jueces que le asedian  
A preguntas, y á las cuales  
Opone la indiferencia.

¿Pero ha vencido, ó acaso  
Tiene el dolor otra cuerda  
Que tocar? Viene “Bergoza,”  
El obispo de Antequera,  
A quien Morelos triunfante  
Vida conservó y hacienda;  
Pero no en el duro trance  
A darle consuelos. Llega

Como juez á presidir  
La ceremonia postrera,  
Para que del reo se haga  
Al brazo seglar la entrega.

Dada que fué la señal,  
La ceremonia comienza:  
Le raen manos y corona,  
Hasta que la sangre enseñan,

Para destruir ¡oh, dolor!  
Con el hierro y la violencia  
Material, aquel carácter  
De sacerdote que lleva

Impreso indeleble el alma....  
No es del dolor, no, la fuerza,  
La que siente y conmovido  
Con amargura lamenta.

Cien heridas y la muerte  
No harán que exhale una queja;  
Pero es Morelos humano,  
Tiene una fe que venera,

Y el dolor que está sufriendo  
Es de otra naturaleza.

¡Privado del sacerdocio!  
¡Indigno de aquella esencia

Que ha recibido...! Su angustia  
Rompe de abundante vena

Y llora... Luego el obispo  
También á llorar empieza...

Dentro el triste calabozo

Tan dolorosas escenas,

Tiene á los ojos Morelos

Y vivas se le presentan.

Como demandando alivio

Al cielo la vista eleva

Y la fija en el Ocaso,

Donde la tarde serena

Con los rayos que declinan

Tiñe de carmín la esfera.

Un grupo de pardas nubes

Que á impulsos del viento vuelan,

Suspendido en la montaña

Adquiere formas diversas

Y describe mil figuras

Extrañas, que representan

Campos, ciudades y gentes,

Entre las cuales descuella

Una colosal fantasma,

Que tiene en la mano diestra

Teñido un puñal de sangre:

Con la otra agita una tea

Encendida, que humo arroja

Y lo que toca lo incendia,

Cayendo al pie del coloso,

O de la fantasma negra,

Grupos de formas humanas

Que en su sangre se revuelcan.

Morelos suspira entonces,

Y dice: "¿De esta manera

Sostienen su predominio

Los déspotas de la tierra?"

Después de una corta pausa

Volviendo á alzar la cabeza,

Halla el dibujo variado

Y decoraciones nuevas;

En vez del monstruo, una planta

Coposa y gentil, do cuelgan

Rojos sazonados frutos  
 Que descienden y alimentan  
 Al parecer, á millares,  
 De figuras placenteras,  
 Según el aire y contornos  
 En que los rayos reflejan  
 Del sol, que asoma un instante  
 Dorando la cabellera  
 Del árbol bello y frondoso  
 Como radiante diadema.

Vuelve á suspirar el preso;  
 Pero en su faz satisfecha  
 Una ráfaga de luz  
 Brilla como de suprema  
 Inspiración, y solemne  
 Añade su voz: "Ya llena  
 Está, patria, la medida:  
 Un destino igual espera."

---

¡Oh Morelos! Yo era niño  
 Cuando tu vida y proezas  
 Me contó mi amado padre,  
 Y tu sensible tragedia.

Pasaron después seis años,  
 Y aunque ni el bozo siquiera  
 Sobre mi labio asomaba,  
 Ya seguí tras de la enseña

Tricolor, y en la ciudad  
 De México, entré con ella.  
 Todo allí júbilo, gala,  
 Todo regocijo y fiesta;

Pero en la marcha triunfal  
 Recordé la historia acerba  
 Con dolor, y á tu memoria  
 Pagué una lágrima tierna.

---

## III.

## ¡Un abrazo!

Se ajusta el traje, descubre  
La garganta.....

(*Idem.*)

En una casa del pueblo  
De Ecatepec, almorzando  
Estaba el Cura Morelos  
Con un coronel al lado  
Y con otros oficiales  
Que lo siguen: colocados  
Hay algunos centinelas  
En las puertas, y á lo largo

Dentro la sala pasean  
Otros dos, el arma al brazo.  
También la escolta en la plaza  
Está formada en descanso;

Y hay una guardia que niega  
De la habitación el paso,  
A los del lugar confusos  
Y curiosos paisanos.

Inútil es que procuren  
Acercarse, ó acechando  
Indaguen lo que allá dentro  
Se está á la sazón tratando;

Darían muchos sus haberes  
Y su vida por lograrlo:  
Por escuchar un acento  
O recoger un vocablo;

Mas si con este designio  
Se aproximan, los soldados  
Los retiran con palabras  
Soeces y á culatazos.

Mientras sirven á la mesa  
Uno en pos de otro los platos,  
Jovial la conversación  
Habíase en ella entablado

Sobre la iglesia del pueblo,  
 Su arquitectura y tamaños;  
 Morelos daba su voto  
 Con discernimiento raro;  
 Y prosiguió discurrendo  
 Con igual desembarazo,  
 Hasta que acabó el almuerzo  
 Y los manteles alzarón.

Reinó después el silencio,  
 Que interrumpe á poco rato  
 El coronel, aunque muestra  
 Encontrarse algo turbado,

Y como el sembrante huyendo  
 Dice á Morelos: “¿Acaso  
 Usted sabe á qué ha venido?...”  
 —“No lo sé, pero lo alcanzo”

Aquel responde... “á morir...”

—“Sí, contesta, es necesario  
 Disponerse...” —Lo comprendo,  
 Dentro de breve despacho;

“Mas permita usted que acabe  
 De “fumar” este “tabaco,”  
 Le replica, es mi costumbre;...”  
 Y dió principio á fumarlo

Con sosiego. Un religioso  
 Del orden de franciscanos,  
 (Que ya prevenido estaba)  
 Entra para confesarlo.

“Mejor que á su reverencia  
 Escogiera yo al vicario  
 Del lugar;...” Morelos dice;  
 Y hacen al punto llamarlo.

Llega, afable lo recibe,  
 Arroja al suelo el tabaco,”  
 Entrase en un aposento  
 La puerta tras sí cerrando.

No tardó la absolución.  
 Salió Morelos del cuarto  
 Con el mismo continente  
 Sereno con que había entrado:

Más triste y más abatido  
Se ve el rostro del vicario,  
Que no el confesor parece.  
Sino el preso confesado.

En ese propio momento  
Fuera las cajas sonaron;  
“Es para formar el toque,  
Morelos dice, no hagamos  
Esperar más á la tropa,  
“Y deme usted un abrazo,”  
Señor “Concha,” ¡el postrimero!...”  
Después al cuerpo ajustando

La turca, prosigue: “aquesta  
Será mi mortaja; no hallo  
Otra aquí...” Los concurrentes  
A estas palabras lloraron.

A la calle se dirigen,  
Marchan detrás los soldados  
De la guardia, el sacerdote  
camina del preso al lado;

En la plaza se detiene,  
Y un crucifijo tomando  
Del ministro que lo exhorta,  
Lo besa y pronuncia claro

Estas precisas palabras:  
“¡Oh Señor! si bien he obrado  
En el mundo, tú lo sabes:  
Si mal, me acojo al amparo  
De tu bondad infinita...”

Se llegan para vendarlo  
Con un lienzo: lo retira,  
Diciendo: “no es necesario,

Nada distraerme puede  
En este sitio;” le instaron  
Otra vez, y cede entonces;  
La venda toma en sus manos.

Cubre con ellas sus ojos,  
Y pregunta “¿hemos llegado?  
¿Es aquí?...”—“Más adelante”  
Le dicen.—Dá algunos pasos:

¿Aquí,?... (otra vez) Sí, responden;  
Se arrodilla, y no bastando  
Los tiros que le disparan,  
Con un ligero intervalo  
De larga y común angustia  
Para los que presenciaron  
mudos la escena cruenta...  
Otra descarga ha sonado.

JOSE DE J. DIAZ.

Jalapa, Septiembre 13 de 1845.

---





## SAN AGUSTIN DEL PALMAR.

---

La batalla fué dada á campo raso, para desimpresionar al Conde de Castro Terreño, de que las armas americanas se sostienen no sólo en los cerros y emboscadas, sino también en las llanuras y á campo descubierto.—**MARIANO MATA-MOROS.**—Parte oficial dirigido á Morelos.

---

### I

Se extiende el llano taciturno y triste  
Bajo el toldo estrellado de los cielos,  
Y en su faz se percibe, descansando,  
De realistas un ancho campamento.

Custodian un convoy: grandes riquezas  
Conducen bajo carros, por el yermo  
Arenal de la costa ó por las peñas  
Del Andes majestuoso y opulento.  
Mas ahora están dormidos: sólo se oyen  
Vagas voces que turban el silencio:  
El follaje agitado; el triste aullido  
Del astuto coyote, el vocinglero  
Piar del ave que los aires rompe  
Llevando al nido el presuroso vuelo,

Y el alerta pausado del realista  
Que ve tenaz el horizonte extenso.

Las negras masas de los grandes carros  
Alumbra el temblador chisporroteo  
De rojizas hogueras inflamadas  
Sobre la tierra con quebrados leños,  
Y cruza en lo alto con callada planta  
El brillador ejército del cielo.  
Triste se mira el extendido llano,  
Bajo el manto invisible del sosiego:  
¡Más triste está, más triste, un hombre libre  
Si un tirano lo lleva al cautiverio!

## II

Sobre la frente del altivo monte  
que del llano descansa en el lindero  
Como un valiente que cayó en la lucha  
Herido, sí, pero la altura viendo,  
Se va elevando al fin entre los aires  
La bella aurora de semblante tierno.  
Ella es como una virgen soñadora:  
Tiende á la espalda su dorado pelo,  
Y, soñolienta, su semblante envuelve  
Con rojas nubes como chal soberbio.

El desierto insensible se reanima:  
Se endereza por fin el campo yerto.  
Y el carro empieza su penoso viaje  
Mientras el corcel sacude su cabello.

Mas súbito el clarín los aires corta  
Cual pájaro fugaz: es que el experto  
Ojo del centinela ha distinguido  
Del insurgente el pabellón enhiesto,  
Azul y blanco como el cielo puro,  
Azul y blanco como el mar inmenso.  
Es que van á pedir á los realistas  
Tierra y espacio y del poder el cetro,  
Los guerreros del bravo de los bravos.  
Los dignos hombres del sin par Morelos!

## III.

Sonó el tambor en el undoso espacio;  
 Como sierpes se mueven los guerreros  
 Sobre el mundo desierto, que se eriza  
 Con humos blancos y corceles negros.

Un instante se inclinan los valientes:  
 Tendido tienen el fusil certero  
 Y los envuelve, cual glorioso manto  
 El foganazo, la humareda, el trueno.

Y así como los aires tempestuosos,  
 Escuadrón de ginetes va corriendo;  
 Apenas tocan los ferrados cascos  
 El polvo que se eleva en su sendero:  
 Matamoros los manda, los persigue  
 Con su ojo azul entre el terrible estruendo:  
 Y está cual semi-dios entre los suyos  
 En el triunfo pensando de los buenos.

La crin al aire, llameando el ojo,  
 Abierta la nasal, tascando el freno.  
 Va el caballo fugaz como la sierpe  
 Que se perdiera entre el follaje espeso:  
 Y va el jinete con su cuerpo echado  
 Sobre el bruto; el rendaje lleva suelto  
 Y grita de furor, y delirante  
 La espada oprime entre sus duros dedos.  
 Llegaron como un nudo que se aprieta,  
 Estrechándose van contra el ibero,  
 Por más que éste derrama en torno suyo  
 Sangre y sangre á los golpes de su hierro.

Pero el convoy avanza: no detienen  
 Su paso los soldados ni un momento:  
 Corriendo van, y en el espacio queman  
 De su fusil el inflamable cebo.

La lucha sigue, la humareda sigue,  
 Cruzan el llano aún los extranjeros,  
 Aún ruedan los heridos: está llena  
 La tendida llanura con los muertos.

Pero el jefe ha ordenado, y á su frase  
 Retroceden los libres, y los fuegos  
 De sus cañones van saltando entonces,  
 De entre sus filas cual chacal hambriento.

Empúñase la espada matadora,  
 Llamean con el sol los curvos hierros,  
 Y cruza pavoroso en el espacio,  
 El grito de la muerte, el "á degiello."  
 ¡Ah! los rojizos charcos se han formado!  
 ¡Las cabezas se arrancan de los cuerpos!  
 Es que surcan el aire los cuchillos,  
 Fugaces, sí, pero con sangre llenos!

Corcel herido sobre muertos pone  
 Su pezuña nerviosa, y en el suelo  
 Riega sangre también que hacha filosa  
 Hizo salir de su venoso cuello.

Perdido corre en el enorme llano  
 Entre el polvo que flota siempre denso  
 Y tembloroso, en el espacio lanza  
 Loco relincho de dolor siniestro!

Y así la lucha sigue: el sol en vano  
 Al Zenit, silencioso va ascendiendo  
 Como el romano, que en el monte mira  
 Gozoso destrozándose á los pueblos.

Mas luego arrojan el cuchillo roto  
 Los terribles soldados, sin aliento:  
 Y extraviados los ojos, van perdidos,  
 Como el torpe huracán sin derrotero.

Así la tempestad: brama iracunda  
 Sobre la mar con su clamor horrendo  
 Mas luego se deshace: huyen las olas  
 Como huyen en el llano los dispersos.

#### IV.

Triunfó la libertad! Gloria, insurgentes!  
 Mirad al enemigo por fin muerto;  
 Mirad el llano á la postrer vislumbre  
 Del sol, que va al ocaso descendiendo.

América, loor! Bendita seas,  
 Virgen que entre los mares y hasta el velo  
 De las nubes, erguiste tu alba frente  
 Con clara frase libertad pidiendo!  
 América, loor! Himnos te entone  
 Con voz audaz el incansable viento,  
 Que en el espacio como rey salvaje  
 Alzó atrevido su aduar espléndido.

Y que cante también á los patriotas  
 Y que repita los heroicos hechos  
 De aquellos hombres que te hicieron libre,  
 Los que la espada para tí blandieron.

Matamoros, Aquiles de la guerra,  
 En el llano glorioso te contemplo,  
 Y á tu memoria un armonioso canto  
 Vino un instante y conmovió mi pecho.

Hay al Oriente del tendido llano  
 Un monte, que se eleva como un genio,  
 Y tiene en lo alto reclinada siempre  
 Su blanca sien de deslumbrante hielo.

Es el Citlaltepetl; pero, ésa tarde  
 Dijérase que estaba sonriendo  
 Desde su alcázar de nevadas peñas,  
 Al triunfador teniente de Morelos.

Y la tarde, esa dulce enamorada  
 Que se sienta en el borde del desierto,  
 También miraba al atrevido atleta  
 Desde el linde del ancho firmamento.

EZEQUIEL A CHAVEZ.

---





## LA GENERALA.

(Antonia Nava de Catalán.)

### I

¿Qué buriles grabarían,  
ni qué colores pintaran,  
ni qué mármoles ó bronces  
á representar alcanzan  
para las generaciones  
venideras, las hazañas  
de los héroes que murieron  
por defender á su patria,  
y cual tributo debido  
nuestra gratitud reclaman.....?

No en libros, telas ni bronces,  
ni humildemente cantadas  
por medianos trovadores  
deben ser cosas tan altas.....  
dentro de los corazones  
culto debemos de dárlas,  
y para asombro de todos  
y para edades lejanas,  
un Homero debería,  
de su genio con las galas,  
cantar como se merecen  
unas proezas tan magnas.

## II

Sitio.... la montaña enhiesta...  
 un pueblo sin importancia  
 escondido en un repliegue  
 de la sierra de Xaliaca,  
 ó Tlacotepec....—Guerrero....  
 Estrechamente sitiada  
 por las fuerzas virreinales,  
 defiende el pueblo una escasa  
 fuerza de tropa insurgente  
 que, sin esperanza, aguarda  
 tranquilamente el desastre  
 sin rendir la débil plaza.....

El puñado de valientes,  
 Nicolás Bravo comanda.....  
 El hambre extrema el peligro,  
 y en lucha tan desastrada,  
 va muchos de los sitiados  
 se destemplan y amilanan,  
 y en la rendición empiezan  
 á poner una esperanza.....

Bravo, el "humano", venciendo  
 su natural repugnancia,  
 para que otros se alimenten  
 y guardar puedan la plaza,  
 se resuelve al sacrificio  
 de algunas vidas, y manda  
 diezmar al valiente grupo.....

A obedecer se adelanta  
 don Nicolás Catalán,  
 cuando doña Antonia Nava  
 su consorte, y Catalina  
 González, otra preclara  
 patriota y amiga suya,  
 se presentan y declaran:

"General: aquí venimos  
 en clase de voluntarias.....  
 ya encontramos la manera  
 de servir á nuestra patria.....

verdad es que no servimos  
 para manejar las armas;  
 pero pueden nuestros cuerpos  
 convertidos en pitanza,  
 sostener á los valientes  
 defensores de esta plaza.....  
 Hélos aquí... destrozadlos...  
 y en raciones se repartan  
 sin perder un solo instante....!  
 y acercando al seno un arma,  
 hizo á desgarrarse el pecho,  
 pero muchas manos, rápidas  
 detuvieron aquel brazo,  
 á la vez que vitoreaban  
 heroísmo tan sublime....  
 y echando mano á las armas  
 después, hombres y mujeres  
 con grande arrojo peleaban,  
 y casi todos murieron;  
 pero sin rendir la plaza.

### III

Más tarde, aquella heroína,  
 esa doña Antonia Nava,  
 á quien la tropa insurgente  
 llamaba la Generala,  
 y de Cornelia en el molde  
 seguramente vaciada,  
 estando frente á Morelos,  
 á tiempo que contemplaba  
 de un deudo el cadáver yerto,  
 víctima de los de España  
 y ex-tambor de un regimiento,  
 cuando el gran caudillo trata  
 de consolarla en su pena,  
 ella se iergue y exclama:  
 "No vengo á llorar la muerte  
 de mi deudo, que á Dios gracias  
 murió su deber cumpliendo....

vengo á entregar á la Patria  
 cuatro hijos que me quedan;  
 tres, pueden tomar las armas...  
 el chico, será tambor,  
 y así cubrirá la plaza  
 del muerto.....!

¡Cuánta grandeza....!  
 ¡Cuánta elevación de alma...!  
 ¿Qué buriles grabarían,  
 ni qué colores pintaran,  
 ni qué mármoles ó bronces  
 á representar alcanzan  
 para futuras edades  
 tan portentosas hazañas.....?

Sólo un Homero podría,  
 de su genio con las galas,  
 pintar como ellas merecen  
 acciones tan levantadas!

JUAN N. CORDERO.

Xalapa, Julio 1910.



## HAZAÑA DE MIER Y TERAN

---

### I

¡Cuántas vidas extinguidas!  
¡Cuánta sangre derramada,  
Que humeante enrojeciera  
El suelo de Nueva España!  
La sangre de aquellos héroes  
Era sangre inmaculada  
Que á torrentés fué vertida  
En las aras de la Patria,  
Fué fertilísimo abono,  
Que otros seres engendrara,  
Seres valientes y activos,  
Seres de virtud preclara,  
Que denodados y dignos,  
Mártires de causa santa,  
Despreciaron los peligros,  
Y llenos de fe y constancia,  
Sintiendo arder en sus pechos  
Del patriotismo la llama  
Por lograr la independencia  
De la tierra mejicana  
Dieron pruebas de bravura,  
De arrojo y valor sin tasa.

### II

¡El vaticinio cumplido....!  
Hidalgo, con grande calma,  
Al iniciar su gran obra

Dijo: "La suerte está echada,  
 Pagaré con mi cabeza,  
 Empresa de tanta audacia;  
 mas ya sembré la semilla,  
 Llena de vigor y savia,  
 Que con todos sus esfuerzos  
 No podrá arrancar España."  
 Y así fué: el heroico cura  
 Vió su existencia segada  
 Y mil y mil perecieron  
 En la lucha sacrosanta;  
 Mas su fecundante sangre  
 Que nuestros campos regara,  
 Hizo brotar nuevos frutos  
 De fuerza y potencia raras.

### III

En mil ochocientos once,  
 Por el rumbo de Oaxaca  
 Unido á los insurgentes,  
 Mier y Terán se encontraba.  
 Coronel de artillería  
 Y muy experto en el arma,  
 Que el triunfo había de obtener,  
 Con seguridad juzgaba.  
 Pequeñas escaramuzas,  
 Reflejo de una batalla  
 Unas tras otras venían;  
 Mas en la lucha tan ardua  
 Comprendían los insurgentes  
 Que no obtenían gran ventaja;  
 Pero un hecho inesperado  
 Vino á enardecer las almas  
 Y á realizar, algún tanto,  
 Sus ardientes esperanzas.  
 Alvarez, en esos días,  
 A Oaxaca gobernaba  
 Y con mucha artillería  
 Víveres y tropa brava,  
 Sin vacilación dispone

Sitiar á Silacayoapan  
 ¡Qué va á ser del insurgente....!  
 ¡Defiende una noble causa....!  
 ¡Siente el valor en su pecho,  
 Pero le faltan las armas!  
 ¡Sus víveres son escasos;  
 Sus pertrechos, polvo, nada;  
 Mas cuando el valor alienta,  
 Cuando se siente en el alma  
 Un sacro y noble ardimiento  
 Por una idea noble y santa,  
 ¡El ingenio se despierta;  
 La inteligencia se aclara!

## IV

Sesma está muy preocupado.  
 El era quien comandaba  
 Al puñado de valientes  
 Que á su lado peleaban,  
 Por lograr la independendia  
 De México, de su patria....  
 Piensa, medita, cavila,  
 Se agita en terribles ansias,  
 Hasta que al fin se dirige  
 A Mier y Terán y le habla:  
 —¡ Coronel! ¡ Esto es seguro!  
 ¡ Los españoles nos matan!  
 ¡ Nos destrozan, nos abruman!,  
 ¡ Con su fuerza nos aplastan!

.....  
 Por los labios de Terán  
 Ligera sonrisa vaga:  
 —Es claro, mi general,  
 Con cierta firmeza exclama,  
 Seguro es que perderemos,  
 Con notable desventaja.  
 ¡ Tienen buena artillería  
 Y la artillería es muy brava!

.....

A su vez sonrióse Sesma  
 Y mirándole á la cara,  
 Casi exaltado, frenético,  
 Con la vista demudada,  
 No contra él, sino al sentir  
 De la impotencia la rabia,  
 Dice: ¡Adivinad un medio!  
 ¡Buscadlo sin más tardanza!

.....  
 Terán vuelve á sonreír  
 Y dice con gran cachaza:  
 —Sólo un medio, sólo uno,  
 Mi pobre saber alcanza!  
 —¿Y cuál es? ¿Lo adivinásteis?  
 ¡Si nó, callad que ya basta!  
 —... ¡Quitarles la artillería!  
 —¡Pues bonita adivinanza!

## V

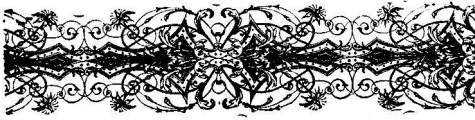
La noche está tenebrosa,  
 Noche de profunda calma,  
 Pues aunque nubes espesas  
 Ocultan la faz de Diana,  
 Cual si de intento lo hicieran  
 Por una sublime causa,  
 No se escuchan más rumores  
 Que el viento que en la enramada,  
 Se desliza placentero,  
 Cual si infundiera en las almas  
 Algo sublime y grandioso,  
 No envidia, emulación santa,  
 Por llegar á conseguir  
 La libertad anhelada....  
 ¡Ahí van los insurgentes!  
 Débiles son sus pisadas.  
 No interrumpen el silencio  
 De esa noche memoranda.  
 El campamento enemigo  
 Se encuentra en completa calma.

De la gran artillería  
Un capitán es el guarda  
Y no piensa en el peligro  
Que la suerte le depara.  
De súbito.... clamoreos,  
Gritos, golpes, cuchilladas,  
Interrumpen el silencio  
Y comienza la matanza.....  
Las nubes se retiraron  
Y, al final de la jornada,  
La luna iluminó el campo  
Con su luz plácida y blanca.  
Los insurgentes triunfantes  
Quieren seguir la batalla....  
¡No queda un solo enemigo!  
¡La artillería está tomada!

**EMILIO DE ARRIOLA.**

---





## ALBINO GARCIA.

---

Era terror del Bajío  
El manco Albino García,  
Gran jinete machetero  
Hasta perderse de vista;  
De tan agudo chirúmen,  
Tal travesura y tal chispa,  
Que le llamaban las viejas  
El coco de los realistas.  
Era como de fantasmas  
Su temeraria guerrilla;  
Ya furibunda atacaba,  
Ya fugaz desaparecía,  
Cual si de brujas y duendes  
Se compusieran sus filas.  
Sus cureñas y cañones  
De resorte parecían,  
Como que iban en las bolsas  
De su entusiasta guerrilla.  
Los atormentados pueblos  
Su tránsito conocían  
Por los rastros del incendio,  
La orfandad de las familias,  
Y los muertos insepultos  
Que quedaaban en las ruinas.  
De Negréte y García Conde  
Las tropas le perseguían;  
Ya en San Miguel se les pierde  
Ya se alcanzan en Yuriria,

Y ya al tocar Irapuato  
 Resienten sus embestidas.  
 García Conde fatigado,  
 Deja de seguir su pista,  
 Y á Iturbide le encomienda  
 Que al guerrillero persiga.  
 Iturbide se disfraza,  
 Se finge Pedro García  
 Hermano carnal de Albino,  
 Y que á darle auxilios iba.  
 Entra al valle cauteloso,  
 Estalla la gritería,  
 Despiertan en la matanza  
 Los que tranquilos dormían;  
 Resistir quieren en vano;  
 Preso está Albino García,  
 Y orgulloso, alborozado,  
 Rebosando en alegría,  
 En pelotón á las tropas,  
 Del guerrillero fusila.

## II.

Con poderosa custodia,  
 Sin armas, y bien sujeto,  
 Camina con Iturbide,  
 Albino, á Celaya preso.  
 García Conde, enajenado  
 De regocijo al saberlo,  
 Y dando á su desahogo,  
 Colorido de grotesco,  
 Mandó formar á sus tropas,  
 Ordenó repique á vuelo,  
 Le hizo irónicos honores,  
 Pero poco satisfecho,  
 Frente al balcón de su estancia  
 Le llevaron con apremio.  
 Allí el vencedor terrible  
 Se desató en improperios,  
 Entre los gritos salvajes

Y los aplausos del pueblo.  
Albino marchó al cadalso,  
No arrogante, sí sereno;  
Besó al confesor la mano,  
Dirigió la vista al cielo,  
Y á la multitud curiosa  
Se encaraba con desprecio,  
Cuando se escuchó vibrante  
La terrible voz de "¡fuego!"

GUILLERMO PRIETO.

---





## EL PACHON.

---

Bustamante está acampado  
En el Cristo y Santa Mónica,  
Y ocupan Atzcapotzalco  
De la vanguardia las tropas.  
Desde allí se oyen las voces  
De la división de Eldorza,  
Y se ve al mayor Buceli  
Con las fuerzas españolas.  
Todo parece pendiente  
De los Tratados de Córdoba  
Que mientras se oyen razones,  
Las armas están de sobra.  
Los soldados, impacientes,  
Entre tanto se provocan,  
Y los bravos de Codallos  
Hasta Atzcapotzalco tocan,  
Entre avances y disparos  
Del audaz don Lino Alcorta.  
Con los músicos de Murcia  
Enfurecido se choca,  
Que desertan de la orquesta,  
Arremeten y alborotan.  
Oye del cañón el trueno  
Desde Tacubaya Concha,  
Y con sus fuerzas acude  
Atravesando las lomas.  
Alístase Bustamante,  
Y, precavido patriota,

Ordena una retirada  
 Tranquila, pero juiciosa.  
 La retaguardia acuchillan  
 Intrépidos los de Concha,  
 Que traducen como miedo  
 Lo que de prudencia es obra.  
 Entonces, enfurecidos  
 Vuelven riendas los patriotas:  
 “¡A ellos!”—grita Bustamante,  
 “Fuego” las trompetas tocan,  
 Y los soberbios corceles  
 Como el huracán se arrojan  
 Sobre las terribles filas  
 De las fuerzas españolas.  
 Horror, y muerte, y gemidos  
 Envuelven las negras sombras:  
 Y la batalla se acrece  
 Más intensa y más rabiosa.  
 De Atzacapotzalco en el templo  
 Están las fuerzas de Eldorza;  
 De Bustamante los bravos  
 Las ciñen y las acosan.  
 En medio de la refriega  
 Y entre la lid congojosa,  
 Se hunde en el lodo pesado  
 Un cañón de los patriotas.  
 Allí mil lides se traban,  
 Le pierden y le recobran;  
 Y ya ¡viva Bustamante!  
 Se escucha, ó vivas á Concha.  
 “El Pachón” la lid decide;  
 Sólo, erguido, ardiendo en cólera,  
 A la pieza se abalanza,  
 En brazos casi la toma,  
 Despedazando á su paso  
 Cuanto obstruye y cuanto estorba:  
 Y cuando ya victorioso  
 Se alza y grita con voz ronca  
 “¡Que viva la Independencia!”

Como anuncio de victoria,  
Cien balas rompen su seno  
Cortando su voz fogosa  
Y una vida, cuyos hechos  
Justa la fama pregona.  
Del Valiente Bustamante  
Vitores gritan las tropas,  
Mientras en tropel se alejan  
Los batallones de Concha,  
Ocultándole á Novella  
Su despecho y su derrota.  
De Bustamante fué el nombre,  
Mas fué del Pachón la gloria.

GUILLERMO PRIETO.





## Prisión y muerte de Matamoros

---

### I.

Tras de cercados de piedras  
Que al tocarlas se estremecen,  
Los derrotados patriotas  
Contra Llano se hacen fuertes.  
Llano dispone que Orrantia,  
Con su tropa floreciente  
Y con cañones tremendos,  
Ataque á los insurgentes...  
Estos le rompen el fuego,  
La batalla se enfurece,  
Mas los cercados de piedra  
Con el cañón se conmueven  
Y se tornan en metralla  
Al abatirse y romperse.  
El tumulto de dispersos  
Quiere abalanzarse á un puente  
Estrecho que rompió el río  
Con empuje de torrente.  
Allí consúmanse horrores  
Que espantan y que estremecen.  
Bravo y Galeana se salvan,  
Sólo á Matamoros vése  
Reluchando con las olas  
Y alentando á sus valientes ;

Pero un soldado, Rodríguez,  
 Desde un vado le acomete,  
 Y de allí preso le llevan,  
 Como en triunfo, esbirros crueles,  
 Y á Valladolid camina,  
 Donde le espera la muerte.  
 Morelos, en salvo, escribe,  
 A un amigo que bien quiere:  
 "Nos queda algo de Morelos;  
 "Dios entero nos protege."

---

 II.

Digna y serena la frente  
 Que ciñe el rubio cabello;  
 Es el color de sus ojos  
 Como esperanza en el cielo;  
 Con el paso mesurado,  
 Y tan firme cual modesto;  
 En la diestra un Crucifijo  
 Que estrecha contra su pecho,  
 Entre insolentes soldados  
 Que cuasi insultan al preso;  
 En medio de inmensa turba  
 Que embarga mortal silencio,  
 Va marchando Matamoros  
 En Valladolid el bello,  
 Hasta tocar de su plaza  
 En el despejado centro,  
 Donde le espera el suplicio  
 Como á furibundo reo.  
 Ni un suspiro, ni una queja  
 Interrumpieron el rezo  
 Con que el noble sacerdote  
 Aclamaba al Sér Eterno;  
 Pero en torno de su frente  
 Volaban nobles recuerdos  
 De bravura y patriotismo,

De gloria y de heróico estuerzo.  
 Ese pecador contrito,  
 Es el mismo que en un tiempo  
 El confin de Guatemala  
 Sembró de inmortales hechos;  
 Esa diestra en que hace peana  
 De la Cruz del Sér Excelso,  
 Es la que en Cuautla, empuñando  
 Resuelta el terrible acero,  
 El orgullo de Calleja  
 Hizo que besase el suelo.  
 Esa frente, que las sombras  
 De eternidad van cubriendo,  
 Es del ínclito caudillo  
 Que del Palmar entre el fuego  
 Descollando se mostraba  
 Aterrando á los iberos.  
 Como señor absoluto  
 De la tormenta y el trueno.

No importa que el artificio  
 De algún impostor rastrero  
 Le finja retractaciones  
 Y llame á sus glorias yerros:  
 La Historia, justa y severa,  
 Le tiene asignado un puesto.  
 El del gran Morelos brazo,  
 El del patriotismo, aliento,  
 El de la virtud dechado,  
 Flor de oro de los guerreros,  
 Va caminando al suplicio  
 Recogido y circunspecto;  
 Solamente sus verdugos,  
 Que son verdugos del pueblo,  
 Se acercaron: Matamoros  
 Toma en su mano un pañuelo,  
 Con que se venda los ojos  
 Con pulso firme y sereno.  
 Le forma cerco la tropa,  
 Levanta la frente el reo,

Se oye preparar las armas,  
Y una voz exclama: "¡¡Fuego!!"....  
La Historia, en la hirviente sangre  
Empapó llorosa el dedo,  
Y en los fastos de Calleja  
Escribió "Tres de Febrero."

GUILLERMO PRIETO.

---



## AYALA Y SUS DOS HIJOS.

---

En apartado aposento  
De la hacienda de Temilpa,  
En limpio catre de lona  
Y tras de blancas cortinas,  
Está don Francisco Ayala,  
Picsa de fiebre maligna,  
Luchando por levantarse  
Para perseguir realistas.  
Al verle mudo é inerte,  
¿Quién pensara, quién diría  
Que era el mismo que tremendo  
Blandió su espada temida  
En Mapaxtlán, destrozando  
A las fuerzas enemigas?  
¿Quién que era el rayo terrible  
Que en Nenecuilco teñida  
Dejó en sangre la vereda  
Que le abrió su espada invicta?  
Triste se halla y silencioso,  
Con dos hijos que le cuidan,  
Y con cuatro amigos fieles  
Que componen su familia.  
De pronto se abre una puerta,  
Y una voz despavorida,  
Con tono inquieto de alarma  
Y muy temblorosa, grita:  
“Alto, señor don Francisco,  
“Señor don Francisco, arriba,

"Que aquí llegan los de Armijo  
 "Sedientos de vuestra vida,  
 "Como el Cura Matamcros,  
 "Os trasmitió la noticia."  
 Don Francisco, levantando  
 La cabeza, en voz tranquila,  
 "Bien, aquí los esperamos,"  
 Indiferente replica,....  
 Y se viste, y sosegado  
 Por una ventana mira.  
 "¡Hola! vienen los de Armijo  
 "Con infernal vocería."  
 Ayala cierra las puertas,  
 Las refuerza y fortifica,  
 Y denodado y ardiente  
 Para la lucha se alista.  
 Corriendo llega la tropa,  
 A España gritando vivas,  
 Y la lucha que comienza  
 Por momentos se encarniza.  
 Vése Ayala, cual leona  
 Con sus cachorros, y herida,  
 Presa de feroz jauría,  
 Que acomete y se retira,  
 Dejando rastros de sangre,  
 Tras de cada tentativa.  
 Ayala mira á sus plantas,  
 Luchando con su agonía,  
 Dos de sus fieles amigos  
 Que quieren luchar y espiran.  
 La furia crece, las puertas  
 Crujen, despidiendo astillas;  
 Ayala alienta á sus hijos  
 Y fijándoles la vista,  
 Advierte que con su sangre  
 Ambos perdieron las vidas.  
 A ellos apunta furioso,  
 Sólo un amigo tenía,  
 Y se levantaba erguido,  
 Como en bravo mar se mira

Alzándose la bandera  
 De una nave ya perdida.  
 Por fin, queda solo Ayala,  
 Y así temerario lidia.  
 Falta á sus armas el parque;  
 La espada empuña con ira. . . .  
 En esto ceden las puertas,  
 La tropa se precipita,  
 Y al héroe ciñen cordeles,  
 Le ultrajan y martirizan.  
 Armijo marcha contento  
 Con una presa tan rica,  
 Y de San Juan en el pueblo  
 Que con Yautepec colinda,  
 Tras de belicosa farsa  
 Al prisionero fusila,  
 Y manda que su cabeza  
 Quede a un árbol suspendida,  
 Y también las de sus hijos  
 Que le forman compañía.  
 Y así, al resoplar el viento,  
 Las cabezas se movían  
 Cual buscándose; las gentes  
 Abandonaban la vía,  
 Signándose, y maldiciendo  
 A los feroces realistas.

GUILLERMO PRIETO.

---





## LOS INDIOS DE MEXCALA.

---

En medio al mar de Chapala,  
Mar olvidado en la tierra,  
Mar huérfano, coronado  
De pueblos y sementeras,  
Está la isla de Mexcala,  
Tan graciosa y tan esbelta  
Como la fábula pinta  
Las seductoras Nereidas.  
Si la acarician las brisas,  
Las blandas olas la besan,  
Y orgullosa se levanta  
Dominando las tormentas,  
Desde su peana de rocas  
Que entre las olas descuella.  
Allí, á su modo, los indios  
Proclaman su independencia,  
Y á sus fieros opresores  
Invencibles escarmientan.  
Herido Cruz en su orgullo,  
En Guadalajara ordena  
Que á los indios mexcaleros  
Se haga furibunda guerra.  
Ya se disponen valientes,  
Ya embarcaciones se aprestan,  
Ya el estampido del trueno  
Horror y venganzas siembra.

Linares surca las aguas,  
 Frente de Mexcala llegan,  
 Y la isla triste, de pronto  
 Se mira como desierta;  
 Mas de repente, en las aguas,  
 Voces humanas resuenan,  
 Y canoas numerosas  
 Que van de gente repletas,  
 A las tropas españolas,  
 Anonadan y escarmientan.  
 Tiñese de sangre el agua,  
 La horrible matanza arrecia,  
 Y cuando alumbra un sol nuevo,  
 No halla del desastre huella.  
 Cruz, que supo la derrota,  
 Brama como herida fiera,  
 Y un papel manda á los indios  
 Que es de muerte su sentencia:  
 Allí les reprocha airado,  
 Allí amaga, allí condena,  
 Y concluye con decirles,  
 En ira ardiendo y soberbia:  
 "Si no os sometéis humildes,  
 "Si me negáis obediencia,  
 "Veréis correr mucha sangre,  
 "Y esa será sangre vuestra."  
 Atentos oyen los indios  
 La fúrpica tremenda,  
 E instados á que respondan,  
 El que la palabra lleva  
 Responde con grande calma  
 Y con expedita lengua:  
 "Señor, que corra la sangre,  
 "Al fin y al cabo es la nuestra."

GUILLERMO PRIETO.

---



## TRUJANO.

---

En el rancho de la Virgen,  
De Tepeaca á media legua,  
Aislado y como perdido,  
En las llanuras inmensas,  
Está Valerio Trujano  
Esforzando su defensa.  
Le acometió Samaniego  
Con cuatriplicada fuerza;  
Pero él, que para la lucha  
Sus enemigos no cuenta,  
Resiste, mata y destroza,  
Redoblando su entereza.  
Veinte horas, y más de veinte,  
Dura la lucha sangrienta,  
Hasta que al fin Samaniego,  
Con el alma de ira ciega,  
Por todas partes el rancho  
Con combustibles incendia.  
La lid sigue entre las llamas,  
Y de humo entre nubes densas,  
Se oyen hondos alaridos  
De los que heridos se queman.  
Se hunden tronando los techos  
Y se desgajan las piedras  
Los cuerpos de moribundos  
Con lienzos de pared ruedan.  
Trujano, entre los horrores  
De la catástrofe, impera.

Sereno, terrible, augusto,  
 Del valor con la grandeza.  
 Al fin las llamas se extienden,  
 Al fin, el fuego se arrecia,  
 Y la asfixia diezma gente,  
 Que muere, y no en la pelea. . .  
 "Salgamos," dice Trujano,  
 Al derrumbarse una puerta;  
 Y entre llamas y entre escombros,  
 Arrollando cuanto encuentra,  
 Como torrente de lava  
 Cuando ígneo volcán revienta,  
 Se precipita Trujano  
 Venciendo la resistencia;  
 Y cuando más empeñados  
 Sus enemigos le cercan,  
 Vió que se quedaba su hijo  
 De las llamas siendo presa.  
 Se vuelve, entonces le hieren,  
 Sigue peleando pie á tierra,  
 Y á herirle tornan de nuevo,  
 Y por reluchar se esfuerza.  
 Su sangre corre á torrentes,  
 Vacila un punto y flaquea,  
 Y viéndole derribado  
 La furiosa soldadesca,  
 Su cadáver despedaza  
 Y con sus restos se ceba.

---

Así pereció Trujano,  
 De heroismo dando pruebas,  
 Y así orgullosa la Patria  
 Su memoria recomienda,  
 Para que de otras edades,  
 Modelo y ejemplo sea.

GUILLERMO PRIETO.



## EL FUERTE DEL SOMBRERO

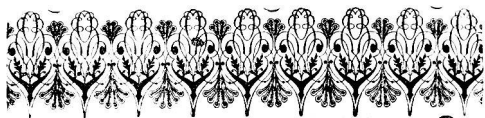
---

Tras de asaltos espantosos  
Y tras de choques sangrientos,  
Liñan ordena que sitien  
Ese Fuerte del Sombrero,  
Amparado por fantasmas,  
Defendido por espectros.  
Del hambre se oye en la sombra  
Discurrir el esqueleto,  
Y la sed á la demencia  
Abandona el campamento.  
Veneno corre en el aire  
Con el hedor de los muertos,  
Y las madres á sus hijos.  
Tienen sin vida á sus pechos.  
Mas cada vez que el realista  
Osado nutre sus fuegos,  
Se revive el entusiasmo  
Retumba en el Fuerte el trueno,  
Y los de Liñan se alejan.  
Llenos de horror y despecho;  
Mas como buque averiado  
Poco á poco váse hundiendo,  
Aunque marinos audaces  
Hagan hercúleos esfuerzos.  
Mina logra una salida,  
Grandes peligros venciendo,  
Para conducir socorros,

Con temerario denuedo.  
Queda Young mandando el Fuerte,  
Que es heróico caballero:  
Liñan dispone el salto  
Con las furias del infierno.  
Corre la sangre á torrentes,  
Alza su llama el incendio;  
A Young arranca una bomba  
La faz de sobre del cuello.  
En un momento terrible,  
En un momento supremo,  
Hay torrentes de peñascos,  
Hay proyectiles de muertos,  
Hay escenas que conturban  
Y espantan al mismo infierno:  
Liñan dispone el asalto  
Y su triunfo le da miedo,  
Porque es su triunfo entre escombros  
Y entre despojos sangrientos.  
Humillado, furibundo,  
De sí mismo sin respeto,  
Manda fusilar heridos,  
Que al sepulcro van contentos,  
A los fieros vencedores  
Al espirar maldiciendo.

GUILLERMO PRIETO.

---



## LA TOMA DE LA ROQUETA

---

### I

Aun del sitio de Cuautla resonaban  
En nuestros aires los gloriosos ecos,  
Cuando ya de Acapulco en la bahía  
Atacaba el castillo de San Diego,  
Aquel campeón invicto, que la historia  
Designa con orgullo, el gran Morelos.  
Tras rudo batallar, la ciudad bella  
Que á ese fuerte llevaba mil refuerzos,  
Sujeta está á la voz de aquel caudillo  
Que siempre tuvo de la gloria el cetro;  
Mas se levantan á pesar de todo,  
Del castillo los muros altaneros;  
Porque á su defensor buques hispanos  
Prodigan municiones y alimentos.

.....  
Sobre una alfombra de tupida grama,  
Bajo el azul del esplendente cielo,  
Junto al mar, rumoroso, que las costas  
Tranquilo con su espuma va lamiendo,  
Están los hombres que en su mente fraguan  
De futuras victorias, cien proyectos.  
Es de la libertad fulgente rayo,  
Morelos, de esos hombres el primero;  
Galeana es el segundo, el que llevaba  
El triunfo siempre en su cortante acero.  
Y pensando el caudillo en la manera  
De tomar ese fuerte gigantesco,

“Es necesario, dice, al enemigo  
 “Más estrecharlo con terrible asedio,  
 “Impidiendo la entrada de Acapulco  
 “Con el cañón de fulgurante trueno.  
 “No lejos de las playas se levanta,  
 “Cual de granito formidable espectro,  
 “Abrupto islote que domina altivo  
 “De la rada la boca con sus fuegos.  
 “Vé Galeana; tomando ese peñasco,  
 “perderán la esperanza los iberos,  
 “Y aislados ya del mar y de la tierra  
 “La bocana y el fuerte serán nuestros.  
 “Del islote en la cumbre, los laureles  
 “Entrelazan coronas para aquellos  
 “Que el triunfo obtengan en la cruda lucha  
 “Que contra los realistas sostenemos.”  
 —“ Iré, señor—responde á esas palabras,  
 “Galeana Hermenegildo, el gran guerrero;  
 “Si no logro rendir ese peñasco,  
 “Para mí el sol no lucirá de nuevo.”

## II

Aspera y triste peña que salvaje  
 La mar soberbia sin cesar azota,  
 Enhiesta se levanta, circuida  
 Por las revueltas aguas bramadoras.  
 Por uno de los flancos, se percibe  
 Una ancha quiebra de ascensión penosa  
 Desde la cual la rada de Acapulco  
 Guardada está por huestes españolas;  
 Y por el otro, inabordable, altiva,  
 Se eleva vertical la aguda roca.  
 En sus escasas y cortadas grietas,  
 Sólo anidan alciones y gaviotas,  
 Que espantadas sacuden su plumaje  
 Cuando la espuma de la mar lo moja  
 Con su tridente; á veces conmoviendo  
 El dios del mar, las agitadas ondas,  
 Con ronco rebramar, las precipita  
 Contra el muro infranqueable, temblorosas;  
 Y estrellando esas aguas turbulentas.

En penachos de espuma las transforma,  
 Que al deshacerse en lluvia de diamastes  
 Con su ardiente fulgor el sol colora.

.....  
 La Roqueta es el nombre de esa peña  
 Que natura defiende con las olas  
 Y que hacia el flanco del declive abrupto,  
 Custodian del cañon las negras bocas!  
 Tal es el agrio islote que Galeana  
 Con un puñado de hombres tomar osa:  
 No tiene naves, pero tiene un pecho  
 Que valeroso siempre todo arrostra.

### III

Siniestras nubes que del cielo inmenso  
 oscurecen la faz, al ir volando  
 Cual fantasmas negrísimos se mecen  
 De la Roqueta sobre el pico helado.  
 Pasa rugiendo el huracán terrible,  
 Y al chocar contra el muro del peñasco,  
 Convoca los furores de Neptuno  
 Que el devorante fuego reta airado.  
 Su antorcha entonces la borrasca enciende,  
 Y alumbrá temblorosa y á intervalos,  
 Lívida luz, que en medio de las sombras  
 Marca la roca con perfiles vagos.  
 Ruge la mar, alzándose en montañas,  
 Y silba el huracán, y truena el rayo:  
 Mientras tres barcas silenciosas vuelan  
 Hacia el islote inaccesible y bravo

.....  
 Al fulgor del relámpago que surca  
 Plomizas nubes cual un ígneo arado  
 Junto á la abrupta roca donde tiene  
 El terror su aposento solitario;  
 Aquellas barcas sin cesar oscilan  
 Con el vaivén horrible del océano.  
 Sobre ellas, con las aguas luchan hombres  
 Que á los titanes tienen por hermanos,  
 Y que acaudillan dos audaces génios,  
 Que dejan solo glorias á su paso.

Son los Galeanas . . . . A la roca llegan,  
 Intentando un ascenso sobrehumano,  
 A la empinada cresta del islote  
 Donde estrella sus ráfagas el Austro,  
 Para caer después cual avalancha,  
 Que arrastra todo con empuje raudó.  
 Envolviendo á las tropas de la cuesta  
 En fuego, sangre, destrucción y espanto.

## IV

Las manos adheridas á la roca,  
 Los pies desnudos sobre frágil barca,  
 La pistola sujeta á la cintura  
 Y entre los dientes la cortante espada;  
 Tal al pié de la peña rudo atleta  
 Forma el primer peldaño de una escala;  
 Sobre el erguido cuerpo de ese hombre,  
 Otro titán, grandioso se levanta,  
 Y otro sobre él mientras las ondas rugen  
 Y brilla el luminar de la borrasca;  
 Los ensordece el trueno de los rayos  
 El huracán terrible los ataca,  
 Los elementos todos los persiguen,  
 Mas... ¿quién al genio un "hasta aquí" le marca?

.....  
 ¡Mirad! . . . . Sobre esa escala portentosa  
 Que hacen temblar las ondas encrespadas,  
 Firme y tranquilo un hombre va subiendo,  
 De cuyos ojos se desprenden llamas:  
 Ya está en la cresta de la aguda roca  
 Como águila caudal en su morada;  
 Mientras siguen subiendo otros atletas  
 Que el pico sin temor raudos alcanzan.  
 Pablo Galeana, el joven más gallardo,  
 Vigoroso tras ellos luego avanza,  
 Sin temblor en el pecho de diamante,  
 Toca el frágil peldaño con la planta;  
 Mas..... cuando llega al último, las ondas  
 Rudas agitan la escalera humana;  
 Tiembla con fuerza, y en seguida el vértigo  
 Con un ¡ay! al océano un hombre lanza.

El apuesto mancebo, bruscamente  
 Logra subir al fin.....Mas ¡suerte aciaga!  
 Roto ya de su cuerpo el equilibrio  
 Caer hacia el flanco, despeñado baja:  
 Pero al llegar al campamento ibero,  
 Cual un meteoro que cayendo estalla;  
 El espanto difunde por do quiera,  
 Con audacia gritando..... ¡Galeana!  
 Entretanto, el valiente Hermenegildo  
 Renueva esa subida, no igualada,  
 Lanzando luego, cual tonantes rayos  
 Bravos campeones de certeras armas:  
 Entonces!..... tiembla el corazón ibero,  
 Y rinde sin valor la fuerte plaza!

.....

Enmudeció la voz de los cañones,  
 Se deshizo la lluvia de las balas,  
 Se extinguieron los gritos del combate,  
 La inexpugnable roca está tomada;  
 Pero aún suena rugiente entre las nubes  
 De los fuegos celestes la descarga.  
 Y el himno gigantesco de los héroes,  
 Que dieron cima á la grandiosa hazaña,  
 Lo entona el mar con armoniosos tumbos  
 Y el viento con el silbo de sus alas.

EZEQUIEL A. CHAVEZ.

---





## ¡ABORDAJE!

---

I

Azulado cristal do se retrata  
La faz inmensa del profundo cielo,  
Parece el mar bajo el fulmíneo dardo  
Del sol que vierte calcinante fuego,  
Nada turba su calma: los alciones  
Que van cruzando con destino incierto,  
Apenas dejan en las tibias ondas  
Un surco blanquecino con el pecho.  
Besan las brisas agitando ledas  
La superficie de ese lago inmenso,  
Y tan sólo despiertan mansas olas  
Con su ardoroso, apasiodado beso.  
No entolda el horizonte ni una bruma,  
Y el sol semeja en el espacio extenso,  
Un haz devorador de vivas llamas  
Que va en el agua sin cesar huyendo.  
Sobre el cielo dibújase orgulloso,  
Surgiendo de la mar, cual un espectro,  
La Roqueta, ese islote que Galeana  
Marcó de su heroísmo con el sello.  
Contra él las aguas al morir, se visten  
Con niveo encaje en su verdoso lecho,  
Y al alejarse, destrozados lirios  
Forma la espuma que se va perdiendo.  
Del océano, apenas el murmullo,  
El salto juguetón de pez travieso,

Y el graznar de los pájaros marinos,  
 Que van cortando el aire con su vuelo,  
 Son las notas perdidas que interrumpen  
 Ese imponente, abrumador sosiego.  
 De vez en cuando, las inmensas alas  
 Que apenas mueve fatigado el viento  
 Arrugan la argentada superficie,  
 Trayendo de Acapulco el clamoreo;  
 Mas todo ya descansa cobijado  
 Por el augusto azul del firmamento.  
 Esa insondable bóveda y el ancho  
 Majestuoso océano gigantesco  
 Serán testigos del heroico triunfo  
 Del más grande soldado de Morelos.

## II

Sobre el pico agrietado de una roca,  
 En la mano derecha un catalejo,  
 La izquierda sobre el pomo de la espada,  
 Sueltos, flotando al aire los cabellos,  
 Y la mirada penetrante hundida  
 En el confin del líquido elemento;  
 Así Galeana, junto al mar dormido,  
 Siente en el fondo del audaz cerebro,  
 Teniendo á su redor profunda calma,  
 Rugir la tempestad de cien proyectos.  
 De pronto su mirada centellea:  
 Es que en el horizonte, allá á lo lejos,  
 Ve destacarse sobre la honda pura,  
 Como un punto no más, perdido objeto.  
 Lentamente se acorta la distancia,  
 Y á medida que el punto va creciendo,  
 Parece sobre el mar copo de nieve  
 Que en las olas deslízase ligero.

.....  
 Altiva nave, con tajante proa  
 Desde confin remoto el agua hendiendo  
 Envuelta con el traje vaporoso  
 De henchidas velas, sobre el mar sereno,  
 Alada y orgullosa va cruzando  
 Cual impalpable niebla por el suelo;

Y en su camino, polvo de brillantes  
Circuye su ancho y majestuoso seno,  
Dejando tras de sí fulgentes huellas  
Sobre el sonante y dilatado espejo.....  
Ya llega, ya está aquí, y hasta las costas  
Manda un turbión de juguetones ecos,  
Mientras que al soplo de la brisa leda  
Ostenta altiva el pabellón ibero.....  
Galeana lo contempla, y en la mente,  
Al sentir de mil glorias el recuerdo,  
Se agitan atrevidos y grandiosos  
Huracanes de nobles pensamientos.  
Sabe que en la sentina de ese barco  
Hacinados se encuentran mil refuerzos  
Que darán resistencia y energía  
A los que están á España defendiendo;  
Y recuerda en seguida el desamparo  
De sus bravos y heroicos compañeros:  
Sus trajes... en girones por las balas  
O por el rudo tiempo caen deshechos;  
Sólo á costa de míseros trabajos  
Consiguen negro pan, como sustento,  
Y no esgrimen otra arma en las batallas  
Que su indomable y sin igual denuedo.  
¡Si pudiera arrancar al buque hispano,  
Para auxiliar al insurgente diestro  
Ese tesoro que en la airosa nave  
Confiado vela el rudo marinero!  
Pero para luchar sobre las ondas  
Aunque tiene la audacia de los genios,  
La falta contra el hijo de la Iberia,  
Un nadante corcel para vencerlo.  
Mas siente en su interior rauda potencia,  
Cuando llega á su audaz entendimiento  
La convicción de que, si amante guía  
La santa libertad su fuerte acero,  
Nada podrá humillarlo!.. Si terrible  
Le lanza el mar su furibundo reto,  
Sabrá á sus pies postrarlo..... bajo el sacro  
De independencia pabellón excelso

## III

Tras tentativa, aunque frustrada, heroica  
 Para hacerse por fin del buque dueño,  
 Tenaz siempre el campeón en su demanda,  
 Piensa dar cima á su atrevido intento.

.....  
 Dormida está la mar; su faz serena,  
 Inmóvil cual la faz de los desiertos,  
 Apenas se estremece cuando el aire,  
 Leve al pasar, aleteando inquieto,  
 Despierta olas fugaces, voluptuosas,  
 Desnechas en seguida por el sueño.  
 Tras el crespón brillante de las nubes,  
 Como envuelta la lana en casto velo,  
 Sorprende del océano y de las brisas  
 Los amores, los cándidos secretos,  
 Y escucha en el murmullo de las ondas  
 Suspiros, y sollozos y requiebros.  
 ¡Todo duerme!... mas ¡ved!.... Blanco fantasma  
 Que se eleva oscilando cual soberbio  
 Girón de airosa y refulgente nube,  
 Pasease sobre el mar..... Es el velero,  
 El barco osado que á San Diego trae  
 Armas y municiones y alimentos.

.....  
 De pronto, en lontananza se percibe,  
 Rasgando al fin el pertinaz silencio,  
 Acompasado sobre la onda, el golpe  
 De cautelosos y lejanos remos.  
 El agua que en el choque se levanta  
 Salpicando de gotas al remero,  
 Circunda con sus copos espumantes  
 Tres veloces y audaces barquichuelos.  
 Con su vaivén las ondas los empujan,  
 Los van hacia la nave conduciendo,  
 Y Galeana y sus bravos se adelantan  
 Sobre esos toscos, miserables leños.

## IV

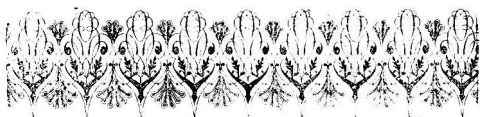
Ya están junto al bajel, iluminados  
 De la pólvora al rápido destello,  
 Y gozosos escuchan sus oídos  
 El son marcial de repetido trueno.  
 Lluvia de fuego devorante cae,  
 Entre gritos salvajes y lamentos,  
 Y se apaga el rumor del océano  
 Entre el bronco luchar de los guerreros.  
 Mas..... al par que la muerte roba osada  
 A los heridos el postrer aliento,  
 Rudas escalas á la esbelta nave  
 Lanza veloz el insurgente experto.  
 ¡Ved!..... por la frágil movediza cuerda,  
 El hacha de abordaje entre los dedos,  
 El valor y la audacia en el semblante,  
 Tibia sangre gloriosa sobre el cuerpo;  
 Tal con terrible, asolador empuje  
 Galeana y sus valientes van subiendo.....  
 Ya arriba están, y brillan las espadas,  
 Cadáveres dejando en su trayecto,  
 En tanto que los gritos y los ayes  
 Se confunden al choque de los hierros.  
 Entre charcas sangrientas, desplomados  
 Los moribundos hombres caen envueltos,  
 Y á la paz..... el vapor de la matanza,  
 Hasta Marte se eleva como incienso.

---

Pasando van las horas, y en seguida,  
 Tras la borrasca del combate fiero,  
 Aléjanse las notas asordantes  
 Del anterior y pavoroso estruendo.  
 Entre rojizas y pesadas olas  
 De despojos informes y siniestros,  
 Triunfadora nuestra águila aletea  
 Del valiente español sobre los restos;  
 Y asombrada la mar..... con su voz sorda  
 Va proclamando los heróicos hechos.

EZEQUIEL A. CHAVEZ.





## LA RENDICION DE S. DIEGO

---

### I

Despuntando va el sol: su veste de oro  
Ya se tiende radiante hasta el Ocaso,  
Mientras se esconden tímidas las negras  
Sombras que tiemblan en el hondo espacio.  
Como turba de ninfas juguefonas,  
Del oriente se acercan al regazo  
Las nubes pudorosas, que sintiendo  
Del astro rey el fuego apasionado,  
Se inclinan por mirarle y se coloran  
Con la luz nacarada del topacio.  
En su cuna está el sol; pero muy pronto  
Ascendiendo á la esfera, irá dejando,  
Muerta la noche en el copudo bosque  
Bajo el ardiente esplendoroso dardo.  
La undosa mar le espera; soñolienta  
Se remece en su lecho con desmayo,  
En tanto que traspone majestuoso  
La cortina de montes azulados  
El luminar que por doquier difunde  
Nueva vida, del Ande hasta el Océano.  
Surge de entre las ondas, en la Costa,  
Al ascender la luz que va arrancando  
A la noche su imperio silencioso  
Y su ondulante ennegrecido manto,  
De San Diego el castillo inexpugnable,  
Como un coloso, junto al mar postrado.

Aún en su frente agítase el ibero  
 Pabellón, como agítase el penacho  
 De adalid indomable. Vela siempre,  
 La fortaleza altiva vigilando,  
 El atrevido Vélez, que la guarda  
 Contra Morelos, quien cual sol airado,  
 Dejó de la opresión la triste noche  
 Muerta por fin bajo su ardiente rayo.

## II

Al nacer la mañana, sobre el muro  
 Del torreón del fuerte, reclinado,  
 Los ojos en la playa cenicienta,  
 Los cabellos al aire, entre las manos  
 El ocioso fusil; así se encuentra  
 Vélez, en el futuro meditando.  
 Ayer el fuerte recibió sonriendo,  
 Y sin temor por él. velaba ufano  
 Porque ilusión creyó que el enemigo  
 Siquiera se acercara á disputarlo.  
 ¿No era señor del puerto de Acapulco,  
 Con sus fuegos la costa dominando?  
 ¿No el fuerte que se eleva en la bahía  
 Le prestaba su apoyo, y no en el vasto  
 Piélago hundiendo su atrevida planta  
 La Roqueta, encontrábase acechando  
 El momento propicio para aleve  
 Mandar al insurgente inmenso estrago?  
 Mas ¡ah! ¿de qué aprovechan ni qué pueden  
 Los formidables dientes acerados  
 Y las garras del tigre carnicero,  
 Que muerte, horror y sangre va sembrando,  
 Si surgen de la sacra independencia  
 Los poderosos genios soberanos?  
 . . . . .  
 Pronto los fuertes muros de Acapulco  
 Que de San Diego al pie véense elevados,  
 Cayeron á las plantas de Morelos,

Como al centro del sol, precipitado  
 El meteoro brillador que boga  
 Del universo en el profundo arcano.  
 Después.... mirad.... El bravo Galeana  
 Se acerca á la Roqueta.... llega raudo,  
 Y desgarrá en la cresta del islote  
 El pabellón altivo del hispano;  
 Y así cual desaparecen las neblinas  
 Con el rayo del sol hechas pedazos,  
 Vánse extinguiendo ya de los realistas  
 El poder y la gloria; y vacilando  
 Se agita Vélez, silencioso y triste,  
 Muerta su fe tras rudo desengaño:  
 Con miedo siente el corazón; no encuentra  
 La playa salvadora en el naufragio.....  
 Va á rendirse por fin, y en el rugido  
 Del mar que rueda misterioso y tardo,  
 Piensa escuchar la voz del héroe insigne  
 Que es orgullo del pueblo mexicano.

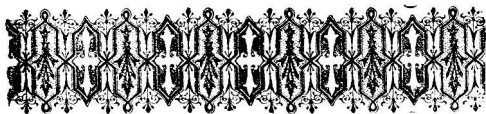
## III

Adormecido el viento, apenas leve  
 Se estremece muy quedo, muy pausado,  
 En tanto que la mar se estrella sorda  
 Contra las peñas, con lamento vago.  
 Azul como el ensueño de un poeta  
 El firmamento está; y el vívido astro  
 Tras un manto de nubes ha escondido  
 Su llameante faz, al fin cansado:  
 De árida costa en la sinuosa playa  
 El castillo se encuentra, y con halago  
 Las aguas reflejándose en su seno,  
 Le retratan altivo y sosegado.  
 Las torres, las almenas, do la lluvia  
 Dejó verdosa lama, y donde ufano  
 El pájaro del mar fabricó el nido.  
 Orgullosas se elevan, y enfilados  
 Esperan los cañones desde el muro

Enviar la destrucción al mar y al llano.  
 Todo, al mediar el sol en su camino,  
 En la Costa descansa aletargado...  
 El alto cielo en imponente calma  
 Se está en el mar profundo retratando.  
 Mas ¿qué rumor insólito se escucha  
 De San Diego á la entrada?... Presternado  
 Ante el noble Morelos de rodillas,  
 Vélez entrega su bastón de mando.....  
 Torvo el semblante, la mirada triste,  
 Temblorosas las frases en los lábios.  
 Tras él sus compañeros silenciosos,  
 En apretadas filas apiñados,  
 Encuéntanse también..... Vueltas las armas  
 Con el cañón en tierra.... Mientras tanto  
 Ya apenas piensa en el presente triunfo  
 El semidiós de Cuautla.... A nuevos campos  
 Dirige ya su mente, nuevos planes  
 Y otros insignes triunfos preparando.....  
 .....Alta la faz ¿qué busca su mirada,  
 Al hundirse en el piélago salado,  
 Mientras se rinde ante él la fortaleza  
 Tanto tiempo invencible?..... Va buscando  
 En la grandeza de ese mar inmenso  
 La que anhela llevar al suelo caro,  
 Por quien dió vida y paz, queriendo hacerlo  
 Libre como el condor americano.  
 Y pensando en la lucha el gran patriota,  
 De la victoria olvídase.... Admirado  
 El viento se despierta, y al mecerse,  
 La frente del atleta va besando.

EZEQUIEL A. CHAVEZ.

---



## La batalla de Chichihualco.

---

### I

Corriendo va por la llanura el río,  
Retrata el liquidámbar perfumado,  
Y semeja la espada de un coloso.  
Olvidada en el monte solitario.

Desde lo alto domina el regio cielo  
La cresta azul y el bosque enmarañado,  
Y escucha el aire que confunde dulce  
Con aire y hojas su doliente canto.

Entre las olas que nadando pasan,  
Avanzó su raíz amante un árbol;  
Pero contra él las olas se retuercen  
Como las crenchas de los genios malos

Mas valle y bosque, hasta el sereno ambiente  
Bajo el cielo del trópico incendiado,  
Todo se postra, se desmaya: el río  
Perezoso se arrastra tropezando,  
La palmera se dobla con molicie,  
Camina el tigre con rendido paso,  
Y apenas en los montes convecinos  
Altaneros sacuden su penacho,  
Los pinares al soplo de los vientos  
Que van y vienen, sin cesar errando.

Es la hora del sopor; por eso vuela,  
Como hoja de oro en el tranquilo espacio,  
El colibrí, volviéndose á su nido  
Donde claman sus hijos adorados;

Y por eso en las aguas ríen y juegan,  
De las pasadas luchas descansando,  
Los hombres de Galeana, mientras viene  
La hora lejana del combate ansiado.

¡Son guerreros del genio de los libres,  
De Morelos, rival del Océano,  
Porque como él se eleva hasta los cielos  
Si por la Libertad se alza luchando.

Y ahora, conducidos por Galeana,  
Esperan al titán en Chichihualco,  
Para volar con él á los combates,  
Las huestes destrozar, y erguir ufanos  
La tienda del patriota y su bandera,  
Donde estuvo el palacio del menguado.....

Pero en tanto descansan y se olvidan  
Del peligro de ayer, mientras sus lazos  
Descuelga bajo el ala de los aires  
El choromo flotante y enarcado.

Oyen ronco gritar al carpintero,  
Entre la fronda colosal volando,  
Y miran al caimán que allá á lo lejos  
Se arrastra junto á la onda con trabajo.

## II

Pero ¿por qué de pronto se conturban  
Y abandonan los juegos y el descanso?  
¿Por qué se agrupan todos? ¿Por qué nadan  
Y se acercan veloces al ribazo?

La impaciencia se pinta en su semblante,  
Abrense más sus ojos agitados;  
¡Cómo cortan las olas! ¡Cuál se mueve  
Entre las aguas su nervudo brazo!

Es que.... ¡mirad! Se asema Galeana  
En la margen la fronda desgarrando.....  
¡Ved su faz de león! melena de oro,  
Trémula y crespada en el luchar amado.

—“Compañeros; profiere,—los realistas  
“Acaban de llegar, y en un asalto

“Han sorprendido al pueblo, han sorprendido  
 “A los amigos, todos; ¡descuidados!”.....

Y su frase temblaba con la ira,  
 Y tropezaba en su tonante labio.

—“Vamos pronto, mis bravos, mis guerreros,  
 “Sobre el crue! enemigo al fin caigamos.  
 “Como el águila cae sobre su presa,  
 “Con sus garras terribles destrozando.

“El pueblo ya tomaron; pero siempre  
 “Nuestro Dios á los libres ha ayudado,  
 “Y dejaremos limpio de “chaquetas”.....  
 “No el pueblo, sino el mundo americano.”

Los guerreros se agitan; invectivas  
 Lanzan al enemigo, y llameando  
 En su negra pupila el heroísmo  
 En la playa por fin desembarcaron.

Habla el jefe: los héroes ya lo siguen;  
 Ni se visten siquiera..... denodados,  
 Van á arrojar al enemigo odioso  
 O á morir redimiendo á sus hermanos.

### III

Tal como el huracán que todo humilla  
 Los patriotas al pueblo van llegando,  
 Y al verlos.... sorprendidos los realistas  
 En desorden se agrupan, azorados.

.....  
 El combate empezó: chocan las armas,  
 Flota la nube blanca del disparo.....  
 ¡Ay del que caiga!... ¡Que el cincel de Fidias  
 Esculpa audaz aquél horrible cuadro!.....  
 Aquél muro ceñido de realistas;  
 Los fusiles tendidos disparando;  
 Y revueltos los bravos combatientes,  
 Como las olas del torrente hinchado,  
 Disputando iracundos en las calles  
 Un pedazo de tierra, palmo á palmo.

Como el clamor de un pájaro agorero  
 Se cierne un grito en el confuso campo:

Es el grito de guerra de Galeana  
Que entre ayes y alaridos va flotando.

Allí el caudillo está: la sién altiva,  
Glorioso.... con el traje desgarrado....  
La vista ardiendo. En lo alto su machete  
Doquiera sangre y sangre goteando.....

Vibra su voz; se agitan sus cabellos;  
Y en tanto, como el leño, de un **nachazo**,  
Rueda junto á él un hombre, mientras bate  
Sordo á lo lejos el tambor hispano.

Sigue la lucha: los realistas dejan  
Sangriento surco en medio á sus contrarios,  
Y esgrimiendo cual masas sus pistola,  
Doquier destrozan palpitantes cráneos.

¡Pero mirad! De pronto tempestuosos  
Los ginetes por fin llegan de Bravo:  
Un blanco remolino los envuelve;  
Se estrechan, se confunden apiñados.  
Aquél, encabritado el noble bruto,  
Rueda por fin bajo los duros cascos;  
Y, herido del terror la crín convulsa,  
E hinchada la nariz, vuela el caballo.

¡Cómo caen los guerreros! Tembloroso  
El tambor del realista está doblando,  
Y se agitan doquiera los patriotas,  
¡Combatientes de bronce ensangrentados!.....

¡Ah, la columna del realista cede:  
Libre por fin la plazā vá dejando,  
Y el muro tapizado de enemigos  
Parece derrumbarse desolado.....

Lívidos y temblando los iberos  
Heridos van por el desierto llano;  
El fusil han dejado en el camino  
Y comprimen la sangre con las manos.  
¡Ya se van! ¡ya se van! Como las hojas  
Cuando sienten las ráfagas del Austro.....  
¡Es la voz de los libres!... Y convulsos  
Los vestidos se arrancan espantados.

.....

Clama en tanto el guerrero moribundo;  
 Y se ciernen los buitres en lo alto;  
 Y devoran los perros el banquete  
 Del señor de las guerras, inhumano!

## IV

Ya es de noche: se encorva como un mónstruo  
 Activo y mudo en el ambiente vago,  
 El firmamento sobre el valle, el río,  
 Y el bosque, que se inclina murmurando.

Y mientras que en los nidos aletea  
 El ave errante con sentido halago;  
 En tanto que el raudal entre el follaje  
 Sigue á los aires sin cesar hablando;  
 Se encienden junto al lecho de las olas  
 Hogueras gigantescas: inflamado  
 Parece el manantial; rojas espiras  
 Se enredan en los vientos sosegados,  
 Como sierpes que silban ó que cantan,  
 Mil azules pupilas agitando.

Y allí los insurgentes, bajo el bosque  
 La victoria celebran, y embargados  
 Repiten á la esposa y á los hijos,  
 Que en la raíz se sientan palpitando,  
 Porque la patria al fin se yergue altiva  
 Y libre extiende su amoroso manto.

Aquél atleta de brillantes ojos,  
 Y de negro cabello alborotado,  
 Aquél de tez bronceada, que inconsciente  
 En el agua mil hojas ve regando,  
 Recita ardiente á su adorada virgen  
 La historia sin igual del gran Hidalgo:

Paseando juntos van; le escucha atenta,  
 Y le enlaza su mano con su mano,  
 E impulsada por místico respeto  
 Pronuncia el nombre de Morelos ¡santo!

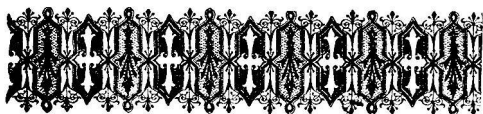
Mientras..... allá desgárrase la entraña  
 Del mónstruo de los cielos encorvado,

Y el cuchillo de plata de la luna  
Cortante cruza por el cielo vasto.

Ella es la enamorada de lo grande:  
Y por eso en los montes encumbrados,  
Entre la fronda del pinar altivo,  
Donde ronco el raudal está bramando,  
Se complace en fingir tras el follaje  
El rostro de Morelos, inspirado,  
En su ojo pensador, su lábio ardiente,  
Y en la anchurosa sién, al aire ondeando  
Aquél pañuelo, que amorosos vieron  
Por tantas veces los tenientes bravos!

EZEQUIEL A. CHAVEZ.

---



## La entrevista de Iturbide y Guerrero.

— .

### I

Con desgarrados vestidos,  
El pie desnudo en el suelo,  
Y como en vellones toscos  
A los ojos los cabellos;  
Al hombro viejos fusiles,  
Calcinados de hacer fuego;  
Pero orgullosos, audaces,  
Agiles como resueltos,  
Caminan á Teloloapam  
Los soldados de Guerrero.  
No tienen galas ni dijes,  
Pero sí piel como hierro  
Que el sol con su viva llama  
Acaricia lisonjero,  
Tornando pechos y brazos  
Como plumaje de cuervos.  
Mas tesoros de virtudes,  
Encerraban esos cuerpos:  
En la tremenda campaña,  
¡Qué inquebrantable ardimiento!  
Para sufrir infortunios,  
¡Qué grandeza y qué desprecio!

Si hay veces que sus furores  
 Tocan terribles extremos,  
 Otras, como dulces niños  
 A lo noble obedeciendo,  
 Vulgarizan la grandeza  
 Y hacen popular lo bueno...  
 Al frente de los valientes  
 Marcha el heróico Guerrero;  
 El de grandeza espontánea,  
 El de virtudes modelo,  
 El que puede, cual Bayardo,  
 Decirse en medio á los pueblos,  
 "El caballero sin tacha,  
 "El caballero sin miedo."  
 Ancho de espalda, membrudo,  
 Bien formado, corpulento,  
 El cabello crepo y tosco,  
 Nariz corva y ojos negros.  
 Lleva un chaquetón holgado,  
 Cuyo color es misterio,  
 Adornado con botones  
 De reverberante acero,  
 Que bajaban en hileras  
 Desde por detrás del cuello.  
 Distinguiendo á Teloloapam  
 Manda hacer alto á los cuerpos,  
 Y solo, sin ayudantes,  
 Digno á la par que modesto,  
 Tranquilo busca á Iurbide  
 Que le está esperando inquieto.

## II

Con uniforme de gala,  
 Sable corvo, bota fuerte,  
 El rubio cabello alzado  
 Sobre las pálidas sienes,  
 Aguarda el héroe de Iguala  
 A Guerrero, don Vicente,

Sin decidir si ha contento  
 O si ha pesar de que llegue.  
 Entrambos disimularon  
 Sus sensaciones al verse,  
 Y ocultaron desconfianzas  
 Que los alejaron siempre.  
 Era el uno el artificio;  
 Otro la verdad agreste:  
 Uno el hombre de las clases;  
 Es del pueblo don Vicente:  
 Uno promesas prodiga;  
 El otro los hechos quiere:  
 Pero ambos á un pensamiento  
 Decididos obedecen,  
 Que es el de la Independencia,  
 Y ella en unión los mantiene.  
 Dice Iturbide: "Yo marchó,  
 "Vos del Sur seréis el jefe;  
 "Dad vuestras órdenes luego  
 "Y advertid á vuestra gente."  
 Los pintos y los realistas  
 Se hablan y de cerca véense,  
 Pero en el fondo hay rencillas  
 Que odios pudieran volverse  
 Si precavido Iturbide  
 No declarara prudente  
 Que al Bajío se dirige.  
 Activo la marcha emprende.  
 Y á Guerrero los surianos  
 Entonan vivas alegres.

GUILLERMO PRIETO.

---





## TELOLOAPAM

---

Derrama á puñados flores  
El pueblo de Teloloapam  
Al ver entrar en sus calles  
Los valientes de Celaya.  
¡Cuán garridos son sus hombres!  
¡Qué lucientes son sus armas!  
¡Qué hermosas flotan al viento  
Sus banderas desplegadas!  
¡Qué contento está Iturbide  
Al divisar la vanguardia  
De su regimiento, que era  
Su brazo fuerte y su espada!  
Al mirar á Quintanilla,  
Capitán que el Cuerpo manda,  
Adelanta su caballo,  
Franco la mano le alarga,  
Y distante de la tropa,  
Empeña difusa plática.  
Allí, sagaz, atrevido,  
Con seductora palabra,  
Le deja entrever sus planes  
Para salvar á la Patria;  
Y Quintanilla, confuso,  
Le escucha incrédulo, y calla,  
Mientras una luz divina  
Deja que penetre en su alma.  
Así el que surca los mares  
Divisa nube lejana,

Y mientras duda si anuncia  
 Tiempo sereno ó borrasca,  
 Rayo de sol la ilumina,  
 Viento propicio la rasga,  
 Y mira el azul del cielo,  
 Sobre las amigas playas....  
 Los oficiales, que un tiempo  
 La Independencia tramaban,  
 La plática de los jefes  
 Acechan con desconfianza,  
 Y al fin su evasión conciertan  
 Para eludir las venganzas.  
 Todo lo sabe Iturbide,  
 Regio banquete prepara,  
 Y allí, radiante de orgullo,  
 Con inconcebible audacia,  
 Les comunica sus planes,  
 Les cuenta sus esperanzas,  
 Les grita: "Volved los ojos  
 "A la Independencia santa:  
 "Los males que el error hace,  
 "La heroicidad los repara."  
 Y es tan bella su apostura,  
 Y su voz de tanta magia;  
 Y es tan sublime el prestigio  
 Con que seduce las almas,  
 Que con el llanto en los ojos,  
 Y la mano en las espadas,  
 Ofrecen seguirle fieles  
 En su empresa temeraria.  
 Y mientras las dianas suenan  
 Y atruena alegre algazara,  
 El se retira sonriendo  
 Con paso grave, á su estancia,  
 Y así la epístola sigue  
 Que escribe para Apodaca:  
 "Que venga Epitacio Sánchez,  
 "Que vengan los de Oaxaca;  
 "Enviadme mucho dinero,  
 "Que es lo que más me hace falta.

“Dejad todo á mi cuidado,  
“Tened en mí confianza,  
“Que si realizo los planes,  
“De que os hablo en otra carta,  
“En México por Febrero  
“Habrá una “Misa de Gracias”  
“Por el espléndido triunfo  
“De las españolas armas,  
“Y la sumisión al órden  
“De toda la Nueva España.”

GUILLERMO PRIETO.

---





## ACATEMPAN.

---

Escuchan de pie los montes,  
De lejos miran los valles,  
Y la plaza de Acatempan  
Mece en el viento sus árboles,  
Para cubrir con su sombra  
A los bravos militares  
De Iturbide valeroso  
Y de Guerrero indomable.  
Ellos están frente á frente,  
Sin rencor y sin dañarse,  
Mirando limpios los cielos  
Y sin trascender á sangre.  
Los de Iturbide ¡qué guapos!  
¡Qué galones y alamares!  
Sombreros de ricas plumas  
Y de acero corvos sables:  
¡Qué cañones tan lucientes!  
¡Qué escuadrones tan marciales!  
Los infantes de Celaya  
¡Qué tallas tan arrogantes!  
Los soldados de Guerrero  
Forman en todo contraste,  
Porque el que tiene sombrero,  
Las espaldas lleva al aire:  
Unos ostentan fusiles  
Afirmados con "mecates;"  
Los otros llevan sus "jierros"  
Sin tener dónde colgarse;

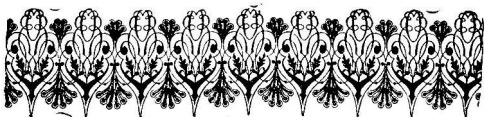
Pero ¡cuánto noble orgullo  
 En el conjunto salvaje,  
 Y cuánta noble fiereza  
 En posturas y ademanes!  
 Todos están en espera  
 De sus Jefes, todos saben  
 Que Iturbide y que Guerrero,  
 Fieros enemigos antes,  
 Se citan en aquel punto  
 Para amigos saludarse.  
 Atención! el bronce grita,  
 Resuenan marchas triunfales,  
 Y entre un bosque, que le forman  
 Las banderas y estandartes,  
 Aparecióse Iturbide  
 Rodeado del sol brillante.  
 Iba en su hermoso caballo  
 Negro como el azabache,  
 Cenceño, brioso, sensible  
 Al toque del acicate.  
 El ginete ¡qué garrido,  
 Y qué garboso, y qué afable!  
 Con su cabellera de oro  
 Y con su hermoso semblante.  
 Apenas llega, y Guerrero  
 Asoma á la opuesta parte,  
 Con su mirar majestuoso,  
 Con su talla de gigante,  
 Circunspecto, pero dulce,  
 Con humildísimo traje,  
 Transparentando su aspecto,  
 Su bondad y su alma grande.  
 La tropa está silenciosa  
 Formando espaciosa calle:  
 Los caudillos en el centro  
 Se hablan sin que escuche nadie.  
 De pronto clama Iturbide:  
 "Soldados: tenéis delante  
 "Al caudillo independiente  
 "Y su bizarra falange.

"El quiere libre á su patria,  
 "Y él viene para ayudarme."  
 Y Guerrero, enternecido,  
 Dice á sus tropas leales:  
 "Ved que recobra la patria  
 "A un hijo; ¡el cielo le ampare,  
 "Y que hoy le haga tantos bienes  
 "Como le hizo tantos males!"  
 Mas las palabras se vuelan,  
 Las palabras nada valen  
 Cuando las almas rebosan  
 En afectos celestiales.  
 Ambos caudillos se abrazan,  
 Se ve llanto en los semblantes,  
 Y entre gritos, y entre vivas  
 Que estallaban en los aires,  
 Y entre un mundo de recuerdos  
 Que se encontraban fugaces,  
 Parece que se miraba  
 Surgir airosa, triunfante,  
 A la patria independiente  
 Y grande entre las más grandes.

GUILLERMO PRIETO.

---





## EL VELADERO.

---

En la costa del Océano,  
en la región do grandiosa  
se muestra Natura hermosa  
con encanto soberano,

Está un célebre lugar,—  
el cerro del Veladero,—  
que allí se yergue altanero  
frente al anchuroso mar.

Sus peñascos de granito  
y sus galas tropicales  
retrátanse en los cristales  
de aquél piélago infinito.

Viste manto de verdor  
eterno y exuberante,  
donde refleja radiante  
el astro-rey su fulgor.

A sus pies la mar bravía  
estrella sus olas fieras;  
y se extiende, entre palmeras,  
de Acapulco la bahía.

Su espléndido cielo azul  
cobija lindos paisajes,  
muestra purpúreos celajes  
y nubes de blanco tul.

En días de glorias y duelos,  
por sus plácidas vertientes,  
subieron los insurgentes  
con el heróico Morelos.

Sobre la cima plantó  
un campamento de guerra  
el héroe, y aquella tierra  
mil hazañas contempló.

Allí al rumor de las olas  
mezcló su voz la metralla,  
allí se dió una batalla  
á las tropas españolas.

Fué entonces, de libertad  
un baluarte el Veladero;  
para el enemigo ibero  
fué el "paso á la eternidad." (\*)

La historia guardará ufana  
la memoria de esas lides  
y honrará á los adalides  
de la causa mexicana.

Dirá allí con razón  
su lábaro alzó el derecho;  
que allí se inclinó deshecho  
el hispánico pendón.

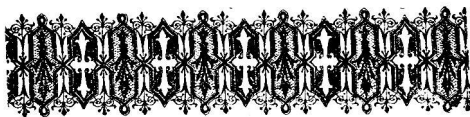
Gratos recuerdos de gloria,  
me traes ; oh cerro este día!  
Que pronto la patria mía,  
de Morelos en memoria,  
alce sobre tí un altar  
que domine soberano  
el horizonte lejano,  
las montañas y la mar.

MIGUEL SALINAS.

Cuernavaca, 1910.

---

(\*) Morelos izó en los fortines del Veladero una bandera negra que tenía una calavera y esta inscripción: "El paso á la eternidad."



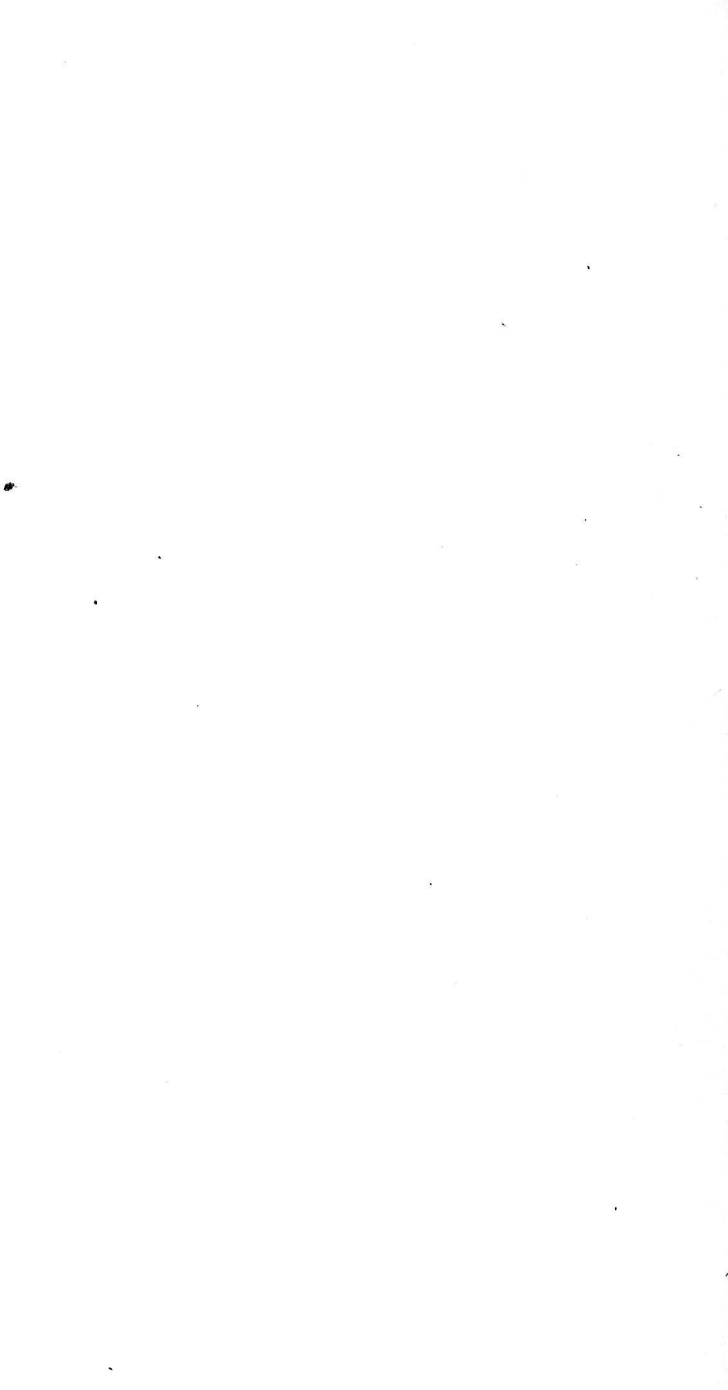
## IGUALA.

---

Como de púrpura y oro  
Se reviste el horizonte,  
Formando como un incendio,  
A la espalda de los montes,  
Para anunciar la salida,  
Del rey de la luz del orbe,  
Así se anuncia la dicha,  
Así el contento recorre,  
Los campos y las montañas,  
Las cañadas y los bosques...  
Y es que se alegran las almas  
Con los primeros albores  
De la augusta independencia  
Que surge en aquellos montes,  
Dándole vida á los pueblos,  
Revindicando á los hombres.  
La luz es como más clara,  
Tiene el sol más resplandores,  
Prorrumpen en dulces himnos  
Las campanas de las torres;  
Patria parece que aclaman  
Los belicosos cañones,  
Y que árboles y peñascos,  
Se dotan de humanas voces.  
Marco ardiente se levanta,  
Y se engalana y compone,  
Bajo verdes tamarindos,  
Coronándose de flores:

Era la tarde serena,  
 Y á Iturbide distinguióse  
 En su corcel arrogante  
 Que envidia en los vientos pone;  
 Esbelto, rubio, garrido,  
 Ganando los corazones;  
 De adalid en su apostura  
 Y de caballero el porte.  
 Descuella en medio á los jefes  
 Como entre arbustos el roble,  
 O cual suele distinguirse  
 Sobre gigantescos montes  
 La nieve de los volcanes  
 Que á todo se sobrepone.  
 Está la tropa tendida,  
 Enmudecen los tambores,  
 Toca atención la trompeta,  
 Y la voz del héroe se oye.  
 Manda á don Francisco Hidalgo  
 Y al capellán, que se asocien,  
 Y que llamando los cuerpos  
 En confusión y sin orden,  
 Con firmeza y reverencia,  
 El juramento les tomen,  
 Como él hizo con los jefes,  
 Con fórmula que conocen.  
 Reina silencio profundo,  
 Las sordas pisadas se oyen,  
 Y á cada cuerpo se dice  
 Con acento que se impone:  
 “¿Juráis la Religión Santa  
 “Defender?” y —“sí”—responden.  
 “¿Y juráis la Independencia  
 “Defender?” y ardientes voces  
 “Sí”— repiten—“La concordia  
 “Juráis con los españoles?”  
 —“Sí” juramos”—generosos  
 Contestan los corazones,—  
 Y dar el trono á Fernando  
 Con privilegios y honores;

El todo, la Independencia.  
 Que ella todo lo compone.  
 Cuando acabaron las tropas,  
 Iturbide adelantóse,  
 Y con la voz conmovida  
 Dijo estas palabras nobles:  
 "Vuestro empeño, ¡oh compañeros!  
 "Será admiración del orbe:  
 "La fama de vuestras glorias  
 "Hará eternos vuestros nombres.  
 "Con ser vuestro compañero  
 "Alta recompensa dóyme.  
 "Y juro no abandonaros  
 "Ni dejar vuestros pendones  
 "Mientras me anime la sangre  
 "Que hora por mis venas corre."  
 Los soldados entusiastas,  
 Gritan mil vivas entónces:  
 Reverbera el regocijo,  
 Vuelven á tronar los bronce,  
 Agítanse las banderas,  
 Cohetes los aires rompen,  
 Y las montañas repiten  
 En ecos atronadores:  
 "¡Que viva la Independencia,  
 "Que la gloria la corone,  
 "Trayendo vivos recuerdos  
 "De los héroes de Dolores!"  
 La música de Celaya,  
 En deliciosos acordes  
 Marchas entona ardorosas,  
 Y sus ecos triunfadores  
 Propagan como un hechizo  
 De encantos y bendiciones.  
 Y hace al noble "Plan de Iguala"  
 Prez y orgullo de los hombres  
 Al ostentar su bandera  
 Del arco-iris los colores.







**ITURBIDE EN CHAPULTEPEC**

**el 27 de Septiembre de 1821, horas antes de entrar á la capital  
al frente del ejército trigarante.**



## ITURBIDE EN CHAPULTEPEC.

---

".....Para mañana un hermoso día.

".....Paz sin nubes, feliz abundancia  
y días prósperos á las generaciones ve-  
nideras.

SHAKESPEARE Ricardo III. Acto 5º,  
escenas III y IV.

Ultimo canto es este. En el sombrío  
Otoño de la edad, claro de cielo  
Dadme, y en él un rayo  
Del sol de juventud, del sol de Mayo!  
La ya olvidada nota  
Del arpa en que ha vibrado himno de vida  
Y que en mi larga senda yace rota!  
Pero ¿de qué sirviera  
Al ave recobrar, antes que muera,  
Su melodiosa voz y espacio abierto  
Para ensayar su cántiga postrera.  
Si ha de expirar no oída  
En las arenas tristes del desierto?  
¿De qué al bardo la chispa átomo sacro  
De la olímpica hoguera.  
Contra la nieva de la edad presente?  
Fuera su esfuerzo dino  
Del genio inspirador, cuando juntara  
A la cándida túnica de lino  
La alta misión, la poderosa vara  
De Ezequiel inspirado, que en voz fuerte  
Manda al género humano levantarse

De los helados campos de la muerte.  
 Cuando así, á vida nueva,  
 De nuevo á celebrar hechos ilustres  
 Que esta generación niega ó ignora.  
 Volver hiciese de la tumba fría  
 Con su entusiasmo antiguo, y pompa, y gala,  
 A quienes vieron en dichoso día  
 El sol de gloria que brilló en Iguala!

¡Qué júbilo tan puro! ¡Qué presagios  
 Los que en la blanca flor de sus promesas  
 Ofreció el porvenir cabe la cuna  
 De la nacida patria! ¡Cuán propicios  
 Al par se le mostraron tierra y cielo!  
 ¡Cómo le sonreía la fortuna!  
 ¡Cómo en místico velo  
 Cubrió su forma tricolor bandera  
 Que á su cadáver ha de ser sudario!  
 ¡Cómo en los hondos pliegues, verdadera  
 La Fé de nuestros padres se albergaba;  
 La Unión—con la discordia por esclava  
 En el áspid opreso—  
 Y el águila, potente en fuerza y brío  
 Simbolizando el propio señorío,  
 La ansiada Libertad, rica en progreso!

Qué mucho que la hueste  
 De la sagrada enseñā unida en torno,  
 De Norte á Sur y del Ocaso al Este  
 La llevara triunfante en breves días,  
 No al filo de la espada, ni al pujante  
 Trueno de sus cañones;  
 Mas entre rosas, himnos y alegrías,  
 Piadosa emanación de libres almas,  
 Muestra de agradecidos corazones,  
 De verdadera gloria eternas palmas!  
 Qué mucho que á su paso se atrajera  
 La nacional bandera  
 Al generoso Bravo,  
 De la virtud y su nobleza esclavo,

Y también á Guerrero,  
 Montañés corazón limpio y entero!  
 Que, semejante á un río que en su curso  
 Acrecienta el caudal, y poderoso,  
 No sufre, al cabo, márgenes ni puente  
 Que su ímpetu avasalle;  
 Roto el muro de leyes y montañas  
 Y domado el león de las Españas,  
 La innúmera falange independiente  
 De la imperial Ciudad inunde el Valle!  
 Ya está en Chapultepec. Del sacro bosque  
 Albergue en su tristeza á Moctezuma  
 Cruzando los linderos,  
 Bajo sabinos que la edad no abruma  
 Plantan sus tiendas ya los granaderos.  
 En agitada ola  
 Cubriendo luego van la cumbre vasta,  
 Y del soberbio alcázar en el asta  
 La tricolor bandera se enarbola.  
 Salúdanla en estrépito sonoro  
 Las bélicas dianas, y á su aspecto  
 Una gloriosa frente se descubre....  
 Llega el **Generalísimo**. Le cercan  
 Herrera y Filisola,  
 Morán, y Quintanar, y Bustamante  
 Juvenil y bizarro es su talante  
 Sin distintivo militar alguno.  
 El sol de la campaña  
 No su rubio semblante dejó bruno.  
 Libre el hidalgo pecho de la escoria  
 Del odio ó el rencor de hondos agravios,  
 El mando y el amor lleva en sus labios  
 Y en sus ojos la luz de la victoria.  
 Las riendas del corcel suelta ligero  
 Y, entre vivas y músicas en coro,  
 Toma del fuerte el áspero sendero:  
 Ascende al mirador cual corza lista,  
 Y en júbilo anegado, palpitante,  
 De un sol de Otoño, á la postrera llama

Foco de oro y de luz, tiende la vista  
De México al hermoso panoarma.

¡Es ella, sí! La reina de los lagos  
Que á su forma gentil sirven de espejos  
Y tejen á su faz cendal de bruma;  
La primera ciudad del Continente,  
De Anáhuac lustre, amor de Moctezuma.  
Por su beldad lidiaron  
Cuauhtemoc y Cortés. En su recinto  
Erigióse el pendón de Carlos Quinto  
Que su águila imperial confuso esconde  
Al surgir victoriosa tu bandera.  
Sólo la Cruz Sagrada  
Con que vencido el Moro fué en Granada  
En la ciudad ya libre, augusta impera.  
Es ella, sí. La que en el Valle ameno  
En alfombra de flores se reclina  
Y trémula te guarda  
Con el púdico ardor que hay en su seno,  
El anillo y el ósculo de esposa;  
Y se atavía y hace más hermosa  
Por que tú con su amor feliz te ufanes  
Cuando llegues mañana, ¡ay cómo tarda!  
Con ella á unirte al pié de sus volcanes.  
Digna corona al Vencedor, al Genio  
Que odiosa apaga y voluntades une.  
Y, blando y firme al par, desata el lazo  
Materno de Castilla,  
Y presenta del mundo en el proscenio  
La juvenil nación que es obra suya,  
Rica en dulce esperanza, y pompa, y gala,  
Y en cuya noble faz sin nubes brilla  
Un espléndido sol! ¡El sol de Iguala!

J. M. ROA BARCENA.

---



## EL DIA DE GLORIA.

(27 de Septiembre de 1821.)

### I

¡Cómo renace en el pecho  
de los que viven sin calma  
el soplo de la fortuna  
que les infunde esperanza,  
cuando al cabo de la lid  
con la tormenta menguada  
de miserias y dolores  
y de amarguras insanas,  
la bienhechora justicia  
á los caídos levanta  
y en premio de los afanes  
y de las horas amargas,  
un futuro les ofrece  
de bienestar á sus almas  
y de progreso y labor  
victorias mil á su patria!

### II

Después de la horrible lucha  
que por tres siglos reinara  
bajo el espléndido azul  
del cielo de Nueva España;  
tras de la heroica contienda  
en que los genios sin mancha,

sangre y vidas ofrendaron  
 del patriotismo en las aras,  
 lució la aurora feliz  
 de aquella dulce mañana,  
 de aquel día tan apacible,  
 tan espléndido en sus galas,  
 como triste por sus sombras  
 lo fué la noche pasada.

## III

A la manera del cóndor  
 que en las abruptas montañas,  
 sobre el desnudo picacho  
 de las cordilleras altas,  
 desafía sin inmutarse  
 la furia de la borrasca;  
 en los terrenos del Sur,  
 en la risueña comarca  
 que fecunda con sus linfas  
 el río grande de las Balsas,  
 el indómito Guerrero  
 con sus legiones ensancha  
 los territorios que sirven  
 á los bravos de atalaya;  
 sin que humillen su grandeza  
 ni su altivez soberana,  
 del realista los arrojados,  
 los lauros de sus campañas.  
 En los baluartes aquellos  
 que Naturaleza esmalta  
 con el color de sus flores  
 y el de su rica esmeralda,  
 incólume se mantiene  
 el fuego que arde en las almas  
 como un tributo de amor  
 á la tierra esclavizada,  
 que si gime entre cadenas  
 que su desventura labran,  
 hay en el Sur corazones

que al sacrificio se lanzan,  
que no miden los afanes,  
los desencantos, las lágrimas,  
por desterrar de su suelo  
esclavitudes malsanas,  
y hacer que brille la luz  
de la libertad sagrada  
como un astro de ventura  
dispensador de confianza.  
Así los vemos cubrirse  
de justa y eterna fama,  
conquistando de los suyos  
la recompensa más alta,  
la gratitud que es el premio  
de la nación mexicana,  
en los combates librados  
en Zirándiro y Tlalchapa,  
Zapotépec, Cutzamala,  
y tantos otros que dieron  
á los valientes la palma  
y al objeto de su amor  
preludios de bienandanza.  
Al final de los combates,  
de las épicas hazañas,  
surge la inmortalidad  
del héroe fiel á su causa,  
que sin mezquinas pasiones  
de mando y de gloria insana,  
reconoce en Iturbide  
al paladín de su Anáhuac,  
por la que luchan sin tregua  
los hijos de las montañas.  
Y después de la entrevista  
que en Acatémpan señala  
de los caudillos la unión,  
el reposo de las armas,  
el júbilo se desborda  
cual torrente cuyas aguas  
se precipitan soberbias  
por valles y por cañadas.

## IV

¡Bendito el día de gloria  
que trajo á la Nueva España,  
en pos de los sacrificios  
época de bienandanza!  
¡Bendito sea el fulgor  
de aquella dulce mañana,  
tan hermosa y apacible,  
tan espléndida en sus galas,  
como triste por sus sombras  
lo fué la noche pasada!  
La ciudad de los palacios,  
la rica perla de Anáhuac,  
en aquel día de Septiembre  
luce sus mejores galas;  
todo es música y perfume,  
todo es alegría santa  
que inunda los corazones  
de júbilo y de confianza;  
por donde quiera se miran  
colgaduras y oriflamas  
con los colores benditos  
del pabellón de la patria;  
multiplicanse al calor  
del patriotismo sin tasa  
las frases más cariñosas  
entre guerreros y damas,  
en tanto que por las calles  
de la opulenta morada,  
discurren los batallones,  
los regimientos de gala:  
es el ejército altivo,  
el defensor de una raza,  
el de las Tres Garantías,  
símbolo de gloria magna.  
Allí va don Agustín  
de Iturbide, á quien aclaman  
insurgentes y realistas  
el héroe de la jornada;



Entrada del Ejército Trigarante á México el 27 de Septiembre de 1821.



allí, también, los infantes  
 de la Corona y Celaya,  
 Granaderos, Imperiales,  
 Tres Villas, Guadalajara;  
 Cazadores de San Luis,  
 de Querétaro y Tlaxcala,  
 Zacualtipán y la Unión  
 Valladolid y Constanca;  
 allí las caballerías  
 de Sierra Gorda, de Apam,  
 de Puebla, de Tulancingo,  
 de México, de Moncada.  
 Más de dieciséis mil hombres  
 en columna de honor marchan,  
 con el semblante risueño,  
 jubilosa la mirada,  
 la conciencia del deber  
 en lo íntimo de la entraña.  
 Y entre uniformes de lujo,  
 colgaduras y oriflamas,  
 los soldados de Guerrero,  
 los hijos de las montañas,  
 los humildes insurgentes  
 que no vistieron de gala,  
 más que abrigan en el pecho  
 aquellas dulces palabras  
 nacidas á los influjos  
 de la grandeza de su alma:  
 “¡Soldados, nunca os aflija  
 “desnudez, miseria tanta;  
 “la ropa no da virtud,  
 “ni laureles, ni prosapia;  
 “antes bien, así sois dignos  
 “de la recompensa magna,  
 “porque en medio á los dolores  
 “de la sangrienta campaña,  
 “sólo guió vuestros afanes  
 “la libertad de la patria!”

FULGENCIO VARGAS.

Julio 10. de 1910.





## INDICE

---

Págs.

### HIDALGO, por Rafael Ruiz Rivera.

1. Fiat Lux. . . . .	1
2. Una bandera y un grito. . . . .	9
3. En la Alhóndiga de Granaditas. . . . .	13
4. Un Te Deum. . . . .	17
5. En Charo. . . . .	18
6. El Monte de las Cruces. . . . .	20
7. Retirada. . . . .	25
8. La Batalla de Aculco. . . . .	29
9. El Degiello. . . . .	31
10. El Puente de Calderón. . . . .	34
11. Hidalgo en el Desierto. . . . .	42
12. El Patíbulo. . . . .	44
13. Apoteósis. . . . .	47

### MORELOS, por Rafael Ruiz Rivera.

14. El Juramento de un héroe. . . . .	49
15. El Bautismo de Sangre. . . . .	55
16. El Fuerte de Acapulco. . . . .	60
17. La toma de Tixtla. . . . .	62
18. La Zona Caliente. . . . .	70
19. La Asunción en Chilpancingo. . . . .	72
20. El Sitio de Cuautla. . . . .	78
21. En Oaxaca. . . . .	96
22. Toma de la ciudad y Fuerte de Acapulco. . . . .	100
23. El Congreso de Chilpancingo. . . . .	105
24. Valladolid y Puruarán. . . . .	107
25. Abnegación. . . . .	110
26. En la Inquisición. . . . .	111
27. El Sacrificio. . . . .	114

### GUERRERO E ITURBIDE, por Rafael Ruiz Rivera.

28. Eclipse. . . . .	123
29. Orto. . . . .	125

	Págs.
30. Cambio de frente. . . . .	127
31. En Acatémpan. . . . .	129
32. El Hombre de Iguala. . . . .	132
33. Una fecha célebre. . . . .	133
<hr/>	
34. La Campana de Dolores. . . . .	143
35. Leona Vicario, por Fulgencio Vargas. . . . .	159
36. Villalongín, por Mariano de J. Torres. . . . .	171
37. Pablo Galeana, por Rafael del Castillo. . . . .	189
38. Guadalupe Victoria, por el mismo. . . . .	191
39. Treinta contra cuatrocientos, por Antonio de P. Moreno. . . . .	193
40. San Agustín del Palmar, por Ezequiel A. Chávez. . . . .	201
41. La Generala, por Juan N. Cordero. . . . .	227
42. Hazaña de Mier y Terán, por Emilio de Arriola. . . . .	231
43. Albino García, por Guillermo Prieto. . . . .	237
44. El Pachón, por el mismo. . . . .	241
45. Prisión y muerte de Matamoros, por el mismo. . . . .	245
46. Ayala y sus dos hijos por el mismo. . . . .	249
47. Los Indios de Mexcala, por el mismo. . . . .	253
48. Trujano, por el mismo. . . . .	255
49. El Fuerte del Sombrero, por el mismo. . . . .	257
50. La Toma de la Roqueta, por Ezequiel A. Chávez. . . . .	259
51. ¡Abordaje!, por el mismo. . . . .	265
52. La Rendición de San Diego, por el mismo. . . . .	271
53. La Batalla de Chichihualco, por el mismo. . . . .	275
54. La Entrevista de Iturbide y Guerrero, por Guillermo Prieto. . . . .	281
55. Telolóapan, por el mismo. . . . .	285
56. Acatémpan, por el mismo. . . . .	289
57. El Veladero, por Miguel Salinas. . . . .	293
58. Iguala, por Guillermo Prieto. . . . .	295
59. Iturbide en Chapultepec, por José María Roa Bárcena. . . . .	299
60. El Día de gloria, por Fulgencio Vargas. . . . .	303

A 2719

# ROMANCERO

DE LA GUERRA DE

# INDEPENDENCIA

POR

Manuel Acuña, Vicente Riva Palacio,  
José Rosas Moreno, José Peón Contreras,  
Guillermo Prieto, J. M. Roa Bárcena, Juan de Dios Peza,  
José López Portillo y Rojas, Francisco Sosa, Gustavo Baz, Ma-  
nuel de Olaguibel, Joaquín Gómez Vergara, Eduar-  
do E. Zárate, Presbítero Ramón Valle, Rafael Ceniceros y Villarreal,  
Ezequiel A. Chávez, Juan N. Cordero, Antonio de P.  
Moreno, Rafael Ruiz Rivera, Ignacio Pérez Salazar, Rafael Ná-  
jera, Fulgencio Vargas, Joaquín Téllez, José Fernán-  
dez de Lara, Rodolfo Talavera, Francisco de A. Lerdo, Ra-  
món Rodríguez Rivera, Diego Bencomo, J. Antonio Ri-  
vera G., Mariano de J. Torres, Rafael del Castillo,  
José de J. Díaz, Emilio de Arriola, E. Amador,  
Ramón Mena, Pablo J. Villaseñor, etc., etc.

CON ILUSTRACIONES

---

TOMO II

---

(Reservados los derechos de propiedad.)

BIBLIOTECA  
— DE —  
SANTIAGO  
— DE —  
ESPAÑA

